

LA CABAÑA DE
VICENTE BLASCO
IBÁÑEZ

*Free*editorial 

La cabaña de Vicente Blasco Ibáñez

INTRODUCCIÓN

Señor Blasco Ibáñez me ha pedido que diga unas palabras a modo de introducción a la cabina, que serán a la vez sencilla y verdadera.

Se ha observado con sentimientos encontrados la recepción de sus palabras en este país- el placer que se ha dado cuenta de la calidez de la acogida y el consenso general de aprobación crítica, el placer no sin mezcla con otros sentimientos que ha leído los avisos en que estas opiniones tienen expuesto y de las cuentas de su carrera que les han acompañado. Pocos escritores durante los últimos veinte años han vivido tanto en la opinión pública, los hechos de su vida son accesible y clara. Entonces ¿por qué inventar otros nuevos? "Es necesario", escribe, "para corregir todo esto, para dar cuenta de mi vida que será precisa y auténtica, y que no deberán inducir al público a error aún más."

¿Por qué la prensa americana totalmente ignorantes en asuntos relacionados con España? Es inocente hasta de la sombra de aprendizaje. No es un editor en Estados Unidos sabe nada acerca de la vida intelectual de la península. ¿Por qué imprimir la información de los absurdos veriest? Un uso liberal de la palabra tal vez no es un sustituto de la buena fe con el lector. He aquí una de las grandes literaturas dramáticas del mundo, lo que de común tiene rival, sino por el Inglés y el griego, que hoy es tan vigoroso como siempre lo fue en su época dorada en el siglo XVII, sin embargo, una revisión meticulosa y de buena reputación publicado en esta ciudad es capaz de decir que las obras de teatro de Benavente se traducen por primera vez en este país, que "siente que Jacinto Benavente tiene talento dramático." Talento dramático!-Un hombre que ha revolucionado el escenario de una carrera, y sus obras son el orgullo intelectual de decenas de millones de personas de más de dos continentes? La ignorancia deja de ser ridículo en un momento determinado y se convierte en criminal. El irlandés que perpetraron este toro debe ser expulsado por ello. Una vez más, España se ha producido la mejor novela de todos los tiempos en el Quijote, que ha originado la novela realista moderna, sin embargo, las publicaciones pueden contarse con los dedos de una mano que se puede mandar a los servicios de un revisor que es capaz incluso de nombrar el dos novelistas españoles de hoy, y mucho menos para distinguir Pío Baroja de Blasco Ibáñez o Ricardo León. Esta condición debe cesar, o se convertirá en voluntaria.

El autor de Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis no es un novelista regional.

Él no es un discípulo literario de finales del Don Juan Valera.

Él no es un anarquista literario, ni un seguidor del catalán Ferrer.

No ha reformado España.

Él no está asociado con un grupo de novelistas o escritores que lo han hecho.

De haberse alcanzado este objetivo deseable, y alcanzado a través de los esfuerzos de un novelista, que el novelista hubiera sido Don Benito Pérez Galdós.

El autor de La Cabaña no puede aceptar en el pudor de los extranjeros los laureles de todos los escritores de España. El español es una civilización antigua, compleja, muy característico, de la que felizmente es un producto. Es su esperanza de que los estadounidenses pueden llegar a ser algún día conocer mejor el espíritu y el rico patrimonio de una gran literatura nacional a través de sus páginas. En sus obras siempre han sido traducidos al ruso, y han sido familiar durante muchos años en Francia, tal vez no es demasiado pronto para anticipar la atención de la opinión pública estadounidense emprendedora.

Desafortunadamente normas de la traducción no existen en este país. Muchos creen que no existe tal cosa como la traducción, que la esencia de un libro no se puede transmitir. El profesor se apodera de su diccionario, la señora turista su pluma, el ingenioso editor sabe que ninguno es tan baja que no se traducirá-los menos la experiencia, más el traductor, una máxima en la aplicación de la que Blasco Ibáñez ha sufrido bajas espantosas . Cuando Sangre y arena ("Sangre y arena") proviene de la prensa como La sangre de la Arena, el prudente pausa-esto es el trueno en la portada, no en el índice, pero cuando nos encontramos con el eunuco de Sónnica transformado en una "vieja bruja", error pasa los límites de la decencia y merece la pena que es calípige. Tampoco son estas traducciones peor que sus compañeros.

Errores de este tipo no debe ser posible. Si beca americana no es una farsa, esta reforma, que es imprescindible, debe ser inmediata.

Blasco Ibáñez nació en Valencia, el más típico de las ciudades del litoral del este a lo largo del Mediterráneo, conocido como el Levante español. El dialecto valenciano está directamente afiliado con el vecino catalán, ya través de ella a la provenzal y no con el castellano de la meseta interior. En el carácter de la gente de allí es una instalación que sugiere que los franceses, mientras que un elemento oriental es claramente evidente, que persiste no sólo de la época de los reinos moros, pero elocuente del envío del Este y la lengua franca del mar interior . Blasco Ibáñez es un tocado levantina con una sugerencia de Chipre, de Alejandría, con una capacidad de adaptación y movilidad de temperamento que le han dotado de una facultad de improvisación literaria que es extraordinario. Ha sido un novelista, un polemista, un político, un miembro de las Cortes, un republicano, un orador, un viajero, un expatriado, un estanciero, un duelista, un periodista. "Él escribe," dice el argentino Manuel Ugarte ", la misma libertad que los demás hablan los hombres. Este es el secreto de la frescura y el encanto de las páginas inolvidables de la cabina, del sentido de la fraternidad y camaradería que surge de inmediato, uniendo la autor y sus lectores. Él parece estar diciéndonos una historia entre los cigarrillos en la mesa de café. En estos tiempos en que la humanidad se sacude a sí mismo libre de estúpido esnobismo para volver a la naturaleza y sencilla sinceridad, este don de la expresión libre y lúcida es la más alto de los méritos " .

Primeras historias de Ibáñez se referían a la vida de la llanura valenciana, cuya fertilidad maravillosa se ha convertido en proverbial:

"Valencia es el paraíso;

El trigo hoy, mañana arroz. "

Swift con el movimiento del narrador nacido y la vitalidad de una mente que siempre está al rojo vivo, estos cuentos son notables para poder descriptivo vívido en el que cada imagen sucesiva transmite una impresión de la materia tan intenso que parece de plástico. Es un pintor de la luz del sol, ya que no queda de brazos cruzados en las calles soñolientos de las ciudades andaluzas, pero turbulenta, con el surgimiento del espíritu, que brota y presionando.

En la novela de una característica introspectiva más intelectual, que también ha tenido un éxito poco común, como el señor Howells ha mostrado así en uno de los pocos artículos sobre este autor en Inglés que tengan un valor. La vena es más complejo, pero no menos abundante, el instinto que queda con el poder. De hecho, es menos nacional, una incursión en los procesos de la mente del norte. Ibáñez, sin embargo, nunca fue un esteta; ninguna fase del arte podía detener a tiempo. Navegó por Argentina para ofrecer una serie de conferencias sobre temas nacionales en un momento en Anatole France fue la defensa de la tradición gala en ese país. Vida argentina lo atrajo y se convirtió en un estanciero de la Pampa, compró un tractor motor estadounidense, y se dispuso a crear la novela argentina. América del Sur, hay que confesar, por alguna razón ha sido incontinente improductivo de las grandes novelas, ni se Ibáñez encontrar un ambiente más propicio de lo que había demostrado a sus hijos nativos. Además, los españoles, que son un pueblo religioso, estaban orando por su regreso. Él tomó un barco tan repentinamente como había llegado y ha residido desde principalmente en París, una ciudad que ha estado en él desde muy joven una segunda casa.

En la vorágine cosmopolita de la gran capital de la guerra, que ha interpretado el espíritu de la gran conflicto mundial, en términos de la imaginación con una amplitud y la fuerza de la apelación, como se le ha dado, tal vez, a ningún otro hombre. Mientras que España se ha mantenido neutral, por obligación de las condiciones materiales que los que mejor entienden su apreciará en su justo peso, en un solo volumen Ibáñez ha sido capaz de derogar esta neutralidad de la tierra, y para reunir a su pueblo públicamente que su corazón tiene siempre en secreto, en línea con la opinión progresista del mundo.

Si en los cuatro jinetes del Apocalipsis que ha prestado su mayor servicio a la humanidad, en la cabina que ha hecho su principal contribución al arte. Es el más bien redondeado de sus historias, los más perfectos. Opinión española y latinoamericana está aquí unánime. Sin embargo, principalmente se trata de un documento humano. Rubén Darío, a quien, por cierto, ninguno está mejor calificado para hablar, hace hincapié en este sesgo cruzada: "El alma de un gladiador, un narrador de cuentos robusta a la Zola se exterioriza en la cabina El producto de las inundaciones creativas sin vacilar con rapidez. de la invención, que proclama la riqueza de la fuente. Libros como este no están

escritos exclusivamente para el amor del arte, encarnan profundas aspiraciones humanas. Son hermosas páginas no sólo, pero las obras generosas y hazañas apostólicas así ". El ambiente combina admirablemente con la acción y los personajes para presentar una imagen que es satisfactorio y que apela a la vista como completa. La cabaña es una historia rara vez visual, y directamente así, dando a este respecto un interesante contraste con la sugerencia imaginativa de los realistas castellanas actuales. En ninguna otra obra el autor ha combinado de manera eficaz el amplio movimiento de su estilo valiente con el hogareño detalle, incluso grosera que le da importancia. "Un libro como este", en palabras de Iglesias Hermida, "se escribe una sola vez en toda una vida y un libro como éste es suficiente."

Una anécdota favorita de Blasco Ibáñez es tan iluminadora que merece ser contada en sus propias palabras:

"Cuando voy a la plaza de toros, como lo hago de vez en cuando con un extranjero, me gusta el espectáculo de animación policromática del anfiteatro lleno de gente, la entrada teatral de los combatientes y de los encuentros con el primer toro. El segundo me desvía menos , en la tercera empiezo a bostezar, y cuando aparece el cuarto, cojo el libro o el periódico que he traído forehandedly junto en mi bolsillo. Y sospecho que la mitad de los espectadores se sienten mucho como yo.

"Un número de hace un profesor en una de las prestigiosas instituciones académicas de los Estados Unidos años me visitó en Madrid, y yo se lo llevó, como es habitual, para ver una corrida de toros.

"Este señor sabio era también un hombre de acción, un Roosevelt de la cátedra; cabalgaba, que en caja, que se dedicó a la caza mayor, así como a la exploración de tierras desconocidas Observó con atención todos los incidentes del combate. frunciendo las cejas rubias encima de sus gafas-porque era corto de vista, como lo hacía de vez en cuando, murmuró una palabra de aprobación:!. Muy bueno " 'Verdaderamente interesante! " Vi, sin embargo, que algunos de los nuevos, idea original fue cristalizando en su mente.

"Cuando salimos, se expresaba:

"" Entretenimiento muy interesante, pero un poco monótono. ¿No sería mejor recurrir a los seis toros sueltos simultáneamente y luego matarlos a todos a la vez? Podría acortar la exposición, pero cuánto más emocionante! Daría a esos tipos la oportunidad de demostrar su valor. "

"Miré sobre esa Yankee como a un gran sabio. Había formulado definitivamente la vaga insatisfacción con la corrida que había acechado en mi mente desde que, siendo niño, había sufrido ante el espectáculo tedioso. Sí! Seis toros en una vez! "

En la novela de Blasco Ibáñez, que siempre es de seis toros a la vez.

La cabaña de Vicente Blasco Ibáñez

I LA CABINA

La vasta llanura se extendía bajo el esplendor azul de la aurora, una amplia faja de luz que apareció en la dirección del mar.

Los últimos ruiseñores, cansados de animar con sus canciones esta noche de otoño, que parecía de primavera en el balminess de su atmósfera, vertida su trino final, como si la luz del alba que hirió con sus reflejos acerados.

Las bandadas de gorriones surgieron como una multitud de erizos perseguidos desde los techos de paja de las barracas, y las copas de los árboles temblaban en el primer asalto de estos gamins del cielo, que despertó todo con la avalancha de sus plumas.

Los sonidos que llenan la noche habían muerto poco a poco: el murmullo de los canales, el murmullo de las plantaciones de caña, la corteza del perro vigilante.

La huerta se despertaba, y sus bostezos fueron creciendo cada vez más ruidoso. El canto del gallo se realizó en la granja de la casa a la granja-casa, las campanas de la aldea estaban respondiendo, con ruidosas carcajadas, el sonido de la primera misa que flotaba desde las torres de Valencia, azul y brumoso en la distancia. Desde los corrales fue un animal-concierto discordante, el relincho de los caballos, el mugido de las vacas apacibles, el cacareo de las gallinas, el balido de los corderos, los gruñidos de los cerdos, ... todo el despertar ruidoso de criaturas que, al sentir la primera caricia del amanecer, impregnado con el perfume acre de la vegetación, como para estar fuera y correr por los campos.

El espacio se saturó con la luz, las sombras disuelven como si tragado por los surcos abiertos y las masas de follaje, y en la niebla brumosa de la mañana, húmedo y filas de moreras, agitando las líneas de cañas, camas grandes cuadrados brillante de hortalizas como enormes pañuelos verdes, y la tierra roja cuidadosamente labrada, se convirtió poco a poco cada vez más definido.

A lo largo del gran camino llegó arrastrándose filas de puntos negros móviles, enfiladas hacia fuera como archivos de hormigas, todos marchan hacia la ciudad. Desde todos los confines de la vega, resonó el crujido de las ruedas se mezclaban con canciones ociosas interrumpidas por gritos instando a las bestias, y de vez en cuando, al igual que un anuncio sonoro de amanecer, el aire fue rasgado por el furioso rebuzno del burro protesta para hablar en contra de la mano de obra pesada que cayó sobre él con el alba.

A lo largo de los canales, la lámina cristalina de cristal rojo fue perturbado por plashings ruido y golpeando ruidosamente de las alas, que silenciaron las ranas como los patos avanzadas como galeras de marfil, moviendo el cuello serpentina como fantásticas proas.

La llanura se inundó de luz y vida penetró en el interior de las barracas.

Las puertas chirriaron al abrirse, bajo las figuras blancas de uva glorieta se podían ver, que al despertar estiradas, las manos entrelazadas detrás de la cabeza y miró hacia el horizonte iluminado.

Los establos estaban con las puertas abiertas, vomitando una corriente de vacas lecheras, ganado de cabras, y los regaña de las compras de los conductores, todos con destino a la ciudad. Desde detrás de la pantalla de árboles enanos que ocultaban el camino, llegó el tintineo de cencerros, mientras se mezclaba con sus notas alegres, sonó la estridente arre, aca! [A] arreando las bestias difíciles.

En las puertas de las barracas se puso los que eran ciudades-atado y los que se quedaron a trabajar en el campo, saludando a los demás.

Que el Señor nos dé un buen día!

Buenos días!

Y después de este saludo, intercambió con toda la gravedad de la gente del campo que llevan la sangre de los moros en sus venas, y que hablan el nombre de Dios sólo con el gesto solemne, se hizo el silencio de nuevo si el transeúnte era una incógnita, pero si fuera un íntimo, se le encargó a la compra, en Valencia, de pequeños objetos para la casa o la esposa.

El día había amanecido ahora completamente.

El aire ya fue absuelto de la niebla tenue que se levantó durante la noche en los campos húmedos y los canales ruidosos. El sol estaba saliendo, en el rubicundo surcos saltaban las alondras con la alegría de vivir un día más, y los traviesos gorriones, posándose en las ventanas todavía cerradas, picoteaban lejos en la madera, canto a los que están dentro, con el estridente Grito de los vagabundos acostumbrados a vivir a costa de los demás:

"Up, drones perezosos! Trabajan en los campos para que podamos comer!"

Pepeta, esposa de Toni, conocida en el barrio como Pimentó, acababa de entrar en la barraca. Era una criatura valiente, ya pesar de su carne pálida, blanca pierde por la anemia, mientras que todavía en plena juventud, la mujer trabaja más duro en toda la huerta. [B]

Al amanecer, ya estaba regresando de mercado. Se había levantado a las tres, cargada a sí misma con las cestas de jardín-truck recogidos por Toni la noche anterior, y buscando a tientas los caminos mientras maldecía la existencia vil en la que se trabajó muy duro, había guiado a sí misma como una verdadera hija de la huerta a través de la oscuridad de Valencia. Mientras tanto, su marido, que el buen hombre que estaba costando tan caro, seguía roncando en el cálido alcoba, envuelta en las sábanas matrimoniales.

Los mayoristas que compraron las verduras estaban bien familiarizados con esta mujer, que, incluso antes de que acabe el día, ya estaba en la plaza del mercado de Valencia. Sentado en medio de sus canastas, se estremeció bajo ella, mantón raído delgada mientras miraba, con una envidia de que ella no era consciente, a los que estaban bebiendo una taza de café para combatir el frío de la mañana, mejor. Esperaba con un

sumiso, animal-como la paciencia para conseguir el dinero que ella había contado sobre, en sus cálculos complicados, a fin de mantener Toni y llevar la casa.

Cuando ella había vendido sus verduras, ella regresó a su casa, corriendo todo el camino, para salvar a una hora en la carretera.

La segunda vez que se establece para ejercer otro oficio, después de las verduras vino la leche. Y arrastrando la vaca roja del halter, seguido a lo largo de la pantorrilla juguetero que se aferraba como un satélite amorosa a su cola, Pepeta regresó a la ciudad, llevando un poco de palo bajo el brazo y una medición-Copa del estaño con el que servir sus clientes.

La Rocha, ya que la vaca fue llamado debido a su abrigo rojizo, mugía suavemente y tembló bajo su cubierta cilicio al sentir el frío de la mañana, mientras que ella puso los ojos húmedos hacia la barraca, que se quedó con su establo negro y su aire pesado, y el pensamiento de la paja perfumado con el deseo voluptuoso de sueño que no está satisfecho.

Mientras tanto, Pepeta la instó con el bastón: se estaba haciendo tarde, y los clientes se quejan. La vaca y pequeño becerro al trote a lo largo del centro del camino de Alboraya, que estaba lleno de barro y surcada por profundos surcos.

A lo largo de las orillas inclinadas pasaron filas interminables de cigarrillos-girls y los trabajadores de seda de molino, cada uno con una cesta en un brazo, mientras que el otro balancea libre. Toda la virginidad de la huerta iba por este camino hacia las fábricas, dejando tras de sí, con el revoloteo de sus faldas, a raíz de la dura, la castidad áspera.

La bendición de Dios sobre todos los campos.

El sol que se levanta como un enorme oblea roja de detrás de los árboles y las casas que ocultaban el horizonte, disparó sucesivamente agujas cegadores de oro. Las montañas en el fondo y las torres de la ciudad adquirieron un tinte rosado, las pequeñas nubes que flotaban en el cielo se puso rojo como la seda carmesí, los canales y las piscinas que bordeaban la carretera parecían llenarse de peces de fuego, el susurro de la escoba, el traqueteo de China, y todos los sonidos de la limpieza de la mañana vinieron de dentro de las barracas.

Las mujeres en cuclillas por los bordes de las piscinas, con cestas de ropa para el lavado a sus lados; conejos gris oscuro llegaron saltando por los caminos con su sonrisa engañosa, mostrando, en su huida, sus cuarteles de color rojizo, separado por el trozo de una cola, con un ojo rojo y llamas de ira, el gallo montado en el montón de estiércol rojizo con sus odalisks pacíficos sobre él y envió el grito de un sultán irritada.

Pepeta, ajeno a este despertar de la aurora, que fue testigo de todos los días, se apresuró a continuar su camino, vacíe su estómago, sus miembros doloridos, su pobre ropa empapada con la característica de la transpiración de su pálida y fina sangre que fluía por semanas a la vez contraria a las leyes de la Naturaleza.

La multitud de gente trabajadora que entraban en Valencia llenaron todos los puentes. Pepeta pasó a los trabajadores de los suburbios que habían venido con sus pequeños

desayuno-sacos sobre sus hombros, y se detuvo en el impuesto sobre el consumo para obtener su recibo,-unas pocas monedas que afligió su alma de nuevo cada día,-luego pasó por las calles desiertas , cuyo silencio fue roto por los cencerros de La Rocha, una melodía pastoral monótona, lo que provocó el habitante de la ciudad soñolienta de soñar con pastos verdes y un paisaje idílico.

Pepeta tenía clientes en todas partes de la ciudad. Ella siguió su camino complicado por las calles, deteniéndose ante las puertas cerradas, sino que fue un golpe en un golpeador aquí, tres o más repetidos golpes allí, y nunca la continuación del grito estridente y agudo, que al parecer no podía provenir de un pecho tan pobre y plano:

La lleet!

Y el siervo despeinado, ojos hundidos bajó en zapatillas, una jarra en la mano, para recibir la leche, o el conserje de edad apareció, todavía con la mantilla, que se había puesto para ir a misa.

A las ocho se habían cumplido todos los clientes. Pepeta estaba ahora cerca del barrio de los pescadores.

Aquí tenía negocios también, y la esposa del granjero pobre penetró valerosamente los callejones sucios que, a esta hora, parecía estar muerto. Ella siempre se sintió al principio un cierto malestar,-la repugnancia instintiva de un estómago delicado: pero su espíritu, el de una mujer que, aunque mal, era respetable, logró elevarse por encima de ella, y ella continuó con cierta orgullosa satisfacción- el orgullo de una mujer casta que consuela a sí misma al recordar que, aunque se inclinó y debilitado por su pobreza, ella sigue siendo superior a los demás.

De las casas cerradas y silenciosas vino adelante el aliento de lo barato ruidoso, canalla, sinvergüenza mezclado con un olor caliente, carne podrida, y por las rendijas de las puertas, que parecía escapar de la brutal y jadeante respiración de sueño pesado, después de una noche de caricias fiera y amorosos, deseos borrachos.

Pepeta oyó que alguien la llamaba. En la entrada a una estrecha escalera había una chica robusta, haciendo señas a ella. Ella era fea, sin otro encanto que el de los jóvenes ya desapareciendo, sus ojos estaban húmedos, con el pelo en un moño torcido, y sus mejillas, aún manchadas por el rouge de la noche anterior, parecía una caricatura de las pinceladas rojas en la cara de un payaso, un payaso del vicio.

La mujer campesina, apretando los labios con una mueca de orgullo y desdén, con el fin de que la distancia entre ellos podría estar bien marcado, comenzó a llenar una jarra que la niña le dio con la leche de las ubres de la Rocha. Este último, sin embargo, no apartaba los ojos de la esposa del agricultor.

"Pepeta",-dijo ella, con voz indecisa, como si estuviera seguro de si realmente fuera ella.

Pepeta levantó la cabeza, ella fijó sus ojos por primera vez a la chica, entonces ella también parecía estar en duda.

"Rosario,-es usted?"

Sí, era, con guiños tristes de la cabeza que lo confirmó. Pepeta mostró inmediatamente su sorpresa. Ella aquí! Una hija de unos padres tan honrados! Dios! Qué vergüenza!

La prostituta, por hábito profesional, trató de recibir las exclamaciones de la esposa del granjero escandalizado con una sonrisa cínica y la expresión escéptica de quien ha sido iniciado en el secreto de la vida, y el que cree en nada, pero los ojos claros de Pepeta parecía avergonzar la chica, y ella bajó la cabeza como si estuviera a punto de llorar.

No: no estaba mal. Ella había trabajado en las fábricas, que había sido un siervo, pero finalmente, a sus hermanas, cansadas de sufrir hambre, le había dado el ejemplo. Así que allí estaba, a veces recibir caricias, y en ocasiones se reciben golpes, y aquí se quedaría hasta que ella dejó de vivir para siempre. Era natural: cualquier familia puede terminar así que no hay madre ni padre izquierda. La causa de todo esto era el dueño de la tierra, era el culpable de todo, que Don Salvador, que seguramente debe estar ardiendo en el infierno! Ah, ladrón! ¿Cómo se había arruinado toda la familia!

Pepeta olvidó su actitud fría y reservar en frío con el fin de unirse a la indignación de la muchacha. Era la verdad, toda la verdad! Eso avaro viejo avaro era el culpable. Toda la huerta sabía! El cielo nos libre! Con qué facilidad una familia puede ser arruinado! Y el pobre tío Barret había sido tan bueno! Si pudiera levantar la cabeza y ver a sus hijas! ... Fue allí bien conocido que el pobre padre había muerto en Ceuta dos años antes, y en cuanto a la madre, la viuda pobre había terminado su sufrimiento en un hospital-cama. ¿Qué cambios se producen en el mundo en diez años! ¿Quién hubiera dicho a ella, y sus hermanas, que estaban reinando como reinas en sus hogares en el tiempo, que vendrían a tal fin? Oh Señor! Señor! Líbranos del mal!

Rosario se animó durante esta conversación, ella parecía rejuvenecido por el amigo de su infancia. Sus ojos, antes muertos, brillaban al recordar el pasado.

Y la barraca? Y la tierra? Todavía estaban desiertas. En verdad? Eso le gustaba;-que se vayan a romper,-que se vayan a la ruina,-esos hijos del pícaro don Salvador.

Eso por sí solo parecía consolarla: estaba muy agradecida a Pimentó y para todos los demás, porque habían impedido esas personas allá de venir a trabajar la tierra que por derecho le correspondía a la familia. Y si alguien desea tomar posesión de ella, lo sabía muy bien el remedio ¡Bang! Un informe de un arma que volarle la cabeza!

La niña creció más audaz, sus ojos brillaban con fiereza, dentro de la mamá pasiva de la prostituta, acostumbrado a los golpes, llegó a la vida de la hija de la huerta, que desde nacimiento mismo, se ha visto la escopeta colgada detrás de la puerta, y aspiró el olor de la pólvora en los días de fiesta de alegría.

Después de hablar del pasado triste Rosario, cuya curiosidad se despertó, salió a preguntar por todas las personas en el hogar, y terminó por darse cuenta de lo mal que se veía Pepeta. Pobrecita! Era perfectamente evidente que ella no era feliz. Aunque todavía joven, con los ojos, claro, sencillo y tímido como una virgen de, solo reveló su verdadera edad. Su cuerpo era un mero esqueleto, y su cabello rojizo, el color de un oído del maíz tierno, estaba veteado de gris, aunque como todavía no había alcanzado su trigésimo año.

¿Qué clase de vida era Pimentó le dar? Siempre borracho y aversión al trabajo? Ella había traído sobre sí misma, casándose él contra de la recomendación de cada uno. Era

un tipo robusto, que era cierto, cada uno le temía en la taberna de Copa domingos por la noche, cuando él jugaba a las cartas con el peor matones de la huerta, pero en la casa, que estaba obligado a probar un marido insufrible. Aún así, después de todo, los hombres son todos iguales! Tal vez ella no lo sabía! Perros, todos ellos, no vale la pena de ser atendidos! Grandes Cielos! lo enfermo pobre Pepeta estaba buscando!

El, profunda voz de un virago resonó como un trueno por la estrecha escalera.

"Elisa! Lleve la leche a la vez! El señor está esperando!"

Rosario se echó a reír como si loco. "Me llamo Elisa ahora ¿No lo sabes!"

Era una exigencia de su negocio para cambiar su nombre, así como hablar con un acento andaluz. Y empezó a imitar la voz de la virago arriba con una especie de humor áspero.

Pero a pesar de su alegría, ella tenía prisa para escapar. Ella tenía miedo de los de arriba. El dueño de la voz áspera o el señor que quería que la leche podría darle un poco de recuerdo de la demora. Así que se apresuró a subir después de instar a Pepeta que parar otra vez en otra ocasión para darle la noticia de la huerta.

El monótono tintineo de la campana de La Rocha continuó durante más de una hora por las calles de Valencia, las ubres marchitas dieron hasta la última gota de leche insípida, producido por una dieta miserable repollo de hojas y basura, y finalmente Pepeta estaba listo para comenzar de nuevo hacia la barraca.

La trabajadora, pobre mujer caminaba a lo largo de tristeza profunda en el pensamiento. El encuentro había impresionado, que recordaba, como si sólo hubiera pasado el día anterior, la terrible tragedia que se había tragado tío Barret y toda su familia.

Desde entonces, los campos, que sus antepasados habían cultivado durante más de cien años, había permanecido abandonada a la orilla de la carretera.

La barraca deshabitada se desmoronaba poco a poco en pedazos sin mano misericordiosa para reparar el techo o para lanzar un puñado de lodo sobre las grietas en la pared.

Diez años de la muerte y re-paso había acostumbrado la gente a los ojos de esta ruina, por lo que no prestó mayor atención a la misma. Hacía mucho tiempo que incluso Pepeta había mirado. Ahora interesa sólo a los niños que, heredando el odio de sus padres, pisoteados por las ortigas de los campos abandonados con el fin de enigma de la casa abandonada con rocas, los cuales separan grandes diferencias en la puerta cerrada, o para llenar el pozo bajo la antigua uva cenador con tierra y piedras.

Pero esta mañana, Pepeta, bajo el hechizo de la reciente reunión, no se limitó a la ruina, pero se detuvo al borde de la carretera para verlo mejor.

Los campos del tío Barret, o mejor dicho, de la Judio, Don Salvador, y sus herederos excomulgados, eran un oasis de la miseria y el abandono en medio de la huerta, tan fértil y bien cultivado, y sonriendo.

Diez años de desolación habían endurecido el suelo, haciendo que todas las plantas parasitarias, las ortigas, que Dios ha creado para castigar a los agricultores para que brotara de sus profundidades estériles. Un bosque enano, enredado y deforme, se extendió a lo largo de los campos en los que agita filas de extraños tonos verdes, varió

aquí y allá por las flores, misterioso y raro, de la clase que prosperan sólo en medio de cementerios y ruinas.

Aquí, en el rango laberinto de este matorral, fomentada por la seguridad de su retiro, se crió y multiplica todas las especies de insectos repugnantes, que se extendió a los campos vecinos, lagartos verdes con lomo ondulado, enormes escarabajos con conchas de reflejo metálico, arañas con patas cortas y peludas, e incluso serpientes, que se salió de los canales adyacentes. Aquí prosperó en medio de la llanura hermosa y cultivada, la formación de un patrimonio separado y devorándose unos a otros. A pesar de que causaron algunos daños a los agricultores, este último los respetaba hasta con cierta veneración por las siete plagas de Egipto habría parecido, pero un poco a los habitantes de la huerta que había descendido sobre aquellos campos malditos.

Las tierras del tío Barret nunca habían sido destinados para el hombre, así que vamos a las plagas más repugnante nido entre ellos, y cuanto más, mejor.

En medio de estos campos de desolación, que se destacó en la hermosa llanura como una mancha sucia en un manto real de terciopelo verde, la barraca se levantó, o más bien hay que decir que cayó, su techo de paja reviente, que muestra a través de la lagunas, que la lluvia y el viento habían perforado, el marco carcomido de la madera dentro.

Las paredes, podrido por las lluvias, al descubierto el barro-adobe. Sólo algunas manchas muy ligeros revelaron la antigua cal, la puerta fue desigual a lo largo del borde inferior que las ratas habían roído, con grietas anchas que corrían, de longitud completa, de extremo a extremo. Los dos o tres pequeñas ventanas, y se abrían anchas, cuelgan libremente en una articulación expuesta a merced de los vientos del sur-oeste, a punto de caer tan pronto como la primera ráfaga debería sacudirlos.

Esta ruina herido el espíritu y pesaba sobre el corazón. Parecía como si los fantasmas podrían salir atrevidamente de la choza miserable y abandonada tan pronto como la oscuridad se cerró en, que desde el interior podría llegar el grito de los asesinados, rasgando la noche, para que todos estos residuos de malezas podría ser una cubierta para ocultar cientos de trágicas cadáveres de vista.

Horrible fueron las visiones que fueron conjurados por la contemplación de estos campos desolados, y su pobreza sombrío fue agudizada por el contraste con los campos de los alrededores, por lo rojo y bien cultivado, con sus filas ordenadas de jardín-camión y su pequeño Fruta- árboles, a cuyas hojas del otoño dio una transparencia de color amarillento.

Hasta los pájaros huyeron de los campos de la muerte, tal vez por miedo a los reptiles repugnantes que agitan alrededor bajo el crecimiento de malas hierbas, o posiblemente debido a que perfumaban el vapor de abandono.

Si hay algo que se ve a revolotear por el techo roto de paja, era seguro que será de plumaje fúnebre con las alas negras y traicionero, que a medida que se agita, el silencio fundido en los flappings alegres gorjeos y lúdicas en los árboles, dejando la huerta mortalmente quieto , como si hay gorriones gorjeaban en una rotonda media legua.

Pepeta estaba a punto de seguir su camino hacia su barraca, que se asomó blanquecino entre los árboles a cierta distancia a través de los campos, pero tuvo que detenerse en el borde escarpado del camino real a fin de permitir el paso de un vagón cargado, que parecía venir de la ciudad, y que avanzaban con sacudidas violentas.

A la vista de ello, su curiosidad femenina se despertó.

Fue la mala compra de un granjero tirado por un viejo y huesudo rocín, que estaba siendo ayudado en los surcos profundos de un hombre alto, que marcharon junto al caballo, animándole con gritos y el chasquido de un látigo.

Estaba vestido como un obrero, pero su manera de llevar el pañuelo anudado alrededor de la cabeza, con los pantalones de pana, y otros detalles de su traje, indicó que no era de la huerta, donde el adorno personal poco a poco había sido corrompido por las modas de la ciudad. Él era un granjero de algún pueblo lejano, había llegado, tal vez, desde el centro de la provincia.

Colmado de alto sobre el carro, formando una pirámide que monta superior incluso a los secundarios polos, se apilaba un revoltijo de objetos domésticos. Esta fue la migración de una familia entera. Colchones delgados, paja-cama, llenos de susurro de las hojas de maíz, punta-asientos, sartenes, ollas, platos, canastas, verde cama-lamas: todo se amontonaban sobre el carro, sucio, gastado, miserable, hablar del hambre, de huida desesperada, como si la desgracia acechaba detrás de la familia, pisando los talones. Y en la parte superior de esta masa desordenada eran tres hijos, abrazándose mientras miraban a través de los campos con los ojos muy abiertos, como exploradores que visitan un país por primera vez.

Pisando los talones cerca del carro, mirando atentamente a ver que nada pueda caer, trudged una mujer con una chica delgada, que parecía ser su hija. En el otro lado de la queja, lo ayuda cada vez que la compra ha quedado atascado en un bache, acechado a un niño de unos once años. Su tumba exterior era la de un niño acostumbrado a luchar con la miseria. Ya era un hombre a una edad en que otros todavía estaban jugando. Un pequeño perro, sucio y jadeante cerraba la marcha.

Pepeta, apoyada en el costado de su vaca, y poseía una creciente curiosidad, los vio pasar sucesivamente. ¿Dónde podrían estas personas pobres se van?

Este camino, corriendo en el tenedor de Alboraya, no lleva a ninguna parte, sino que se perdió en la distancia, como si agotado por las innumerables bifurcaciones de sus calles y caminos, lo que dio entrada a las distintas barracas.

Pero su curiosidad tenía una gratificación inesperada. Virgen Santa! El carro se alejó del camino, cruzó el puente poco destartado hecha de troncos de los árboles y el césped que daba acceso a los campos malditos, y continuó a través de los prados del tío Barret, aplastando el crecimiento hasta ahora respetada de malezas debajo de sus ruedas.

La familia siguió detrás, que se manifiesta por medio de gestos y palabras confusas, la impresión que este miserable pobreza y decadencia estaban haciendo sobre ellos, pero todo el tiempo que va directamente en línea recta hacia la barraca en ruinas, como aquellos que están tomando posesión de su cuenta.

Pepeta no se detuvo a ver más, que bastante voló hacia su propia casa. Con el fin de llegar cuanto antes, abandonó la vaca y pequeño becerro, que tranquilamente siguió su camino como si fueran animales que tienen una buena, estable y seguro no están preocupados por el curso de los asuntos humanos.

Pimentó era perezosamente fumar, mientras yacía tumbado en un lado de la barraca con la mirada fija en tres pequeños palos untados con el pájaro-cal, que brillaba en el sol, y de la que algunos pájaros revoloteaban,-la ocupación de un caballero .

Cuando vio a su esposa llegó con ojos asombrados y su débil pecho jadeante, Pimentó cambió su posición con el fin de escuchar el mejor, al mismo tiempo, advierte que no se acercará a los más pequeños palos.

¿Qué estaba pasando ahora? Tenía la vaca sido robado de ella?

Pepeta, entre el cansancio y la emoción, apenas era capaz de pronunciar dos palabras seguidas.

Las tierras de Barret, ... toda una familia, ... se va a trabajar, sino que iban a vivir en la barraca en ruinas,-que había visto a sí misma!

Pimentó, un cazador de aves-cal, un enemigo del trabajo, y el terror de toda la comunidad, ya no era capaz de mantener la compostura, la impresionante gravedad de un gran señor, antes de que tal noticia inesperada.

Cordones!

Y de un salto, levantó la pesada estructura, muscular del suelo, y se embarcó en una carrera sin esperar más explicaciones.

Su esposa lo miró mientras corría por los campos hasta llegar a un cañaveral junto a la tierra maldita. Aquí se puso de rodillas, se tiró frente hacia adelante, arrastrándose sobre su vientre mientras espiaba a través de las cañas como un beduino en una emboscada. Después de unos minutos, comenzó a correr de nuevo, y pronto se perdió de vista en medio del laberinto de senderos, cada uno de ellos abrió una barraca, a otro campo en el que las cifras de flexión ejercían grandes azadas de acero, que brillaba como la luz golpeó sobre ellos.

La huerta estaba sonriendo y susurrando, lleno de susurros y con luz, sueño bajo la cascada de oro se refleja en el sol de la mañana.

Pero pronto llegó, desde la distancia, el sonido mezclado de los gritos y halloes. La noticia pasa de un campo a otro. Con gritos, con un temblor de alarma, de la sorpresa, de indignación, que corrió a través de toda la llanura, como si los siglos no hubieran transcurrido, y el informe se está extendiendo de que una galera argelina estaba a punto de aterrizar en la playa, en busca de un cargamento de carne blanca.

La cabaña de Vicente Blasco Ibáñez

II

En tiempo de cosecha, cuando tío Barret observó las diversas parcelas en que se dividieron los campos, que no pudo reprimir un sentimiento de orgullo. Mientras contemplaba el trigo de alto, las cabezas de repollo con sus corazones de encaje de vellón, los melones verdes que muestran la espalda a la altura de la tierra, los pimientos y tomates, medio oculta por el follaje, que alabaron la bondad del tierra, así como los esfuerzos de todos sus antepasados para trabajar estos campos mejor que el resto de la huerta.

Toda la sangre de sus antepasados estaba aquí. Cinco o seis generaciones de Barrets habían pasado su vida trabajando en este mismo suelo. Se habían vuelto una y otra vez, teniendo cuidado de que su alimento vital no debe disminuir, el peinado y acariciándolo con arado y la azada, no había uno de estos campos que no habían sido regadas con el sudor y la sangre de la familia.

El agricultor amaba a su esposa mucho, e incluso la perdonó la locura de haberle dado cuatro hijas y ningún hijo, para ayudarle en su trabajo. No es que él amaba a sus hijas por ello menos, ángeles enviados de Dios que pasaban el día cantando y coser en la puerta de su barraca, y que a veces iba a los campos con el fin de dar a su pobre padre un poco de descanso. Pero la pasión suprema del tío Barret, el amor de todos sus amores, era el terreno en el que la historia en silencio y monótono de su familia había desenrollado.

Hace muchos años, muchos de hecho, en esos días en que el tío Tomba, un hombre de edad ya casi ciego, que se ocupaba de los pobres del rebaño de un carnicero en Alboraya, fue vagando por la banda de El Fraile, [C] disparar al francés, estas tierras habían pertenecido a los monjes de San Miguel de los Reyes.

Eran buenos, caballeros fuertes, elegantes y voluble, que no estaban en una prisa para recoger sus vacaciones, y parecía estar satisfecho si al pasar junto a la cabina de una noche, la abuela, que era un alma generosa, trataría a vasos profundos de chocolate, y los primeros frutos de la temporada. Antes, mucho antes, el dueño de toda esta tierra había sido un gran señor, que al morir, había descargado tanto sus pecados y sus fincas en el seno de la comunidad. Ahora, ¡ay! pertenecían a Don Salvador, un poco viejo, reseco de Valencia, que tanto atormentaba tío Barret, que incluso soñaba con él por la noche.

El campesino pobre mantuvo su problema oculto de su familia. Era un hombre valiente de hábitos de limpieza. Si iba a la taberna de Copa por un rato los domingos, cuando toda la gente del barrio se reunieron juntos allí, que era el fin de ver las tarjetas de los jugadores, a reír a carcajadas de los absurdos y brutalidades de Pimentó, y la otros compañeros jóvenes fornidos que jugaron "gallo o" el camino "de la huerta, pero nunca lo hicieron que se acercan a un mostrador para comprar un vaso, él siempre mantuvo su

cinturón-bolso apretado alrededor de la cintura, y si bebía nada, era Sólo cuando uno de los ganadores fue tratar a todos de la multitud.

Aversión a hablar de sus dificultades, que siempre parecía estar sonriendo, bonachón y tranquilo, con la tapa azul que había ganado para él el apodo, [D] tirado así hasta las orejas.

Trabajó con luz hasta el anochecer. Mientras que el resto de la huerta todavía dormía, labrado sus campos en la luz incierta del amanecer, pero cada vez más convencido, todo el tiempo, que no podía ir en ellos trabajan solos.

Era una carga demasiado grande para un solo hombre. Si sólo tenía un hijo! Cuando él buscó la ayuda, se enfrentó a los funcionarios que le robaron, trabajó muy poco, ya los que descargan cuando los sorprendió durmiendo en el establo durante las horas de sol.

Obsesionado con su respeto por sus antepasados, que más bien habría muerto en sus campos, vencido por la fatiga, que el alquiler de una sola hectárea a manos extrañas. Y como no podía manejar todo el trabajo solo, la mitad de su tierra fértil y se mantuvo en barbecho improductivo, mientras trataba de mantener a su familia y pagar su casero por el cultivo de la otra mitad.

Una lucha silenciosa era esto, desesperado y obstinado, para ganar lo suficiente para las necesidades de la vida y superar el reflujo de su vitalidad.

Ahora sólo tenía un deseo. Era que sus niñas no deben saber, que nadie les debe dar una idea de las preocupaciones y problemas que acosaban a su padre, que la sagrada alegría de este hogar, la alegría animado a todas horas por los cantos y las risas de los cuatro hermanas, que habían nacido en cuatro años sucesivos, no deben romperse.

Y, mientras tanto, ya había comenzado a atraer la atención de los jóvenes galanes de la huerta, cuando fueron a los merrymakings del pueblo en sus nuevos y vistosos pañuelos de seda y sus susurrantes faldas planchadas. Y mientras ellos se levantaban al amanecer y se salga descalzo en sus chemises con el fin de mirar hacia abajo, a través de las grietas de la pequeña ventana, a los pretendientes que cantaban las albaes, [E] o que los cortejado con thrummings de la guitarra , el pobre Barret, tratando cada vez más difícil de equilibrar sus cuentas, sacó onza onza el puñado de oro que su padre había acumulado para él centavo por centavo, y trató en vano de apaciguar a Don Salvador, el viejo avaro que nunca tuvo suficiente y que, no contento con él apretando, no paraba de hablar de los malos tiempos, el aumento escandaloso de los impuestos y la necesidad de aumentar su renta.

Barret no pudo haber tenido un dueño peor. Él llevó una reputación detestable en toda la huerta, ya que casi no había un distrito en el que no era dueño de la propiedad. Cada noche que pasaba en las calles, visitando a sus inquilinos, envuelto aún en primavera en su vieja capa, en mal estado y el aspecto de un mendigo, mientras maldiciones y gestos hostiles lo siguieron. Fue la tenacidad de la avaricia que se desea para estar en contacto con su propiedad en todas las horas; la persistencia de la usura, que ha espera de cuentas se asienten.

Los perros aullaban desde la distancia al verle, como si la propia muerte se aproxima, los hijos al cuidado de él con el ceño fruncido caras, los hombres se escondieron para evitar penosas excusas, y las mujeres fueron a su encuentro en la puerta de la cabina con sus ojos fijos en el suelo y la mentira dispuesto a rogar que sea paciente, mientras que ellos respondieron sus amenazas blustering de lágrimas.

Pimentó, que, como el matón del público, interesado por las desgracias de sus vecinos, y que era el caballero andante de la huerta, murmuró algo entre dientes que sonaba como la promesa de una paliza, con una reflexión más tarde en un canal. Sin embargo, las mismas víctimas del avaro lo detuvo, diciéndole a la influencia de Don Salvador, advirtiéndole que él era un hombre que se pasaba las mañanas en la corte y tenía amigos poderosos. Con ello, los pobres son siempre perdedores.

De todos sus inquilinos, lo mejor era Barret, quien a costa de un gran esfuerzo le debía nada. Y el viejo avaro, incluso mientras le señala como un modelo para los otros inquilinos, llevó su crueldad hacia él al máximo extremo. Excitado por la misma mansedumbre del agricultor se mostró más exigente, y fue evidente que el placer de encontrar a un hombre en quien podía desahogarse sin temor todos sus instintos de robo y la opresión.

Finalmente se planteó la renta de la tierra. Barret protestó, ni siquiera lloró mientras recitaba a él los méritos de la familia que había trabajado en la piel de sus manos con el fin de hacer que estos campos lo mejor de la huerta. Pero Don Salvador era inflexible. ¿Eran los mejores? Luego se debe pagar más. Y Barret pagó el aumento, él renunciaría a su última gota de sangre antes de que abandonaría esos campos que poco a poco fueron tomando su propia vida.

Por fin, no tenía dinero para él sostenernos. Podía contar sólo con la producción de los campos. Y completamente solo, el pobre Barret oculta la verdadera situación de su familia. Se obligó a sonreír cuando su esposa y sus hijas le pidieron no trabajar tan duro, y siguió como un verdadero loco.

No durmió, le pareció que su jardín-camión estaba creciendo más lentamente que la de sus vecinos, sino que se decidió que él, y sólo él, debe cultivar toda la tierra, trabajó en la noche, a tientas en la oscuridad, la nube que amenaza menor haría temblar, y estar bastante fuera de sí de miedo y, por último, honorable y bueno como él, que incluso se aprovechó de la falta de cuidado de sus vecinos y les robaron su parte de agua para el riego .

Pero si su familia eran ciegos, los agricultores vecinos entienden su situación y le compadecían de su mansedumbre. Era un tipo grande y bonachón, que no sabía cómo poner en un frente valiente ante el avaro repelente, que estaba drenando lentamente hasta dejarlo seco.

Y esto era cierto. El pobre hombre, agotado por su existencia febril y el trabajo loco, se convirtió en un mero esqueleto de la piel y los huesos, encorvado como un octogenario, con los ojos hundidos. Esa tapa característica, que le había dado su apodo, ya no quedó

asentado en sus oídos, pero a medida que crecía más ágil, se inclinaba hacia sus hombros, como el extintor fúnebre de su existencia.

Pero lo peor de todo era que este exceso insoportable de la fatiga sólo sirvió para pagar la mitad de lo que exigía el monstruo insaciable. Las consecuencias de sus trabajos locos no tardaron en llegar. Nag de Barret, un animal que tanto ha sufrido, la compañera de toda su labor frenética, cansado de trabajar tanto de día como de noche, de sacar el carro con un montón de jardín de camiones al mercado en Valencia, y de ser enganchado en el arado sin tiempo para respirar o para refrescarse, decidió morir en lugar de intentar el más mínimo rebelión contra su pobre amo.

Después de hecho el pobre campesino se vio perdido! Miró con desesperación en sus campos, que ya no podía cultivar, las filas de fresco jardín-camión que la gente en la ciudad devorada indiferencia sin sospechar la ansiedad que el producto ha causado el campesino pobre, en la batalla constante con la pobreza y con la tierra.

Pero la Providencia, que nunca abandona a los pobres, le habló por boca de Don Salvador. No en vano es lo que dicen que Dios a menudo se deriva bien del mal.

El insufrible avaro usurero voraz, ofreció su ayuda con amabilidad conmovedora y paternal al enterarse de la desgracia de Barret. ¿Cuánto se necesita para comprar otra bestia? Cincuenta dólares? Entonces ahí estaba, dispuesto a ayudar, y para mostrarle lo injusto era el odio de los que despreciaba y hablaba mal de él.

Y él prestó dinero a Barret, aunque con el insignificante detalle de exigirle que ponga su firma (puesto que el negocio es el negocio), a los pies de un determinado papel en el que se mencionó el interés, la acumulación de intereses y la seguridad de la deuda, lista para cubrir este último detalle, los muebles, los utensilios, todo lo que el agricultor poseía en su granja, incluyendo los animales del corral.

Barret, animado por la posesión de un nuevo y vigoroso caballo joven, volvió a su trabajo con más espíritu de suicidarse otra vez sobre esas tierras que lo abrumaban, y que parecía crecer a medida que disminuyen sus esfuerzos hasta que lo envolvía como una mortaja rojo.

Todo lo que los campos producidos fue devorado por su familia, y el puñado de cobre que hizo por sus ventas en el mercado de Valencia pronto se dispersaron, nunca pudo ganarse suficiente para satisfacer la avaricia de Don Salvador.

La angustia del tío Barret en su lucha para pagar su deuda y su fracaso para hacer así que despertó en él un cierto instinto de rebelión que causó todo tipo de ideas confusas de la justicia a surgir a través de su razonamiento crudo. ¿Por qué no fueron los campos de su propia? Todos sus antepasados habían pasado su vida en estas tierras, que fueron rociados con el sudor de su familia, y si no fuera por ellos, los Barret, estas tierras serían tan despoblada como las arenas de la orilla del mar. Y ahora este viejo inhumano, que era el amo aquí, aunque no sabía cómo coger una azada y nunca se había inclinado la espalda con dolor en toda su vida, estaba poniendo los tornillos sobre él y lo aplastó con todo su " recordatorios ". Cristo! ¿Cómo se ordenan los asuntos de los hombres!

Pero estas revueltas fueron sólo momentáneas, la sumisión resignada del trabajador volvió a él, con su tradicional respeto y supersticiosa de la propiedad. Se debe trabajar y ser honesto.

Y el pobre hombre, que considera que la falta de pago de la obligación de uno era el mayor de todos deshonra, volvió a su trabajo, cada vez más débil y más delgada, y sintiendo dentro de sí el hundimiento gradual de su vitalidad. Convencido de que no iba a ser capaz de arrastrar a la situación mucho más tiempo, aún estaba indignada ante la mera posibilidad de abandonar un puñado de las tierras de sus antepasados.

Cuando llegó la Navidad, él fue capaz de pagar Don Salvador sólo una pequeña parte de la renta de la mitad de años que se cayó debido, día de San Juan llegó, y él no tenía un céntimo, su esposa estaba enferma, sino que incluso había vendido su joyería de la boda de fin de cubrir los gastos; ... los pendientes antiguos pendientes, y el collar de perlas, que eran el tesoro de la familia, y el futuro de la posesión de la que había dado lugar a discusiones entre las cuatro hijas.

El avaro viejo avaro demostró ser inflexible. No, Barret, esto podría no continuar. Como era de buen corazón (sin embargo las personas que no están dispuestos a creer que eran), no se permite que el agricultor se suicidó en su determinación de cultivar más tierra que sus esfuerzos eran iguales. No, no iba a consentir en ella, era demasiado buen corazón. Y como él había recibido otra oferta de alquiler, dio aviso a Barret a renunciar a los campos lo antes posible. Lo sentía mucho, pero también era pobre. ¡Ah! Y al mismo tiempo, le recordó que sería necesario para pagar el préstamo para la compra del caballo, ... una suma que con los intereses asciende a

El campesino pobre ni siquiera prestar atención a la suma de unos mil reales a la que su deuda había agregados con el interés bendecido, lo agita y se confunde llegó a ser por este orden a abandonar sus tierras.

Su debilidad y la erosión interna producida por la lucha de trituración de dos años, se mostraron súbitamente.

Él, que nunca había llorado, ahora sollozaba como un niño. Todo su orgullo, su gravedad morisca, desapareció de pronto, y arrodillándose ante el anciano, le suplicó que no lo abandonará ya que lo miraba como a un padre.

Pero un padre bien pobre Barret había elegido! Don Salvador demostró ser implacable. Que lo sentía, pero no podía evitarlo: él mismo era pobre, tenía que dar la vida por sus hijos. Y continuó para encubrir su crueldad con penas de sentimentalismo hipócrita.

El agricultor se cansó de pedir misericordia. Hizo varios viajes a Valencia a la casa del maestro que le recuerdan a sus antepasados, de su derecho moral a aquellas tierras, lo que pide un poco de paciencia, declarando con esperanza frenética que le pagaría. Pero al fin el avaro se negó a abrir la puerta para él.

Entonces la desesperación Barret dio nueva vida. Él volvió a ser el hijo de la huerta, orgulloso, alegre, intratable, cuando está convencido de que tiene razón. El dueño no quiso escucharle? Él se negó a darle alguna esperanza? Muy bien, él estaba en su propia

casa, en todo caso Don Salvador deseaba, tendría que buscarlo allí. A él le gustaría ver al matón que podría hacerle salir de su granja.

Y siguió trabajando, pero con recelo, mirando ansiosamente por si alguien desconocido para él pasó a estar llegando a lo largo de los caminos adyacentes, como si esperara que en cualquier momento de ser atacado por una banda de bandidos.

Ellos lo llamaron a la corte, pero no aparecieron.

Ya sabía lo que esto significaba: los lazos que los hombres establecen con el fin de arruinar la honorable. Si iban a robarle, dejar que lo busquen en estas tierras que se habían convertido en parte de su propia carne y sangre, porque como tal se defiende.

Un día le dieron cuenta de que el tribunal iba a iniciar un proceso de expulsión de su tierra aquella misma tarde y, además, tendrían adjuntar todo lo que tenía en su camarote para satisfacer sus deudas. No estaría durmiendo allí esa noche.

Esta noticia fue tan increíble que el pobre Barret que sonrió con incredulidad. Esto puede ocurrir a los demás, a los tramposos que nunca habían pagado nada, pero él, que siempre había cumplido con su deber, que incluso había nacido aquí, que le debía sólo el alquiler de un año, tonterías! Una cosa así no podría suceder, a pesar de que uno estuviera viviendo entre los salvajes, sin caridad o religión!

Pero por la tarde, cuando vio a algunos hombres de negro que viene por el camino, pajarracos fúnebres con alas de papel enrollado bajo el brazo, ya no estaba en duda. Este era el enemigo. Ellos venían a robarle.

Y de repente se despertó dentro de Barret el coraje ciego del moro que van a sufrir toda clase de insultos, sino que se vuelve loco cuando su propiedad se toca. Correr en la cabina, tomó la escopeta vieja, siempre colgado carga detrás de la puerta, y elevarlo al hombro, tomó su puesto bajo la viña, listo para poner dos balas en el primer bandido de la ley para poner los pies sobre la sus campos.

Su esposa enferma y cuatro hijas salieron corriendo, gritando salvajemente, y se lanzaron sobre él, tratando de arrebatarse el arma, tirando del cañón con ambas manos. Y tales eran los gritos del grupo, mientras luchaban y se disputaban ella, tambaleándose de un pilar de la uva arbor a la otra, que la gente del barrio comenzaron a agotarse, al llegar a un público ansioso, con la solidaridad fraterna de los que viven en lugares solitarios.

Fue Pimentó, que prudentemente se hizo dueño de la escopeta y se lo llevó a su casa. Barret se tambaleó atrás, tratando de perseguirlo, pero contuvo y se mantuvo firme por los fuertes brazos de algunos compañeros jóvenes fornidos, mientras él descargó su locura sobre el tonto que lo mantenía en la defensa de su propia.

"Pimentó, ladrón! Devuélveme mi escopeta!"

Pero el matón sonrió afablemente, convencido de que se estaba comportando tanto prudente y paternal con el viejo loco. Así que lo llevó a su propia granja-casa, donde él y sus amigos de Barret lo observó y le aconsejó no hacer un acto insensato. Ten cuidado, tío Barret! Estas personas son de la corte, y los pobres siempre pierden cuando van a recoger una pelea con él! Serenidad y diseño mal éxito por encima de todo.

Y al mismo tiempo, los grandes pájaros negros estaban escribiendo los papeles, y sin embargo, más papeles en la barraca de Barret, imposible se entregaron los muebles y la ropa, hacer un inventario, incluso del corral y el establo, mientras que la mujer y las hijas lloró en la desesperación, y la multitud aterrizada, reuniendo en la puerta, seguido de todos los detalles de la obra, tratando de consolar a la pobre mujer, o rompiendo en maldiciones reprimidas contra el Judio, Don Salvador, y estos compañeros que dieron obediencia a ese perro.

Hacia el anochecer, Barret, que era como un abrumado, y que, después de la crisis de locura, había caído en un estado de estupor pedregoso, vio algunos fardos de ropa a sus pies, y oyó el sonido metálico de una bolsa que contenía sus aperos de labranza.

"Padre, Padre!" gimió la voz trémula de sus hijas, que se lanzaron a sus brazos, detrás de ellos la anciana, enferma, temblando de fiebre, y en la parte trasera, invadiendo la barraca de Pimentó, y desapareciendo en el fondo a través de la puerta oscura, todas las la gente del barrio, el coro aterrado de la tragedia.

Él ya se había alejado de su barraca. Los hombres de negro habían cerrado, llevándose las llaves, nada les quedaba allí excepto los paquetes que estaban en el suelo, la ropa usada, el hierro implementa, lo que fue todo lo que se les permitió sacar de la casa.

Sus palabras fueron rotas por los sollozos, el padre y las hijas se abrazaron de nuevo, y Pepeta, la dueña de la casa, al igual que otras mujeres, lloraban y repetían las maldiciones contra el viejo avaro hasta Pimentó intervino oportunamente.

No habría tiempo para hablar de lo que había ocurrido, y ahora era el momento de la cena. ¿Qué diablos! Grieve así por un viejo Judio! Si pudiera ver, pero todo esto, ¿cómo su malvado corazón se alegrará! La gente de la huerta fue amable, todos ellos ayudaría a cuidar a la familia de Barret, y compartirían con ellos una barra de pan si no tuvieran nada más.

La esposa y las hijas de los agricultores arruinados fueron con algunos vecinos para pasar la noche en sus casas. Old Barret se quedó atrás, bajo la vigilancia de Pimentó.

Los dos hombres permanecieron sentados hasta las diez de sus acometidas-presidentes, fumando cigarro tras cigarro en la luz de las velas.

El campesino pobre viejo que parecía ser una locura. Él respondió con monosílabos cortas las reflexiones de este matón, que ahora asume el papel de un hombre de buen carácter, y cuando habló, lo hizo siempre a repetir las mismas palabras:

"Pimentó! Dame mi escopeta!"

Y Pimentó sonrió con una especie de admiración. La ferocidad repentina de este viejito, que era considerado un tonto bondadoso por toda la huerta, le asombró. Devolverle la escopeta! En vez! Él también adivinó por las arrugas rectas que se destacaron entre sus cejas, su firme intención de volar el autor de su ruina a los átomos.

Barret se hizo más y más irritado con el joven. Él fue tan lejos como para llamar a un ladrón: se había negado a darle su arma. No tenía amigos, podía ver que lo suficientemente bien; todos ellos eran sólo unos ingratos, iguales a don Salvador de la avaricia, que no quería dormir aquí, sino que se ahogaba. Y buscando en la bolsa de

implementos, escogió una hoz, empujó a través de la faja, y salió de la casa de la granja. Tampoco Pimentó intentar cerrarle el paso.

A esa hora, no podía hacer ningún daño, lo dejó dormir a la intemperie si se adaptaba a su placer. Y el matón, el cierre de la puerta, fue a la cama.

Old Barret iniciar directamente hacia los campos, y como un perro abandonado, comenzó a dar un rodeo alrededor de su barraca.

Cerrado! Cerrado para siempre! Estas paredes se habían criado por su abuelo y renovado por el mismo a través de todos estos años. Incluso en la oscuridad, la palidez de la cal puro, con el que las niñas les habían cubierto tres meses antes, destacaba claramente.

El corral, el establo, las pocilgas eran toda la obra de su padre, y la paja del techo, tan delgada y alta, con las dos pequeñas cruces en los extremos, que se había construido en sustitución de la antigua, que se había escapado en todas partes.

Y el brocal del pozo, el cargo de la viña, las cercas de caña durante el cual las rosas y los dondiegos se muestran sus matas de flor,-estos también fueron obra de sus manos. Y todo esto se va a convertir en la propiedad de otro, porque, sí, porque los hombres habían dispuesto así.

Buscó en su faja para la tira de cartón de partidos con el fin de prender fuego a la paja del techo. Que el diablo se sale con la suya todo, era la suya, de todos modos, como Dios lo sabía, y que podría destruir su propiedad y que lo haría antes de que él lo vería caer en las manos de los ladrones.

Pero justo cuando iba a prender fuego a su antigua casa, sintió una sensación de horror, como si hubiera visto a los fantasmas de todos sus antepasados que se levantan ante él, y él lanzó la tira de partidos en el suelo.

Pero el ansia de destrucción continuó rugiendo a través de su cabeza, y una hoz en la mano, expuso sobre los campos que habían sido su ruina.

Ahora, de un solo golpe él vengarse de la tierra ingrata, la causa de todas sus desgracias. La destrucción se prolongó durante horas enteras. Abajo que se vinieron a los talones, los arcos de caña en la que los zarcillos verdes de la oferta habichuelas y guisantes subían; partió por la hoz furioso, los granos cayeron, y las coles y lechugas, impulsados por el fuerte de acero, voló amplia como cabezas cortadas, esparciendo sus rosetas de hojas por todas partes. Nadie debe aprovecharse de su mano de obra.

Y así continuó la siega hasta el amanecer, pisoteando con estampados locos, gritando maldiciones, gritando blasfemias, hasta que el cansancio finalmente amortiguaba su furia, y postrándose en un surco, lloró como un niño, pensando que la tierra en adelante sería su cama de verdad, y su única ocupación mendigando en las calles.

Fue despertado por los primeros rayos del sol golpean sus ojos, y el canto alegre de los pájaros que saltaban alrededor de su cabeza, valiéndose de los restos de la destrucción nocturna para su desayuno.

Entumecido por el cansancio y el frío con la humedad, se levantó del suelo. Pimentó y su esposa le llamaban desde lejos, invitándole a venir y tomar algo. Barret les respondió

con desdén. ¡Ladrón! Después de quitarle su escopeta! Y puso en el camino hacia Valencia, temblando de frío, sin siquiera saber a dónde iba.

Se detuvo en la casa de Copa y entró. Algunos camioneros del barrio hablaban de él, manifestando su apoyo a él en su desgracia, y le invitó a tomar una copa. Él aceptó con gratitud. Él anhelaba algo que contrarrestaría este frío, que había penetrado en sus huesos. Y él, que siempre había sido tan sobrio, bebido, uno tras otro, dos copas de coñac, que cayó en el estómago debilitado como olas de fuego.

Tenía la cara enrojecida, y luego se convirtió en muy pálido y sus ojos inyectados en sangre aumentaron. Para los camioneros que simpatizaban con él, parecía expresivo y confiado, casi como aquel que es feliz. Él los llamó a sus hijos, y les aseguró que no estaba preocupándose por tan poco. Tampoco lo había perdido todo. Se mantuvieron en su poder la mejor cosa en su casa, la hoz de su abuelo, una joya que no iba a cambiar, no, no hace cincuenta medidas de grano.

Y por su faja Sacó el acero curvada, un instrumento brillante y puro, de buen temperamento y el borde muy afilado, que, como declaró Barret, cortaría un papel de cigarrillo en el aire.

Los Teamsters desembolsadas, e instando a sus bestias y se fue a Valencia, llenando el aire con el crujido de las ruedas.

El anciano se quedó en la taberna durante más de una hora, hablando consigo mismo, sintiéndose cada vez más mareado, hasta que, hecho a disgusto por las miradas duras del arrendador, que adivinaban su estado, que experimentó un vago sentimiento de vergüenza, y salió con paso vacilante y sin decir adiós.

Pero era incapaz de disipar de su mente un recuerdo tenaz. Podía ver, mientras cerraba los ojos, un gran huerto de naranjas, que fue sobre la distancia de una hora, entre Benimaclet y el mar. No había ido muchas veces por negocios, y no iba a ir ahora a ver si el diablo iba a ser tan bueno como para dejarlo venir a través del maestro, ya que casi no había un día en que su mirada avaro no inspeccionó los árboles hermosos como aunque tenía las naranjas contados en cada uno.

Llegó después de dos horas de caminata, durante la cual se detuvo varias veces para equilibrar su cuerpo, que se balanceaba atrás y adelante sobre sus piernas temblorosas.

El aguardiente se había tomado posesión completa de él. Ya no recordaba para qué había venido aquí, tan lejos de la parte de la huerta en la que su familia vivía, y finalmente se dejó caer en un campo de cañamo en el borde de la carretera. En poco tiempo, sus ronquidos trabajados de embriaguez sonaban entre los tallos rectos verdes.

Cuando se despertó, la tarde estaba muy avanzada. Se sentía fuerte de la cabeza y el estómago era débil. Había un zumbido en sus oídos, y tenía un sabor horrible en la boca revestida. ¿Qué estaba haciendo aquí, cerca de la huerta del Judío? ¿Por qué había llegado tan lejos? Su sentido instintivo de honor se levantó, se sentía avergonzado de verse a sí mismo en un estado de degradación tal, y trató de ponerse de pie para irse. La presión sobre el estómago causada por la hoz que se extendía transversalmente en la faja, le dio escalofríos.

En pie, metió la cabeza por entre el cáñamo, y vio, en un recodo del camino, un pequeño hombre que caminaba lentamente a lo largo envuelto en una capa.

Barret sintió que toda su sangre de repente suba a la cabeza, y su embriaguez volvió de nuevo sobre él. Se puso de pie, tirando de su hoz. Y, sin embargo, dicen que el diablo no es bueno? Aquí era su hombre, aquí era el que había estado esperando para ver desde el día anterior.

El viejo usurero había vacilado antes de salir de su casa. El asunto del tío Barret había pinchado su conciencia, sino que fue un evento reciente y la huerta era peligrosa, pero el temor de que su ausencia podría ser aprovechada en la huerta era más fuerte aún que su cobardía, y recordando que la finca de naranja era distante desde la granja-casa adosada, se puso en camino.

Él ya estaba a la vista de la huerta, andando hacia el interior de sus temores pasados, cuando vio obligado Barret fuera de la parcela de cañas: como un enorme demonio parecía a él con la cara roja y los brazos extendidos, lo que impide toda vuelo, interrumpiéndolo en el borde del canal que corría paralelo a la carretera. Él pensó que estaba soñando, y sus dientes castañeteaban, su rostro se puso en verde, y su capa se cayó, dejando al descubierto su viejo abrigo y los pañuelos sucios enrolladas alrededor de su cuello. Tan grande era su terror, su agitación, que le habló en español.

"Barret! ¡Hijo mío!" dijo, con la voz quebrada. . "Todo ha sido una broma, no importa lo que pasó ayer fue sólo para hacerle un poco de miedo ... nada más Usted puede permanecer en su tierra, ven mañana a mi casa ... vamos a hablar de algunas cosas.: usted deberá pagarme cuando lo desee ".

Y se inclinó hacia atrás para evitar el enfoque de la vieja Barret: él intentó escaparse, huir de la terrible hoz, en cuya hoja de un rayo de sol se abrió, y donde el azul del cielo se refleja. Pero con el canal detrás de él, no podía encontrar un lugar para retirarse, y él se echó hacia atrás, tratando de protegerse con sus manos apretadas.

El agricultor, mostrando sus afilados dientes blancos, sonrisa como una hiena.

"¡Ladrón! Ladrón!" él respondió con una voz que sonaba como un rugido.

Y agitando su arma de lado a lado, buscó un lugar donde podría golpear, evitando las manos delgadas y desesperado que el avaro tenía antes de él.

"Pero, Barret, hijo mío, ¿qué significa esto? Baje el arma, no la broma, tú eres un hombre honrado ... piensa en tus hijas! Repito a usted, que era sólo una broma. Ven mañana y lo haré le dará la clave Aaaay! ... "

Se oyó un grito horrible, el grito de una bestia herida. La hoz, cansado de encontrar obstáculos, había cercenado una de las manos cerradas en un golpe. Quedó colgando de los tendones y la piel, y de la sangre tronco rojo brotó violentamente, salpicando Barret, que rugió como la corriente caliente golpeó su rostro.

El anciano se tambaleó sobre sus piernas, pero antes de caer al suelo la hoz corta horizontalmente a través de su cuello, y ... zas! cortado los complicados pliegues del pañuelo para el cuello, abriendo una profunda herida que casi separa la cabeza del tronco.

Don Salvador cayó en el canal, sus piernas quedaron en el banco inclinado, sacudidas, como un buey sacrificado dando sus últimas patadas. Y mientras tanto, la cabeza hundida en el fango, derramó toda su sangre por la brecha profunda, y las aguas siguiendo su curso tranquilo con un murmullo tranquilo que animó el solemne silencio de la tarde, se tiñó de rojo.

Barret, estupefacto, se quedó inmóvil en la orilla. ¿Cuánta sangre del viejo ladrón tenía! El canal se puso rojo, parecía más abundante! De repente, el agricultor, presa de terror, echó a correr, como si temiera que el pequeño río de sangre se desbordaba y ahogarlo.

Antes del final del día, la noticia había circulado como el informe de un cañón que se agitó toda la llanura. ¿Alguna vez has visto el gesto hipócrita, el silencioso regocijo, con la que un pueblo recibe la muerte de un gobernador que ha oprimido a ella? Todos adivinado que se trataba de la mano del tío Barret, pero nadie habló. Las barracas hubiesen abierto sus últimos escondrijos para él, las mujeres le habrían ocultado bajo sus faldas.

Pero el asesino vagó como un loco por el campo, huyendo de la gente, un perfil bajo tras los ribazos, ocultándose bajo los pequeños puentes, corriendo por los campos, asustado por el ladrido de los perros, hasta que al día siguiente, a la población rural la policía lo sorprendió durmiendo en un pajar.

Durante seis semanas, se habló de nada en la huerta, pero tío Barret.

Los hombres y las mujeres fueron el domingo a la cárcel de Valencia como en una peregrinación, con el fin de mirar a través de las barras en la pobre Libertador, que creció más y más delgado, con los ojos más hundidos, y su mirada más problemas.

El día del juicio llegó y fue condenado a muerte.

La noticia causó una profunda impresión en la llanura, los párrocos y alcaldes iniciaron un movimiento para evitar una pena Un miembro del distrito para encontrarse a sí mismo en el patíbulo! Y como Barret siempre había sido uno de los dóciles, votando como los jefes políticos le ordenaron a votar, y obedecer pasivamente como le fue mandado, hicieron viajes a Madrid con el fin de salvar su vida, y su perdón fue concedido oportunamente.

El agricultor salió de la cárcel tan delgada como una momia, y se llevó a cabo en Ceuta, donde murió al cabo de unos años.

Su familia dispersa, desapareciendo como un puñado de paja en el viento.

Las hijas, una tras otra, fueron las familias que los había recogido, y se fue a Valencia para ganarse la vida en el servicio, y la viuda pobre, cansada de los demás preocupantes con sus debilidades, fue llevado al hospital, donde murió en un corto período de tiempo.

La gente de la huerta, con esa facilidad que cada uno aparece en olvidar la desgracia de los demás, casi nunca se habló de la terrible tragedia del tío Barret, y luego sólo a preguntarse qué había sido de sus hijas.

Pero nadie se olvidó de los campos y la casa de la granja, que se mantuvo exactamente como el día en que el juez expulsó al desafortunado granjero de ellos.

Era un acuerdo tácito de toda la comarca, una conspiración instintiva que unas palabras preparadas, pero en la que los mismos árboles y los caminos parecían tener una parte.

Pimentó había dado expresión a que el mismo día de la catástrofe. Vamos a ver el buen tipo que se atreve tomar posesión de esas tierras!

Y todo el pueblo de la huerta, hasta las mujeres y los niños, parecían responder con sus miradas de comprensión mudo. Sí, que iban a ver.

Las plantas parásitas, los cardos, comenzaron a surgir de la tierra maldita que Barret había estampado en y corta con su hoz en la última noche, como si tuviera el presentimiento de que iba a morir en la cárcel por su culpa.

Los hijos de don Salvador, los hombres como rico y avaro como su padre, clamó la pobreza, porque este pedazo de tierra permanecía improductiva.

Un agricultor que vivía en otro barrio de la huerta, un hombre que fingió ser un bully y nunca tuvo suficiente tierra, fue tentado por su bajo precio, y abordó estos campos que inspiraron temor en absoluto.

Se dedicó a trabajar la tierra con una pistola en el hombro, él y sus braceros se rió entre sí en el aislamiento en el que los vecinos les dejaron, las barracas estaban cerradas para ellos, ya que pasaron, y miradas hostiles seguidos de una distancia.

El inquilino, que tiene el presentimiento de una emboscada, fue vigilante. Pero su prudencia le sirvió para ningún propósito. Al salir de los campos solo una tarde, incluso antes de que hubiera terminado rompiendo el suelo, dos mosquetes dispararon contra él por algún agresor invisible, y él salieron milagrosamente ilesos por el puñado de perdigones, que pasó cerca de la oreja .

No se había hallado en los campos,-ni siquiera una huella fresca. El francotirador había disparado de algún canal, escondido detrás de las cañas.

Con enemigos como estos, uno no tiene la oportunidad de luchar, y en la misma noche, el valenciano entregó las llaves de la casa de la granja de sus amos.

Uno debería haber escuchado a los hijos de don Salvador. ¿No había ley o la seguridad de la propiedad, ... ni por nada?

No Pimentó duda fue el instigador de este ataque. Fue él quien impedía que estos campos sean cultivadas. Así que la policía rural arrestado el matón de la huerta, y lo llevó a la cárcel.

Pero cuando llegue el momento de tomar juramento llegó, todo el distrito interpuesto por ante el juez declara la inocencia de Pimentó, y de estos rústicos astutos ni una palabra contradictoria podría ser forzado.

Todos y cada uno contó la misma historia. Aún no ancianas que nunca salió de sus barracas declararon que en ese día, en la misma hora en que se escucharon los dos informes, Pimentó estaba en una taberna de Alboraya, disfrutando de una fiesta con sus amigos.

Nada se podía hacer con esta gente de expresión imbécil y miradas sinceras, que mintieron con tal compostura mientras se rascaban la parte posterior de la cabeza.

Pimentó fue puesto en libertad, y un suspiro de triunfo y de la satisfacción del vino de todas las casas.

Ahora la prueba se le dio: ahora se sabía que se pagó el cultivo de estas tierras para con la vida de los hombres.

Los maestros avaros no ceder. Ellos cultivarían la tierra por sí mismos. Y buscaron jornaleros entre la gente que tanto ha sufrido y sumiso, que, con olor a oveja de lana gruesa y la pobreza, e impulsado por el hambre, descendientes de los extremos de la provincia, desde las fronteras montañosas de Aragón, en busca de trabajo .

La huerta se compadeció de los pobres churros. [F] desgraciados! Ellos querían ganar un día de salario, ¿qué culpa era de ellos? Y por la noche, cuando salían con sus azadones al hombro, siempre había un alma buena que llamar a ellos desde la puerta de la taberna de Copa. Se los hizo entrar, beber, hablaron con ellos confidencialmente con rostros ceñudos, pero con el tono paternal y bondadoso de quien aconseja al niño a evitar el peligro, y el resultado fue que al día siguiente estos churros dóciles, en vez de ir a el campo, se presentaron en masa a los dueños de la tierra.

"Maestro: hemos llegado a conseguir nuestra paga."

Todos los argumentos de los dos solterones, furiosos al verse opusieron en su avaricia, fueron inútiles.

"Maestro", que respondió a todo, "somos pobres, pero no nacieron como perros detrás de un granero."

Y no sólo dejan su trabajo, pero al pasar la advertencia a todos sus compatriotas, para evitar ganar un día de salario en los campos de Barret de como lo harían huir del diablo. Los dueños de la tierra, incluso pidieron protección en los diarios. Y la policía rural fue a lo largo de la huerta de dos en dos, parando a lo largo de las carreteras a los gestos sorpresa y conversaciones, pero siempre sin resultados.

Cada día vieron la misma cosa. Las mujeres de coser y cantar bajo la parra cenadores, los hombres inclinados sobre los campos, sus ojos fijos en el suelo, los brazos activos nunca en reposo, pimiento morrón, tirado como un gran señor, bajo la pequeña varitas de pájaro-cal, esperando los pájaros, o torpemente y perezosamente ayudar Pepeta, en la taberna de Copa, unos ancianos, tomando el sol o jugar a las cartas. El paisaje respiraba paz y stolidity honorable, era un moro Arcadia. Pero los de la "Unión" se encontraban en la guardia, ni un campesino quería la tierra, ni siquiera a título gratuito, y por fin, los propietarios tuvieron que abandonar la empresa, que las malas hierbas cubren el lugar y la casa cae en decadencia, mientras que esperaba la llegada de un hombre dispuesto y capaz de comprar o trabajando en la granja.

La huerta se estremeció con satisfacción, al ver cómo se perdió esta riqueza, y los herederos de Don Salvador se está arruinando.

Era un nuevo e intenso placer. A veces, después de todo, la voluntad de los pobres debe triunfar, y el rico debe obtener la peor parte. Y el duro pan parecía más sabroso, el vino mejor, el trabajo menos pesado, al pensar en la furia de los dos avaros, que con todo su dinero tuvieron que soportar los rústicos de la huerta riéndose de ellos.

Además, este parche de la desolación y la miseria en medio de la vega, sirvió para que el resto de los propietarios menos exigente. Tomando este barrio como un ejemplo, que no aumentó sus rentas e incluso acordó esperar cuando la renta de la media de años tardó en ser pagado.

Esos campos desolados eran el talismán que mantuvo a los habitantes de la huerta íntimamente unidos, en contacto continuo: un monumento que proclamaba su poder sobre los dueños, el milagro de la solidaridad de la pobreza contra las leyes y la riqueza de los que eran los señores de la tierra sin trabajar o sudar sobre sus campos.

Todo esto, que ellos pensaban confusamente a cabo, les hizo creer que el día en los campos de Barret deben ser cultivados, la huerta sufriría toda clase de desgracias. Y ellos no esperaban que, después de un triunfo de diez años que cualquier persona que se atreviera a entrar en los campos abandonados, excepto el tío Tomba, un ciego y farfullando pastor, que a falta de una audiencia diaria relató sus proezas con su rebaño de sucias ovejas.

Por lo tanto las exclamaciones de asombro, los gestos de ira, más de toda la huerta, cuando Pimentó publicó la noticia de un campo a otro, desde la finca de la casa a la granja-casa, que las tierras de Barret ahora tenían un inquilino, un extraño, y que que ... que ... (Sea quien sea), estaba aquí con toda su familia, instalándose sin previo aviso, ... como si fueran los suyos propios!

La cabaña de Vicente Blasco Ibáñez

III

Cuando él inspeccionó la tierra sin cultivar, Batiste dijo a sí mismo que aquí tendría trabajo durante algún tiempo.

Tampoco se sintió consternado por la perspectiva. Fue, hombre emprendedor enérgico, acostumbrado a trabajar duro para ganarse la vida, y no fue difícil trabajar aquí, y un montón de cosas, por otra parte, se consolaba recordando que él había sido aún peor.

Su vida había sido un continuo cambio de profesión, siempre dentro del círculo de la pobreza rural, pero a pesar de que había cambiado de ocupación cada año, nunca había tenido éxito en la obtención de su familia la modesta comodidad, que era su única aspiración.

La primera vez que conoció a su esposa, que era un millhand en el barrio de Sagunto. Entonces Él estaba trabajando como un perro (como él lo expresó) para mantener a su familia, y el Señor recompensó su trabajo enviándole cada año un niño, todos los hijos, -hermosas criaturas que parecían haber nacido con los dientes, a juzgar por la premura con la que abandonaron el pecho de la madre, y comenzó a rogar continuamente por el pan.

El resultado fue que en su búsqueda de salarios más altos, tuvo que abandonar la fábrica y se convirtieron en un carretero.

Pero la mala suerte le perseguía. Y sin embargo, nadie tiende la acción viva y vio el camino tan bien como él: aunque casi muerto de cansancio, que nunca tuvo al igual que sus compañeros se atrevió a dormir en el carro, dejando que las bestias, guiados por su instinto, a encontrar su propio camino: despierto a todas horas, siempre caminó junto al rocín con anticipación para evitar los agujeros y los lugares malos. Sin embargo, si un carro molesto, que siempre fue suyo; si un animal se enfermó de las lluvias, que era, por supuesto, uno de Batiste de, a pesar del cuidado paternal con que se apresuró a cubrir los flancos de los caballos con arcos de cilicio, tan pronto como unas gotas habían caído.

Durante algunos años de andanzas pesado sobre caminos reales de la provincia, comiendo mal, durmiendo a la intemperie, y sufriendo el tormento de pasar meses enteros lejos de su familia, a la que adoraba con el afecto concentrada de un hombre rudo y silencioso, Batiste sólo experimentó pérdidas, y vio a su posición cada vez peor.

Sus quejas muertas, y él tuvo que endeudarse para comprar otros, el beneficio que debería haber tenido desde el régimen continuo de las bolsas de piel abultada con vino o aceite, desaparecerían en manos de los vendedores ambulantes y los dueños de los carros, hasta llegó el momento, viendo su ruina inminente, abandonó la ocupación.

Luego se tomó un poco de tierra cerca de Sagunto, campos áridos, rojo y eternamente sedientos, en la que los centenarios algarrobos retorció sus troncos huecos, y los olivos levantaron sus cabezas redondas y polvoriento.

Su vida fue una continua batalla con la sequía, un incesante mirar al cielo, cada vez que una pequeña nube negra se mostró en el horizonte, que temblaba de miedo.

Llovió poco, las cosechas fueron malas durante cuatro años consecutivos, y al fin Batiste no sabía qué hacer ni a quién recurrir. Luego, en un viaje a Valencia, que conoció a los hijos de don Salvador, excelentes señores (el Señor los bendiga), que se ofrecieron a dejarle usar estos hermosos campos sin pagar alquiler durante dos años, hasta que pudieran ser devueltos completamente a su antigua condición.

Había oído rumores de lo que había sucedido en la casa de la granja, de las causas que habían obligado al propietario a mantener estas hermosas tierras improductivas, pero tanto tiempo había transcurrido? Además, la pobreza no tiene oídos, los campos le convenía, y en ellos se mantendrían. ¿Qué le importaba a la historia de don Salvador y el tío Barret?

Todo lo cual fue despreciado y olvidado como se veía en el país. Y Batiste sintió lleno de dulce éxtasis al verse cultivador de la fértil huerta, que había envidiado tantas veces al pasar a lo largo de el camino real de Valencia a Sagunto.

Esta fue la tierra fina, siempre verde; de la fertilidad inagotable, produciendo una cosecha tras otra, y el agua de color rojo que circula a todas horas como vivificante sangre a través de los innumerables canales y zanjas de irrigación que surcaban su superficie como una complicada red de venas y arterias; tan fértil que familias enteras fueron apoyados por los parches tan pequeños que parecían pañuelos verdes. Los campos secos descuento cerca de Sagunto le recordaban a un infierno de la sequía, de la que, afortunadamente, había liberado a sí mismo.

Ahora estaba seguro de que estaba en el camino correcto. ¡A trabajar! Los campos estaban arruinados, había mucho trabajo por hacer, pero cuando uno está tan dispuesta! Y así de grande, compañero, robusto musculoso, con los hombros de un gigante, cabeza redonda muy corto, y semblante bondadoso con el apoyo de la gran cuello de un monje, extendió sus brazos poderosos, acostumbrados a levantar sacos de harina y la piel gruesa sacos de oficio de carretero, en alto en el aire, y se tendió.

Estaba tan absorto en sus tierras, que apenas notó la curiosidad de sus vecinos.

Cabezas inquietas aparecieron entre las cañas, los hombres, extendidos a larga duración en las orillas inclinadas, lo observaban, incluso las mujeres y los niños de las huertas adyacentes seguían sus movimientos.

Batiste no le importaba ellos. Fue la curiosidad, la expectación hostil que inspiran siempre los recién llegados. Bien sabía él lo que era, sino que se acostumbren a él. Por otra parte, tal vez estaban interesados en ver cómo ardía el crecimiento desolada, que de diez años de abandono habían amontonado sobre los campos de Barret.

Y con la ayuda de su esposa e hijos, se fue sobre el día después de su llegada, y consumirá toda la vegetación parásita.

Los arbustos se retorcían en las llamas, que cayeron como brasas de cuyas cenizas los bichos repugnantes escapó todo chamuscado, y la casa de la granja parecían perdidos en

medio de las nubes de humo de los incendios, que despertaron la ira silenciosa en toda la huerta.

Los campos una vez despejadas, Batiste sin perder tiempo procedió a cultivarlas. Eran un poco duro, pero al igual que un agricultor experto, planeaban trabajar poco a poco, en las secciones, y trazar una parcela cerca de su barraca, empezó a romper la tierra, con la ayuda de toda su familia.

Los vecinos se burlaban de ellos con una ironía que traicionaron a su irritación. Una linda familia! Eran gitanos, como los que duermen debajo de los puentes. Ellos vivían en el viejo caserío como náufragos que están sosteniendo en un barco en ruinas; tapar un agujero aquí, apuntalando allá, haciendo verdaderas maravillas para sostener el techo de paja, y la distribución de sus pobres muebles, cuidadosamente pulido, en todas las habitaciones que había sido antes de que el lugar de madriguera de ratas y alimañas.

En su sector, que eran como un nido de ardillas, incapaz de mantener inactivo mientras el padre trabajaba. Teresa, la esposa, y Roseta, la hija mayor, con sus faldas recogidas entre las piernas, y la azada en mano, cavaban con más celo que los jornaleros, descansando sólo para devolver los mechones de pelo que mantuvieron rezagados sobre su red, la frente sudorosa. El hijo mayor hizo continuos viajes a Valencia con la punta cesta al hombro, llevando el estiércol y la basura que se acumula en dos montones, como columnas de honor en la entrada de la casa de la granja, y los tres pequeños bebés, grave y laborioso, como si entendieran la situación de la familia, se fue a cuatro patas detrás de los buscadores, arrancando las raíces duras de los arbustos quemados de la tierra.

Este trabajo de preparación duró más de una semana, la familia sudando y jadeando, desde el amanecer hasta la noche.

La mitad de la tierra después de haber sido disuelta, Batiste vallado en la parcela y cultivado con la ayuda de la nag dispuesto, que era como de la familia.

Sólo tenía que proceder a cultivar. Luego fueron en el verano de San Martín, el tiempo de la siembra, y el trabajador dividen la tierra rota en tres partes. La mayor parte era para el trigo, un parche más pequeño para el frijol, y otra parte para forraje, ya que no haría olvidar Morrut, el querido viejo caballo: y si hubiera ganado.

Y con la alegría de quien descubre un puerto después de un viaje difícil, la familia procedió a la siembra. El futuro estaba asegurado. Los campos de la huerta nunca fallaron, aquí pan para todo el año sería inminente.

En la tarde, que completó la siembra, que vieron venir sobre la carretera adyacente algunas ovejas con lana sucia, que se detuvo con timidez al final del campo.

Detrás de ellos se acercó a un anciano, como secado pergamino, de color amarillento, con los ojos hundidos y una boca rodeada por un círculo de arrugas. Caminaba con paso firme, pero con el cayado por delante de él, como si a tientas a lo largo del camino.

La familia lo miró con atención, era la única persona que se había atrevido a acercarse a la tierra dentro de las dos semanas que estuvimos aquí. Al notar la vacilación de las ovejas, le gritó a ellos para seguir adelante.

Batiste salió al encuentro del viejo, no podía pasar, los campos estaban ahora bajo cultivo. ¿Él lo sabe?

Old Tomba había oído algo, pero durante las dos semanas anteriores, que le había quitado a su rebaño a pastar sobre la hierba rano en el barranco de Carraixet, sin preocuparse por los campos. Así que de hecho ahora se cultivan?

Y el viejo pastor levantó la cabeza, y con sus ojos casi ciegos hizo un esfuerzo para ver al hombre valiente que se atrevió a hacer lo que se tenía por imposible en toda la huerta.

Se quedó en silencio por un largo rato. Entonces, por fin, empezó a murmurar tristemente: Muy mal. Él también se había atrevido en su juventud, había querido ir en contra de todo. Pero cuando los enemigos son muchos! Muy mal! Se había puesto a sí mismo en una posición incómoda. Estas tierras, desde la época de tío Barret, habían sido maldito. Podía tomar el suyo, del Tomba, palabra, era viejo y experimentado, que le traería mala suerte.

Y el pastor llamó a su rebaño y les hizo comenzar de nuevo a lo largo del camino, pero antes de salir, echó hacia atrás su capa, levantó los brazos descarnados, y con una cierta característica entonación de un vidente que predice el futuro, o de un profeta que olores desastre, gritó a Batista:

"Créeme, hijo mío, que le traerá mala suerte!"

Este encuentro dio la huerta otro motivo de enojo.

Old Tomba no podía traer a sus ovejas de vuelta a aquellas tierras, después de disfrutar del uso pacífico de su carne durante diez años!

Ni una palabra se dijo en cuanto a la legitimidad de la negativa, ya que la tierra estaba ahora bajo cultivo, sino que sólo hablaban del respeto que merecía el viejo pastor, un hombre que en su juventud había "comido" la vida francesa, que había visto gran parte del mundo, y cuya sabiduría, demostrada por medias palabras y consejos incoherentes, inspirado un respeto supersticioso entre la gente de la huerta.

Después de Batiste y su familia vieron el seno de la tierra bien lleno de semillas fértiles, comenzaron, por falta de trabajo más urgente, que pensar en la casa. Los campos se cumplan con su deber, y ahora había llegado el momento de pensar en sí mismos.

Y por primera vez desde su llegada a la huerta, Batiste salió de su tierra para Valencia para cargar en su carro toda la basura de la ciudad que podría ser útil para él.

Este hombre era como una hormiga suerte. Los montículos iniciadas por Batiste más larga, con las expediciones del padre. El montón de estiércol que se formó una pantalla defensiva ante la barraca, creció rápidamente, y más allá, no se acumulaba una montaña de cientos de ladrillos rotos, carcomida madera, puertas desvencijadas, ventanas reduce a astillas, todo el rechazar los edificios demolidos de la ciudad.

La gente de la huerta miraban con asombro en el despacho e inteligente habilidad de estas hormigas laboriosas, ya que trabajó para preparar su casa.

El techo de paja de la casa se irguió otra vez, algunas de las vigas del techo, corroído por las lluvias, se reforzaron, otros sustituidos. Una nueva capa de paja cubierto ahora los

dos planos que cuelgan del exterior, incluso las pequeñas cruces en los extremos fueron sustituidas por otras que Batiste había hecho con delicadeza con su navaja, la decoración de sus esquinas con ranuras entalladas, y en toda la zona, no No era un techo que aumentó más trimly.

Los vecinos, al notar cómo se ha mejorado la casa de Barret cuando el techo se puso erecto, vieron en ella algo para burlarse y desafiar.

A continuación, se inició el trabajo a continuación. Lo que los medios de utilizar los escombros de Valencia! Las grietas desaparecieron, y el enlucido de las paredes está terminado, la mujer y sus hijas les encaladas un blanco deslumbrante. La puerta, azul nuevo y pintado, parecía ser la madre de todas las pequeñas ventanas, que mostró sus cuatro caras cuadradas del mismo color a través de las aberturas de las paredes, bajo el emparrado, Batista hizo un pequeño recinto pavimentado con rojo ladrillos, por lo que las mujeres pueden coser allí durante la tarde. El pozo, después de una semana de descensos y carryings laboriosos, fue absuelto de todas las piedras y la basura con la que los bribones de la huerta habían llenado de los últimos diez años, y su agua, fresca y clara, comenzó a subir de nuevo en el océano cubierto de musgo, con crujidos alegres de la polea, que parecía reírse del distrito con las estridentes carcajadas de la risa de una mujer de edad malicioso.

Los vecinos bloqueadas por su furia en silencio. ¡Ladrón! Más de ladrón! Una buena manera de trabajar! Este hombre, en sus brazos robustos, parecía poseer dos varitas mágicas que transforma todo lo que toca!

Habían pasado dos meses desde su llegada, sin embargo, no habían dejado su tierra una media docena de veces, siempre estaba allí, con la cabeza entre los hombros, embriagado con el trabajo. Y la casa de Barret comenzó a presentar un aspecto sonriente y coqueta, como nunca había tenido en los días de su antiguo amo.

El corral, previamente cerrada con descomposición cañas, ahora tenía lados de piquetes y de barro pintado de blanco, en cuyas orillas se pavoneaba las gallinas coloradas, y el gallo, emocionado, sacudió la cresta roja. En la pequeña plaza en frente de la casa, camas de dondiegos y plantas trepadoras floreció; una hilera de frascos rotos pintado de azul fue-ros de flores en el banco de ladrillos rojos, ya través de la puerta entreabierta, oh hombre vano ! la jarra-shelf nueva puede verse, con su suelo de baldosas esmaltadas y vidriadas sus lanzadores verdes, lanzando reflejos insolentes que cegaban los ojos del transeúnte que pasó por la carretera contigua.

Toda la huerta con creciente furia corrió a Pimentó. "¿Podría ser permitido? ¿Qué hizo la terrible marido de Pepeta piensa hacer?"

Y Pimentó, rascándose la frente, los escuchaba con cierta confusión.

¿Qué iba a hacer? Decía sólo dos pequeñas palabras a este desconocido que se había fijado para cultivar lo que no era suyo, sino que le daría una pista, un indicio muy serio, no quiero ser un tonto, pero dejar ir la tierra, como lo había hecho nada que hacer allí. Pero ese hombre maldito no saldrán de sus campos, y nunca lo haría para ir a él y lo amenaza en su propia casa. Esto significaría la entrega de una base para lo que debe

seguir. Tenía que tener cuidado y ver hasta que salió. En fin, un poco de paciencia. Él fue capaz de asegurarles que el hombre en cuestión no cosechar el trigo, ni recoger los granos, ni nada que se habían plantado en los campos de Barret. Ese debe ser el diablo. Las palabras de Pimentó calmaron los vecinos, que siguieron el progreso de la familia maldita con miradas atentas, deseando en silencio que la hora de la ruina que pronto llegará.

Una tarde, Batista regresó de Valencia muy contento con el resultado de su viaje. Quería hay manos ociosas en su casa. Batiste, cuando el trabajo en el campo no tomó su tiempo, fue ocupado en ir a la ciudad para el estiércol. La niña, un joven dispuesto, que una vez que se resolvieron fue de uso pequeño en casa, tenía, gracias al patrocinio de los hijos de don Salvador, que parecía muy satisfecho con su nuevo inquilino, sólo logró que tener en un fábrica de seda.

Al día siguiente, Roseta sería uno de la cadena de las niñas que, despertar con el amanecer, marchó con faldas y agitando sus pequeñas cestas en su brazo, sobre todos los caminos, en su camino a la ciudad para hacer girar el capullo sedoso, con los gruesos dedos de las hijas de la huerta.

Cuando Batista llegó cerca de la casa de Copa, un hombre apareció en el camino, al salir de un camino adyacente, y caminó lentamente hacia él, dándole a entender que deseaba hablar con él.

Batiste se detuvo, lamentando interiormente que no tenía con él tanto como una navaja o una azada, pero tranquilo y silencioso, levantó la cabeza redonda con la expresión imperiosa tan temida por su familia y se cruzó de brazos musculosos, los brazos de un ex millhand, sobre el pecho.

Sabía que este hombre, a pesar de que nunca había hablado con él, era Pimentó.

La reunión que había temido tanto finalmente ocurrió.

El matón mide este odiado intruso con una mirada, y le habló con una voz suave, tratando de darle un acento de un abogado de buen carácter a su ferocidad y mala intención.

Quería decirle sólo dos palabras: había estado queriendo hacer desde hace algún tiempo, pero ¿cómo? no nunca ven fuera de su tierra?

Dos pequeñas palabras, no más.

Y le dio a la pareja de palabras, aconsejándole que dejar las tierras del tío Barret, tan pronto como sea posible. Él debe creer en las personas que lo deseen así, los que conocían la huerta. Su presencia allí era una ofensa, y la casa de la granja, que era casi nueva, fue un insulto para la gente pobre. Debía creerle, y con su familia irse a otras partes.

Batiste sonreía irónicamente al oír Pimentó, que parecía confundido por la serenidad del intruso, humillado por conocer a un hombre que no parecía asustado de él.

Vete? No era un matón en toda la huerta que podía hacerle abandonar lo que ahora era suya, que se había regado por el sudor, y además tenía que ganar el pan para su familia. Él era un hombre pacífico, entender! pero si podía jugar con él, tenía apenas tanto

espíritu varonil como la mayoría. Que cada uno asiste a su propio negocio, ya que él pensaba que iba a hacer más si asistía a la suya, y no a nadie.

Y con desprecio volviendo la espalda a los valencianos, se puso en camino.

Pimentó, acostumbrado a hacer todo el temblor huerta, era cada vez más desconcertado por la serenidad de Batiste.

"¿Esa es tu última palabra?" -le gritó a él cuando ya estaba a cierta distancia.

"Sí, el último", respondió Batiste sin volverse.

Y siguió adelante, desapareciendo en una curva de la carretera. A cierta distancia, en la vieja granja de Barret, el perro ladraba, olfateando el enfoque de su maestro.

En la búsqueda de sí mismo, Pimentó se recuperó de nuevo su arrogancia. Cristo! ¿Cómo este anciano se había burlado! Murmuró algunas maldiciones, y cerrando el puño, movió amenazadoramente en el recodo del camino donde Batiste había desaparecido.

"Pagarás por esto,-usted deberá pagar por esto, matón!"

En su tono de voz que temblaba de rabia, se hace vibrar todo el odio condensada de la huerta.

La cabaña de Vicente Blasco Ibáñez

IV

Era jueves, y de acuerdo con una costumbre que data de hace cinco siglos, el Tribunal de las Aguas se iba a encontrar en la puerta de la Catedral el nombre de los Apóstoles.

El reloj del Miguelete señaló poco después de las diez, y los habitantes de la huerta se reunían en grupos inactivos o sentándose sobre la gran cuenca de la fuente seca que adorna la plaza, formando sobre la base de una corona de dibujos animados de color azul y blanco abrigos, pañuelos rojos y amarillos, y las faldas de impresiones de calicó de colores brillantes.

Otros fueron llegando, la elaboración de sus caballos, con sus acometidas cestas cargadas de estiércol, satisfechos con la colección que habían hecho en las calles, otros más, en los carros vacíos, estaban tratando de persuadir a la policía para que sus vehículos se mantengan allí; y mientras los viejos conversaban con las mujeres, los jóvenes fueron a la cafetería vecina, para matar el tiempo con una copa de brandy, mientras mastica un cigarro en tres céntimos.

Todos los de la huerta que tenía agravios que vengar estaban aquí, gesticulando y con el ceño fruncido, hablando de sus derechos, impaciente por dar rienda suelta a la cadena interminable de sus denuncias ante los síndicos o jueces de las siete canales.

El alguacil del tribunal, que había estado llevando a cabo este concurso con la multitud insolente y agresivo durante más de cincuenta años, colocó un largo sofá de damasco viejo que estaba en las últimas dentro de la sombra de la portada gótica, y luego estableció una barandilla baja, cerrando de este modo en la plaza de la acera, que tenía que servir al propósito de una sala de audiencia.

El portal de los Apóstoles, de edad, de color rojizo, corroídas por los siglos, extendiendo su belleza roído a la luz del sol, formaba un fondo digno de un tribunal antiguo, era como una bóveda de piedra, diseñado para proteger la institución de cinco siglos de antigüedad .

En el tímpano aparece la Virgen con seis ángeles, con vestidos blancos y alas rígidas de fina plumaje, mofletudo, con rizos grandes y mechones de fuego del pelo, jugando violas y flautas, chirimías y tambores. Tres guirnalda de pequeñas figuras, ángeles, reyes y santos, cubiertas con toldos a cielo abierto, corriendo a través de tres arcos superpuestos en los tres portales. En las gruesas paredes sólidas, parte delantera del portal, los doce apóstoles podría ser visto, pero tan desfigurado, por lo maltratado que Jesús mismo no habría conocido; mordían los pies, la nariz rota, las manos destrozadas, un línea de grandes figuras que, en vez de apóstoles, se parecía a los enfermos que habían escapado de una clínica, y fueron tristemente mostrando sus muñones sin forma. Arriba, en la parte superior del portal, se abría como una flor gigantesca cubierta con tela metálica, el rosetón de color que admite la luz a la iglesia, y en la parte inferior de la piedra a lo largo

de la base de las columnas adornadas con los escudos de Aragón, fue usado, las esquinas y el follaje de haberse convertido indistinta por el roce de innumerables generaciones.

Por esta erosión de los portales de la muerte de disturbios y la rebelión podría ser adivinado. Todo un pueblo se habían reunido y mezclado junto a estas piedras, aquí, en otros siglos, el pueblo valenciano turbulento, gritando y rojo de furia, había recorrido aproximadamente, y los santos del portal, mutilado y suave como las momias egipcias, mirando al cielo con las cabezas rotas, parecía estar todavía escuchar la campana revolucionaria de la Unión, o los tiros de arcabuz de la Hermandad.

El alguacil terminó de arreglar el Tribunal, y se colocó en la entrada del recinto a la espera de los jueces. Este último llegó solemne, vestido de negro, con sandalias blancas y pañuelos de seda bajo sus grandes sombreros, que tenían la apariencia de los agricultores ricos. Cada uno fue seguido por un cortejo de Canal-guardias, y suplicantes persistentes que, antes de la hora de la justicia, estaban tratando de predisponer la mente de los jueces a su favor.

Los agricultores miraban con respecto a estos jueces, ven fuera de su propia clase, cuyas deliberaciones no admita recurso alguno. Eran los amos del agua: en sus manos sigue siendo la vida de las familias, el alimento de los campos, el riego oportuno, cuya carencia mata una cosecha. Y la gente de estas amplias llanuras, separadas por el río, que es como una frontera infranqueable, designan a los jueces por el número de los canales.

Un poco, hombre, delgado, doblado de edad, cuyas manos rojas y cachonda temblado mientras descansaban en el personal de espesor, era Quart de Faitanar, y el otro, corpulento e imponente, con ojos pequeños y apenas visibles bajo espesas cejas blancas, era Mislata. Pronto llegó Roscaña; que un joven vestía una blusa que había sido recién planchada, y cuya cabeza era redonda. Después de esto apareció en la secuencia del resto de los siete:-Favara, Robella, Tornos y Mestalla.

Ahora todos los representantes de las cuatro llanuras estaban allí, uno a la orilla izquierda del río, el que tiene los cuatro canales, el que la huerta de Ruzafa rodea con sus caminos de exuberante follaje que termina en los límites de la pantanosa Albufera, y la llanura en la margen derecha del Turia, la poética, con sus fresas de Benimaclet, su cyperus de Alboraya y sus jardines siempre lleno de flores.

Los siete jueces saludaron, como gente que no había visto durante una semana, sino que hablaban de su negocio junto a la puerta de la Catedral: de vez en cuando, al abrir las pantallas de madera cubiertos con anuncios religiosos, una nube de incienso cargado de aire, algo así como la exhalación húmeda de una caverna subterránea, se difundió en la atmósfera ardiente de la plaza.

A las once y media, cuando se cumplieron los oficios divinos y sólo algún devoto tardía seguía saliendo del templo, el Tribunal comenzó a funcionar.

Los siete jueces se sentaron en el viejo sofá, y luego la gente de la huerta llegó corriendo desde todos los lados de la plaza, a reunirse alrededor de la barandilla, presionando sus cuerpos sudorosos, que olía a paja y lana de oveja gruesa, muy juntos, y el alguacil,

rígido y majestuoso, tomó su lugar cerca del polo rematado con un ladrón de bronce, símbolo de majestad acuático.

Los siete síndicos se quitaron el sombrero y se quedaron con las manos entre las rodillas y los ojos en el suelo, mientras que el más viejo pronunció la frase habitual:

"Que empiece el Tribunal."

Quietud absoluta. La multitud, observando religioso silencio, parecía aquí, en medio de la plaza, que se reúnen en un templo. El sonido de los coches, el ruido de los tranvías, todo el ajetreo de la vida moderna que pasaba, sin tocar o agitar la más antigua institución, que se mantuvo tranquilo, como el que se encuentra en su propia casa, insensible a la vez, sin prestar atención a el cambio radical que lo rodea, incapaces de cualquier reforma.

Los habitantes de la huerta estaban orgullosos de su tribunal. Se dispensó la justicia, la pena y sin demora, y no ha hecho nada con los papeles, que confunden y puzzle hombres honestos.

La falta de papel sellado y del secretario de la corte que aterroriza, fue la parte más apreciada por estas personas que estaban acostumbrados a mirar en el arte de la escritura de la que eran ignorantes con cierto terror supersticioso. Allí estaban sin secretario, sin plumas, sin días de ansiedad a la espera de sentencia, sin guardias terroríficos, ni nada más que palabras.

Los jueces mantienen las declaraciones en su memoria, y pasaron frase inmediatamente con la tranquilidad de quien sabe que sus decisiones deben ser cumplidas. En lo que sería insolente con el tribunal, se impuso una multa, de quien se había negado a cumplir con la sentencia, el agua se lo llevaron para siempre, y él tiene que morir de hambre.

Nadie juega con este tribunal. Era la simple justicia patriarcal del buen rey legendario, saliendo por la mañana a la puerta de su palacio a fin de resolver las disputas de sus súbditos, el sistema judicial del jefe de Kabila, pasando penas en su tienda-entrada. Así son bribones castigados, y el triunfo honorable, y no hay paz.

Y el público, los hombres, mujeres y niños, temerosos de perder una palabra, presionan juntos en la barandilla, en movimiento, a veces, con contorsiones violentas de sus hombros, con el fin de escapar de la asfixia.

Los denunciante aparecerían en el otro lado de la verja, ante el sofá tan antigua como el propio tribunal.

El alguacil le quitaría su personal y ladrones pastores, que él consideraba como armas ofensivas que sean incompatibles con el respeto debido al Tribunal. Él los empujó hacia adelante hasta que con su manto doblado sobre sus manos que se plantaron algunos pasos distantes de los jueces, y si eran lentos dejando al descubierto en su cabeza, el pañuelo fue arrebatado de ella con dos remolcadores. Fue duro, pero con esta gente astuta que era necesario actuar así.

La presentación de la línea trajo un estallido continuo de cuestiones complejas, que los jueces resuelven con facilidad maravillosa.

Los guardianes de los canales de riego y los guardias-, encargados de la creación del turno de cada uno en el riego, formularon sus acusaciones y los acusados parecían defenderse con argumentos. Los ancianos permitieron que sus hijos, que sabían expresarse con más energía, a hablar, a la viuda apareció, acompañado de algún amigo del fallecido, un protector devoto, quien actuó como su portavoz.

La pasión del sur recorta en todos los casos.

En medio de la acusación, el acusado no sería capaz de contenerse. "¡Mientes! Lo que usted dice es malo y falso! Usted está tratando de arruinarme!"

Pero los siete jueces recibieron estas interrupciones con miradas furiosas. Aquí nadie se le permitió hablar antes de que llegara su turno. En la segunda interrupción, que tendría que pagar una multa de tantos sueldos. Y el que era obstinado, impulsado por su locura vehemente, que no le permitía estar en silencio ante el acusador, pagó más sous.

Los jueces, sin renunciar a sus asientos, pondrían sus cabezas como cabras juguetonas, y susurrar juntos durante unos segundos, y luego el mayor, con voz integrado y solemne, que se pronuncia la sentencia, la designación de la multa en sous y libra, como si dinero había sufrido ningún cambio, y majestuoso Justicia, con su traje rojo y su escolta de ballesteros emplumados seguían pasando por el centro de la plaza.

Eran más de las doce, y los siete jueces estaban empezando a mostrar signos de estar cansado de tal efusión prodigiosa de la corriente de la justicia, cuando el alguacil llamó a gritos a Bautista Borrull, le denuncia por infracción y desobediencia de riego-derechos.

Pimentó y Batiste pasó la barandilla, y la gente se apretó aún más contra la barra.

Aquí estaban muchos de los que vivían cerca de la antigua tierra de Barret.

Este ensayo fue interesante. El odiado recién llegado había sido denunciado por Pimentó, que era el "atandador" [G] de ese distrito.

El agresor, al mezclar en las elecciones, y pavoneándose como un gallo de pelea por todo el barrio, había ganado esta oficina que le daba cierto aire de autoridad y fortaleció su prestigio entre los vecinos, que hacen parte de él y lo trataban de días de riego.

Batiste estaba asombrado de esta denuncia injusta. Su palidez era el de indignación. Él miró con los ojos llenos de furia en todas las caras burlonas familiares, que se presionan contra la barandilla, y en su enemigo Pimentó, que estaba pavoneándose con orgullo, como un hombre acostumbrado a comparecer ante el tribunal, y para los cuales una pequeña parte de su autoridad incuestionable pertenecía.

"Habla", dijo el mayor de los jueces, poniendo un pie hacia adelante, porque según una costumbre centenaria, el tribunal, en lugar de utilizar las manos, señala con el blanco sandalia para el que debe hablar.

Pimentó derramado su acusación. Este hombre que estaba a su lado, tal vez porque era nuevo en la huerta, parecía pensar que la distribución del agua era un asunto sin importancia, y que podía satisfacer su bendita voluntad.

Él, Pimentó, el atandador, que representó a la autoridad de los canales en su distrito, se había puesto de Batiste la hora para regar su trigo. Eran las dos de la mañana. Pero sin duda, el señor, que no deseen presentarse a esa hora, había dejado pasar su turno, ya las

cinco, cuando el agua era para los demás, se había planteado la compuerta sin permiso de nadie (la primera infracción), y trató de para regar sus campos, la resolución de oposición, por la fuerza, por orden del atandador, lo que constituye la tercera y última ofensiva.

El delincuente tres veces culpable, convirtiendo todos los colores del arco iris, y de indignación ante las palabras de Pimentó, no pudo contenerse.

"Mientes, mientes y por partida doble!"

El tribunal se indignó ante el calor y la falta de respeto con que este hombre estaba protestando.

Si no guardó silencio iba a ser multado.

Pero lo que era un bien para la ira concentrada de un hombre pacífico! Siguió protestando contra la injusticia de los hombres, frente al tribunal que había, como sus sirvientes, esos pícaros y mentirosos como Pimentó.

El tribunal se despertó, los siete jueces se emocionó.

Cuatro sous de una multa!

Batiste, dándose cuenta de su situación, de repente se quedó en silencio, aterrorizada por haber incurrido en una multa, mientras que la risa salió de la multitud y gritos de alegría de sus enemigos.

Se quedó inmóvil, con la cabeza inclinada y los ojos atenuado con lágrimas de rabia, mientras que su enemigo brutal terminó de formular su denuncia.

"Habla", dijo al tribunal que él. Pero poca simpatía se observó en las miradas de los jueces de este perturbador, que había llegado a preocupar la solemnidad de sus deliberaciones con sus protestas.

Batiste, temblando de rabia, tartamudeó, sin saber por dónde empezar su defensa por el simple hecho de que le parecía perfectamente justo.

El tribunal había sido engañado; Pimentó era un mentiroso y además su enemigo declarado. Él le había dicho que su tiempo de riego llegó a las cinco, lo recordaba muy bien, y ahora estaba afirmando que se trataba de dos, sólo para hacerle incurrir en una multa, para destruir el trigo en los que la vida de su familia dependía ¿El valor tribunal la palabra de un hombre honrado? Entonces esta era la verdad, aunque no pudo presentar testigos. Parecía imposible que los síndicos honorables, todas las buenas personas, deben confiar en un bribón como Pimentó!

La sandalia blanca del presidente golpeó la baldosa cuadrada de la acera, como para evitar la tormenta de protestas y la falta de respeto que veía de lejos.

"Cállate".

Y Batiste calló, mientras el monstruo de siete cabezas, plegándose de nuevo en el sofá de damasco, cuchicheaba, la preparación de la sentencia.

"El tribunal decreta ..." dijo el juez mayor, y se hizo un silencio absoluto.

Todas las personas en el espacio de cordada mostraron una cierta ansiedad en sus ojos, como si fueran los condenados. Ellos estaban pendientes de los labios del juez mayor.

"Batiste Borrull deberá pagar dos libras por una multa y cuatro sous de una multa."

Un murmullo de satisfacción surgió y se extendió, y una mujer de edad, incluso comenzó a aplaudir sus manos, gritando "¡Viva! ¡Hurra!" en medio de las risotadas de la gente. Batiste salió ciego del tribunal, con la cabeza baja, como si estuviera a punto de luchar, y Pimentó prudentemente se quedó atrás.

Si la gente no se habían separado, abriendo el camino, para él, lo cierto es que habría golpeado con sus puños poderosos, y dada la chusma hostil una paliza en el acto.

Él se fue. Se fue a la casa de sus amos para decirles lo que había pasado, de la mala voluntad de este pueblo, se comprometió a amargar su existencia por él, y una hora más tarde, ya más tranquilo por las amables palabras de los señores, se puso adelante en el camino hacia su casa.

Tormento insufrible! Marchando cerca de sus carros cargados de estiércol o montados en sus burros por encima de las cestas vacías, mantuvo reuniones en el camino bajo de Alboraya muchos de los que habían estado presentes en el juicio.

Eran personas hostiles, vecinos a la que nunca dio la bienvenida.

Al pasar junto a ellos, se quedaron en silencio, e hizo un esfuerzo por mantener su gravedad, aunque una alegría maliciosa brilló en sus ojos, pero tan pronto como había pasado el tiempo, se echaron a reír insolente a la espalda, e incluso escuchar la voz de un muchacho que gritó, imitando la voz grave del presidente:

"Cuatro sous de una multa!"

A lo lejos vio, en la puerta de la taberna de Copa, su enemigo Pimentó, con una jarra de barro en la mano, en medio de un círculo de amigos, gesticulando y riendo como si estuviera imitando las protestas y las quejas de la denunciado. Su condena fue el tema de regocijo para la huerta: todos se reían.

Dios! Ahora, un hombre de paz y un buen padre, entiende por qué es que los hombres matan.

Sus poderosos brazos temblaban y sentía una picazón cruel en las manos. Él aflojó el paso al acercarse a la casa de Copa, quería ver si lo iban a burlarse de su rostro.

Incluso pensó, una extraña novedad, de entrar por primera vez a beber un vaso de vino cara a cara con sus enemigos, pero bien el dos libras pesaba sobre su corazón y se arrepintió de su generosidad. Esta fue una conspiración contra el calzado de sus hijos, sino que tomaría todo el montoncito de cominos acumulado juntos por Teresa para comprar nuevas sandalias para los más pequeños.

Al pasar por el frente de la taberna, Pimentó escondida con la excusa de llenar la jarra, y sus amigos, fingió no ver Batiste.

Su aspecto de un hombre dispuesto a todo inspiró respeto en sus vecinos.

Pero este triunfo le llenó de tristeza. Cómo odio la gente estaba con él! Toda la vega se presentó ante él, con el ceño fruncido y amenazando a todas horas. Esto no estaba viviendo. Incluso durante el día, evitó que salen de sus campos, evitando todo contacto con sus vecinos.

No tengas temor de ellos, pero como un hombre prudente, los conflictos se evitan.

Por la noche, dormía inquieto, y muchas veces, al menor ladrido de los perros, saltó de la cama, salió corriendo de la casa, escopeta en mano, e incluso cree que en más de una ocasión que vio formas negras que huyeron entre los caminos adyacentes.

Temía por su cosecha, por el trigo, que era la esperanza de la familia y cuyo crecimiento fue seguido en silencio pero con miradas de envidia de las otras barracas.

Él sabía de las amenazas de Pimentó, que con el apoyo de toda la huerta, juraba que este trigo no se debe cortar por lo que había sembrado, y Batiste casi se olvidó de sus hijos en la reflexión sobre sus campos, de la serie de olas verdes que crecieron y creció bajo los rayos del sol y que debe convertirse en montones de oro del trigo maduro.

El odio silencioso y concentrado lo siguió en el camino. Las mujeres se alejaron, con los labios que se encrespan, y no se dignó a saludar a él, como es la costumbre en la huerta, los hombres que trabajaban en los campos adyacentes a la carretera, llamado el uno al otro con expresiones insolentes que se refiere indirectamente a Batiste, y los niños gritaron desde lejos, "Thug Judio!" sin agregar más a este tipo de insultos, como si sólo ellos eran aplicables al enemigo de la huerta.

¡Ah! Si no hubiera tenido los puños de un gigante, los enormes hombros y que la expresión de un hombre que tiene pocos amigos, que tan pronto toda la vega se habría conformado con él! Cada uno esperaba que el otro sería el primero en atreverse, se contentaron con insultarlo desde la distancia.

Batiste, en medio de la tristeza que la soledad le inspiraba, experimentó una leve satisfacción. Ya cerca de la casa de la granja, cuando oyó los ladridos del perro que había olido su planteamiento, vio a un niño, un joven cubierto, sentado en un banco inclinado con la hoz entre las piernas, y la celebración de algunos montones de corte de maleza a su lado, quien se puso de pie para saludarlo.

"Buenos días, señor Batiste!"

Y el saludo, la temblorosa voz de un muchacho tímido con que le habló, le impresionó gratamente.

La amabilidad de este niño era un asunto sin importancia, sin embargo, experimentó la impresión de un hombre febril al sentir el frescor del agua.

Él miró con ternura a los ojos azules, la cara sonriente cubierta por una capa de abajo, y buscó en su memoria de quién es el niño podría ser. Por último, recordó que él era el nieto del tío Tomba, el pastor ciego a quien toda la huerta respetada, un buen chico que servía como criado a un carnicero en Alboraya, cuyo rebaño al viejo tendido.

"Gracias, pequeña, gracias," murmuró él, reconociendo el saludo.

Y siguió adelante, y fue recibido por su perro, que saltó delante de él, y se frotó contra sus pantalones de pana.

En la puerta de la cabina estaba su esposa rodeada de los más pequeños, esperando con impaciencia, porque ya había pasado la hora de la cena.

Batiste miró a los campos, y toda la furia que había sufrido hace una hora antes de que el Tribunal de las Aguas, volvió de golpe y como una ola furiosa inundó su conciencia.

Su trigo tenía sed. Sólo tenía que verlo, y sus hojas arrugadas, el color verde, antes tan brillante, ahora de una transparencia de color amarillo. El riego le había fallado, la vuelta de los cuales Pimentó, con sus trucos astutos y del mal, le había robado, no es de él hasta pasados quince días, porque el agua era escasa, y en la parte superior de esta desgracia toda esa maldita cadena de libras y sueldos de multa. Cristo!

Comió sin apetito, le dijo a su esposa, mientras que de la aparición en el Tribunal.

Pobre Teresa escuchó a su marido, claro con la emoción de la campesina que se siente una punzada en su corazón cuando tiene que haber una relajación del nudo de la media que guarda el dinero en la parte inferior del pecho. Soberana Reina! Habían decidido a arruinar ellos! ¡Qué dolor en la noche de la comida!

Y dejando caer la cuchara en la sartén de arroz, se echó a llorar, tragando las lágrimas. Luego se convirtió en rojo con súbita pasión, contempló la extensión del llano con el que vio en frente de su puerta, con sus blancas barracas y sus olas de verde, y extendiendo los brazos, gritó: "Bribones Bribones!! "

Los pequeños amigos, asustados por su padre el ceño, y los gritos de su madre, tenían miedo de comer. Se miraron uno a otro con la indecisión y la maravilla, recogidos en sus narices que hacer algo, y todos ellos acabaron imitando a su madre y llorar sobre el arroz.

Batiste, agitado por el coro de sollozos, se levantó furioso y casi pateó la pequeña mesa que se lanzó fuera de la casa.

¡Qué tarde! La sed de su trigo y el recuerdo de la multa eran como dos perros feroces desgarrando su corazón. Cuando uno, cansado de morderlo, se iba a dormir, el otro llegó a toda velocidad y se fijan sus dientes en él.

Él quería distraer a sus pensamientos, a olvidarse de sí mismo en el trabajo, y se entregó con toda su voluntad a la tarea que tenía en la mano, una pocilga que estaba colocando en el corral.

Pero el trabajo no avanzó. Él era sofocante entre las paredes de barro, quería mirar los campos, él era como los que sienten la necesidad de mirar a su desgracia, para obtener total y beber el cáliz del sufrimiento hasta las heces. Y con las manos llenas de barro, salió del corral, y se quedó de pie ante el parche rectangular de trigo marchito.

A pocos pasos de distancia, en el borde de la carretera, el canal murmurando llenaron de agua roja corrió por.

La sangre vivificadora de la huerta estaba fluyendo muy lejos, para otros campos cuyos dueños no tenían la desgracia de ser odiado, y allí estaba su pobre trigo, arrugado, languideciendo, inclinando su cabeza verde, como si estuviera haciendo señales a la agua para acercarse y acariciar con su fresco beso.

Para pobre Batiste, parecía que el sol quemaba más caliente que en otros días. El sol estaba en el horizonte, sin embargo, el pobre hombre se imaginó que sus rayos eran verticales, y que todo estaba ardiendo.

Su tierra se resquebrajaba abierta, se separaron en los surcos tortuosos, formando mil bocas que en vano esperaban un sorbo de agua.

Tampoco se mantendría el trigo su sed hasta el próximo riego. Se iba a morir, que se convertiría en secado, la familia no tendría pan, y fuera de tanta miseria, una multa por encima de todo. Y la gente, incluso encontrar culpa si los hombres van a la ruina!

Furious caminaba hacia atrás y adelante a lo largo de la frontera de su parcela rectangular. Ah, Pimentó! El más grande de sinvergüenzas! Si no hubiera guardias civiles!

Y como náufragos agonizantes, con hambre y sed, que en su delirio sólo ven interminables banquetes mesas, y las fuentes más claras, Batiste vio confusamente campos de trigo cuyos tallos eran verdes y recto, y entrar en el agua, que brota de las bocas de la pendiente-bancos, ampliándose con una ondulación luminosa, como si se rió suavemente al sentir las cosquillas de la tierra sedienta.

En el hundimiento del sol, Batiste sintió un cierto alivio, como si se hubiera ido para siempre, y su cosecha se salvó.

Él se alejó de sus campos, de su barraca, e inconscientemente, a paso lento, tomó el camino abajo, hacia la casa de Copa. La idea de la policía rural había salido de su mente, y él aceptó la posibilidad de un encuentro con Pimentó, que no debe estar muy lejos de la taberna, con una cierta sensación de placer.

A lo largo de los bordes de la carretera, no se acercaba a él, filas rápidas de las niñas, dificultan en el brazo, y las faldas de vuelo, regresaba de las fábricas de la ciudad.

Sombras azules se extendían sobre la huerta, en el fondo, las montañas oscuras, las nubes estaban creciendo rojo con el resplandor de un fuego lejano, en la dirección del mar, las primeras estrellas que temblaban en el azul infinito, los perros estaban ladrando lúgubrementemente, y con el canto monótono de las ranas y los grillos, se mezclaba el crujido confusa de carros invisibles, saliendo por todas las calles de la inmensa llanura.

Batiste vio a su hija que viene, separada de todas las chicas, caminando con pasos lentos. Pero no está solo. Le parecía que estaba hablando con un hombre que siguió en la misma dirección que ella, aunque algo aparte, como la prometida siempre andan en la huerta, para quien la aproximación es un signo de pecado.

Cuando vio a Batiste en el medio de la carretera, el hombre aflojó el paso y se mantuvo a una distancia como Roseta se acercó a su padre.

Este último permaneció inmóvil, como quería el extranjero para promover el cual le podría reconocer.

"Buenas noches, señor Batiste."

Era la misma voz tímida que le había saludado al mediodía. El nieto del tío Tomba. Ese bribón parecía no tener nada que hacer más que pasear por los caminos, y saludarlo, y empujar a sí mismo ante sus ojos con su dulzor suave.

Miró a su hija, que enrojeció bajo la mirada y bajó los ojos.

"Vete a casa, el hogar, ... me conformaré con usted!"

Y con toda la terrible majestad del padre latino, el dueño absoluto de sus hijos, y más inclinados a inspirar temor de afecto, que se inició después de la Roseta trémula, que, mientras se acercaba la granja, prevé un cudgeling seguro.

Ella se equivocó. En ese momento, el pobre padre tenía otros niños en el mundo, pero sus cultivos, los pobres enfermos de trigo, resequedad, secado, y clamando a él, pidiendo un sorbo para no morir.

Y por esto, pensó, mientras su esposa estaba haciendo la cena lista. Roseta era trajinar fingiendo estar ocupado, para no llamar la atención y esperando que de un momento a otro un estallido de ira terrible. Pero Batiste, sentado ante la mesita enana, rodeado de todos los jóvenes de su familia, que estaban mirando con avidez por la luz de las velas en la cazuela de barro, llenas de merluza fumar y patatas, siguió pensando en sus campos.

La mujer seguía suspirando, pensando en el bien, hacer comparaciones, sin duda, entre la fabulosa suma que iban a arrancar de ella, y la facilidad con la que toda la familia estaba comiendo.

Batiste, contemplando la voracidad de sus hijos, apenas comía. Batistet, el hijo mayor, incluso se apropió de la abstracción fingida de los trozos de pan que pertenecen a los más pequeños. Para Roseta, el miedo dio un feroz apetito.

Nunca hasta entonces se Batiste comprender la carga que pesaba sobre sus hombros. Estas bocas que se abrían para tragarse a los escasos ahorros de la familia estarían sin alimentos si la tierra fuera debe secar.

Y todo para qué? A causa de la injusticia de los hombres, porque hay leyes hechas para molestar a los trabajadores honestos No debería soportar esto. Su familia antes de todo lo demás. ¿No se siente capaz de defender a los suyos de peligros aún mayores? ¿Acaso no les debemos la obligación de mantenimiento de los mismos? Él fue capaz de convertirse en un ladrón con el fin de darles de comer. ¿Por qué entonces, ¿tenía a presentar, cuando él no estaba tratando de robar, sino para dar vida a sus cultivos, que eran todos suyos?

La imagen del canal, que a poca distancia se arrastra a lo largo de su suministro de murmurar por los demás, lo estaba torturando. Le enfurecía que la vida debe pasar por a su misma puerta sin su poder aprovecharse de ella, ya que las leyes así lo deseaban.

De repente se levantó, como un hombre que se ha adoptado una resolución, y que con el fin de cumplir con ella, sellos todo bajo los pies.

"Para el riego: Para regar!"

La mujer se asustó, pues rápidamente adivinó todo el peligro de la resolución desesperada. Por amor de Dios, Batiste! ... Ellos imponerle una multa mayor, tal vez el Tribunal, ofendido por su rebelión, tomaría el agua lejos de él para siempre! Se debe tener en cuenta que Era mejor esperar.

Pero Batiste tenía la ira permanente de los hombres flemáticos y lento, que, cuando una vez que pierden la compostura, son lentos para recuperarla.

"Regar! Regar!"

Y Batistet, alegremente repitiendo las palabras de su padre, tomó las grandes azadas, y partió de la casa, seguido por su hermana y los más pequeños.

Todos los que participaron en este trabajo, que parecía un día de fiesta.

La familia sintió la alegría de un pueblo que, por una revolución, recupera su libertad.

Se acercaron al canal, que se murmuraba en la sombra. La inmensa llanura se perdió en la sombra azul, las cañas ondulaba en masas oscuras y murmurando, y las estrellas brillaban en el cielo.

Batiste entró en el canal hasta las rodillas, bajando las puertas que mantenían el agua, mientras que su hijo, su esposa y su hija, incluso atacaron a los bancos inclinados con las azadas, abriendo brechas, a través del cual el agua brotó.

Toda la familia se sentía una sensación de frescor y bienestar.

La tierra se canta alegremente con un codicioso glu-glu, que tocaba el corazón. "Bebe, bebe, pobrecita!" Y sus pies se hundían en el barro, ya que hizo lo que iban de un lado a otro del campo, mirando a ver si el agua había llegado a todos los rincones.

Batiste murmuró con la satisfacción cruel que la alegría de lo prohibido produce. ¡Qué carga se ha levantado de él! El Tribunal podría venir ahora, y hacer lo que quisiera. Su campo había bebido, lo que era lo principal.

Y como con la vista aguda de un hombre acostumbrado a la soledad, pensó que él percibe un cierto ruido extraño en el cañaveral cercano, corrió a la granja, y regresó de inmediato, la celebración de una nueva escopeta.

Con el arma en el brazo y el dedo en el gatillo, se quedó más de una hora cerca de los bares de la canal.

El agua no fluye por delante, sino que se extendió a cabo en los campos de Batiste, que bebió y bebió con la sed de un hombre hidrópico.

Tal vez los de abajo se quejaban, tal vez Pimentó, notificado como atandador, merodeaba en las intermediaciones, indignado por esta violación insolente de la ley.

Pero aquí estaba Batiste, como un centinela de su cosecha, en un héroe desesperado por la lucha de su familia, cuidando a su pueblo que se movían sobre el terreno, la ampliación del riego, listo para asestar un golpe a la primera que podía intentar subir las barras y restablecer el curso del agua.

Tan feroz fue la actitud de este gran hombre que se destacó inmóvil en medio del canal, en este fantasma negro que podría ser adivinado una resolución de disparar contra cualquiera que pudiera presentarse tal, que nadie se aventuró en el cañaveral contigua y los campos bebieron durante una hora sin ningún tipo de protesta.

Y esto es lo que aún es más extraño: el jueves siguiente al atandador no tenía lo convocó ante el Tribunal de las Aguas.

La huerta se ha informado de que en la antigua barraca de Barret el único objeto de valor era una escopeta de dos cañones, recientemente adquirida por el intruso, con esa pasión africana del valenciano, que voluntariamente se priva del pan con el fin de tener detrás de la puerta de su casa una nueva arma que excita la envidia e inspira respeto.

Todas las mañanas, al amanecer, Roseta, la hija de Batiste, saltó de la cama, con los ojos cargados de sueño, y después de estirar los brazos en gráciles contorsiones que sacudieron todo su cuerpo de la esbeltez rubio, abrió la puerta de la granja casa.

La polea del pozo crujió, el pequeño perro feo, que pasó la noche fuera de la casa, saltó cerca de sus faldas, ladrando de alegría, y Roseta, a la luz de las últimas estrellas, echado sobre la cara y las manos de un cubo de agua fría extraída de ese agujero redondo y oscuro, coronado en su parte superior por densos macizos de hiedra.

Después, a la luz de la vela, se mudó de la casa preparándose para su viaje a Valencia.

La madre la seguía sin verla desde la cama con todo tipo de sugerencias. Podía llevarse lo que quedaba de la cena: que con tres sardinas que iba a encontrar en la plataforma sería suficiente. Y tener cuidado de no romper el plato como lo hizo el otro día. ¡Ah! Y no hay que olvidar que comprar hilo, agujas y algunas sandalias para el más pequeño. Niño destructivo! ... Ella encontraría el dinero en el cajón de la mesita.

Y mientras que la madre se volvió en la cama, dulcemente acariciada por el calor de la habitación, la planificación a dormir media hora más cerca de la enorme Batiste, que roncaba ruidosamente, Roseta continuó sus evoluciones. Ella colocó su pobre comida en una canasta, pasó un peine por su cabello rubio claro, que parecía como si el sol había absorbido su color, y ató el pañuelo bajo la barbilla. Antes de salir, miró con el sollicitousness de licitación de una hermana mayor, para ver si los más pequeños que dormían en el suelo, todos en la misma habitación, estaban bien cubiertos. Se quedaron allí en una fila desde el mayor hasta el menor, de la Batistet cubierto al pequeño tot que aún podía apenas hablar, como una hilera de tubos de órgano.

"Adiós, hasta esta noche!" -gritó la chica valiente, y pasando su brazo por el asa de la cesta, cerró la puerta de la casa de la granja, la colocación de la parte de abajo clave.

Ya era de día. A la luz azulada del amanecer la procesión de los trabajadores se vio pasar por las sendas y caminos, todos caminando en la misma dirección, atraídos por la vida de la ciudad.

Grupos de gráciles muchachas hilandería pasaban, marchando con un paso aún, balanceándose con gracia vivaz el brazo derecho que cortan el aire como un remo fuerte, y todos gritando a coro cada vez que un mozo fornido los saludó desde los campos vecinos con bromas groseras.

Roseta se dirigió a la ciudad por sí sola. Bien dijo el pobre hijo que sus compañeras, hijas y hermanas de los que odiaban a su familia tan amargamente.

Varios de ellos estaban trabajando en la fábrica, y la pobre chica de pelo amarillo, haciendo gala de valor más de una vez, tuvo que defenderse por pura arañazos. Aprovechando su descuido, tiraron cosas sucias en su almuerzo-basket, hicieron romper la cazuela de barro de la que se recordó muchas veces, y nunca pasan cerca de ella en la planta sin tratar de empujarla sobre la caldera donde el fumar capullo estaba empapada mientras ella un mendigo llamado, y se aplica elogios similares a ella y su familia.

En el camino ella huyó de ellos como de un tropel de furias, y nos sentimos seguros sólo cuando ella estaba dentro de la fábrica, un edificio viejo y feo cerca del mercado, cuyas fachadas, pintado en acuarelas del siglo anterior, que aún se conserva entre peeling pintar y grietas ciertos grupos de piernas de color rosa, y los perfiles de color bronce, restos de medallones y pinturas mitológicas.

De toda la familia, Roseta era el más parecido a su padre: una furia por trabajo, como dijo Batiste de sí mismo. El vapor de fuego del caldero donde el capullo se empapa montado alrededor de su cabeza, ardor de sus ojos, pero, a pesar de esto, ella siempre estaba en su lugar, la pesca en las profundidades del agua hirviendo para los extremos sueltos de las cápsulas de seda suave del color suave de caramelo, en cuyo interior el gusano laborioso, la larva de la exudación preciosa, acababa perecido por el delito de crear un calabozo ricos para su transformación en mariposa.

A lo largo del gran edificio reinaba el estruendo de trabajo, ensordecedor y fatigoso para las hijas de la huerta, que estaban acostumbrados a la tranquilidad de la inmensa llanura, donde la voz lleva a una gran distancia. A continuación rugió la máquina de vapor, dando vuelta los sonidos espantosos rugidos que se transmiten a través de la tubería múltiple: poleas y ruedas giraban con un ruido infernal, y como si no fueran suficiente ruido, las niñas de la hilandería, según la costumbre tradicional, cantado en coro con una voz nasal, el Padre Nuestro, el Ave María y el Gloria Patri, con las mismas interludios musicales como el coro, que vagaba por las mañanas huerta domingo al amanecer.

Esto no impidió que la risa mientras cantaban, ni de insultar a los demás en voz baja entre las oraciones, y amenazando a los demás con cuatro rayas largas en la salida, para estas chicas de tez oscura, esclavizados por la tiranía rígida que rige en el familia del agricultor, y obligados por los convenios hereditarios a bajar sus ojos en presencia de los hombres, cuando se reunieron sin restricciones eran demonios regulares, y se deleitaron en proferir todo lo que habían oído de los conductores de compra y los trabajadores en las carreteras.

Roseta era la más silenciosa y trabajadora de todos ellos. A fin de no distraer la atención de su trabajo, ella no cantaba, ella nunca provocó riñas y aprendió todo con tal facilidad, que en pocas semanas se ganaba tres reales, casi el máximo de la jornada de trabajo, a la gran envidia de los demás.

A la hora del almuerzo estas bandas de jóvenes despeinados sallied sale de la fábrica para engullir el contenido de sus platos de loza. A medida que se formó un grupo de holgazanear en la acera o en los porches inmediatos, y desafió a los hombres con miradas insolentes para hablar con ellos, sólo escandalizado falsamente, a devolver el fuego comentarios desvergonzados a cambio, Roseta se quedó en un rincón de la fábrica, sentado en el suelo con dos o tres buenas chicas que eran de otra huerta, desde el lado derecho del río, y que no les importa un rap de la historia del tío Barret y el odio de sus compañeros.

Durante las primeras semanas, Roseta veía con cierto terror la llegada del anochecer, y con él, la hora de salida.

Ante el temor de sus compañeros, que tomaron el mismo camino que ella misma, que se quedó en la fábrica por un tiempo, dejando que figuran a continuación como un ciclón, con ráfagas de risas escandalosas, flauntings de faldas, vulgarismos atrevidas, y el olor de la salud, de extremidades duras y resistentes.

Caminaba tranquilamente por las calles de la ciudad en el crepúsculo frío del invierno, haciendo compras para su madre, se quedó con la boca abierta ante los escaparates de las tiendas que comenzaron a ser iluminados, y al final, pasando por el puente, entró en el estrecho y oscuro callejones de los suburbios para señalados a la calle de Alboraya.

Hasta el momento, todo iba bien. Pero después de que ella llegó a la oscuridad huerta, con sus ruidos misteriosos, sus formas oscuras y alarmantes que pasaban cerca de ella saludando con un profundo "Buenas noches," el miedo se instaló, y sus dientes charlaban.

Y no era que el silencio y la oscuridad la intimidaban. Como una verdadera hija del país, que estaba acostumbrada a estos. Si hubiera estado seguro de que iba a encontrar a nadie en el camino, que habría dado su confianza. En su terror, ella nunca pensó que, al igual que sus compañeros, de la muerte, ni de brujas y fantasmas, era la vida que la perturbaba.

Ella recordó con temor creciente ciertas historias de la huerta que había escuchado en la fábrica, el temor de que las niñas tenían de Pimentó y otros matones, que congregó en la taberna de Copa: compañeros sin corazón que pellizca las chicas donde podían y los empujó a los canales, o les hizo caer detrás de los pajares. Y Roseta, que ya no era inocente después de entrar en la fábrica, dio rienda suelta a su imaginación, hasta que llegó a los límites máximos de la horrible, y se vio asesinado por alguno de estos monstruos, rasgó su estómago y empapado en sangre , al igual que los hijos de las leyendas de la huerta cuya grasa siniestros y misteriosos asesinos extraído y utilizado para hacer maravillosos ungüentos y pociones para los ricos.

En el crepúsculo de invierno, oscura y muchas veces lluvioso, Roseta pasó más de la mitad de la carretera todo un temblor. Pero la crisis más cruel, la más terrible obstáculo era casi al final, y cerca de la granja de la famosa casa de Copa.

Aquí estaba la guarida de la fiera. Este fue el más frecuentado y el bit más brillante de la carretera. El sonido de las voces, las carcajadas, el rasgueo de una guitarra, y las coplas de canciones con fuertes gritos salió de la puerta que, como la boca de un horno, echándole un cuadrado de luz rojiza sobre el camino negro, en sombras grotescas que se movían. Y sin embargo, la pobre muchacha molino, al llegar a este lugar, se detuvo indeciso, temblando como las heroínas de los cuentos de hadas antes de la guarida del ogro, dispuestos a establecer a través de los campos con el fin de dar un rodeo por la parte trasera el edificio, a hundirse en el canal que bordeaba la carretera, y para escapar oculto detrás de los ribazos, cualquier cosa en lugar de pasar por delante de esta garganta roja que despedía el estrépito de la borrachera y la brutalidad.

Finalmente se decidió, hizo un esfuerzo de voluntad como quien va a lanzarse sobre un acantilado, y pasó con rapidez antes de la taberna, a lo largo del borde del canal, con un paso muy ligero, y el maravilloso equilibrio que da miedo.

Ella fue un soplo, una sombra blanca que no dio los ojos turbios de los clientes de vez Copa de fijar ellos mismos en él.

Y la taberna pasado, el niño corrió y corrió, creyendo que alguien estaba detrás de ella, esperando sentir el tirón de su poderosa pata de su falda.

Ella no estaba en calma hasta que oyó el ladrido de los perros en la casa de la granja, ese animal feo, que a modo de antítesis sin duda, fue llamado el lucero del alba, y quien llegó corriendo hasta ella en el medio de la carretera con límites y le lamían las manos.

Roseta nunca le dijo a los de casa de los horrores encontrados en el camino. La pobre niña se tranquilizó al entrar en la casa, y respondió a las preguntas de su madre ansiosa voz baja, frente a la situación valerosamente al afirmar que había llegado a casa con algunos compañeros.

La chica hilandería no quería que su padre saliera noches para acompañarla en el camino. Ella sabía que el odio del barrio: la taberna de Copa con su gente pependciera le inspiraba miedo.

Y al día siguiente regresó a la fábrica a sufrir los mismos temores al regresar, animada únicamente por la esperanza de que la primavera llegaría pronto con sus días más largos y sus crepúsculos luminosos, lo que permitiría que volviera a la casa antes que naciese oscuro.

Una noche, Roseta experimentó cierto alivio. Mientras todavía estaba cerca de la ciudad, un hombre salió de la carretera y comenzó a caminar al mismo ritmo que ella misma.

"Buenas noches!"

Y mientras que la hilandera estaba caminando por la orilla alta que bordeaba el camino, el hombre se dirigió a continuación, entre los cortes profundos abiertos por las ruedas de los carros, tropezando con los ladrillos rojos, platos rotos, e incluso piezas de vidrio con la que manos con visión de futuro desean para llenar los agujeros de origen remoto.

Roseta no mostró inquietud. Había reconocido a su compañero, incluso antes de que él la saludó. Era Tonet, el nieto del tío Tomba, el pastor: un buen muchacho, quien se desempeñó como aprendiz de carnicero de Alboraya, y en los que los molinos-girls se rió cuando le salieron al encuentro en el camino, deleitándose en ver cómo sonrojó y volvió la cabeza a la menor palabra.

Un chico tímido! Estaba solo en el mundo sin ningún tipo de otros parientes que su abuelo trabajaba incluso los domingos, y no sólo fue a Valencia a recoger estiércol para los campos de su amo, sino que también le ayudó en la masacre de ganado y cultivaban la tierra, y realizado carne a los agricultores ricos. Todo con el fin de que él y su abuelo pudiera comer, y que podía ir vestido en los viejos harapos de su amo. No fume, que había entrado en casa de Copa sólo dos o tres veces en su vida, y los domingos, si tenía algunas horas libres, en vez de ponerse en cuclillas en la Plaza de Alboraya, al igual que los demás para ver los matones jugando mano -ball, salió al campo y vagó sin rumbo por

la enmarañada red de caminos. Si él se encontró con un árbol lleno de pájaros, se detenía allí fascinado por el revoloteo y los gritos de estos vagabundos del aire.

La gente vio en él algo de las misteriosas excentricidades de su abuelo, el pastor: todos le consideraban como un pobre tonto, tímida y dócil.

La hilandera se convirtió amenizada con la compañía. Era más seguro si un hombre entró con ella, y más aún si se trataba de Tonet, que inspiraba confianza.

Le habló, preguntándole de dónde venía, y el joven respondió vagamente, con su timidez habitual: "A partir de ahí ... a partir de ahí" y luego se convirtió en silencio, como si esas palabras le costó un gran esfuerzo.

Siguieron el camino en silencio, separando cerca de la barraca.

"Buenas noches y gracias!" dijo la chica.

"Buenas noches", y Tonet desaparecieron, caminando hacia la aldea.

Fue un incidente sin importancia, un encuentro agradable que había desterrado el miedo, nada más. Y sin embargo, Roseta cenó esa noche y se fue a la cama pensando en el sobrino de tío Tomba.

Ahora ella recordó las veces que lo había conocido por la mañana en la carretera, y le parecía que Tonet siempre trató de mantener el mismo ritmo que ella misma, aunque algo aparte, para no atraer la atención de los sarcásticos molino-girls. Incluso parecía que a veces, al girar la cabeza de repente, ella lo había sorprendido con sus ojos fijos en ella.

Y la chica, como si estuviera girando un capullo, agarró estos cabos sueltos de su memoria, y sacó y les sacó, recordando todo lo que en su existencia que se refería a Tonet: la primera vez que lo vio, y su impulso de simpatía compasión debido a las burlas de los molinos-girls que padeció cabizbajo y tímido, como si estas arpías en una tropa le inspiraba temor, entonces los frecuentes encuentros en la carretera, y las miradas fijas del muchacho, que parecía querer decir algo.

Al día siguiente, cuando fue a Valencia, ella no lo vio, pero por la noche, al comenzar a volver a la barraca, la chica no tenía miedo, a pesar de la penumbra de ser oscura y lluviosa. Se preveía que el compañero que le dio tanto coraje sería hacer acto de presencia, y muy cierto que salió a su encuentro casi en el mismo sitio que el día anterior.

Él era tan expresivo como siempre: "¡Buenas noches!" y se fue caminando a su lado.

Roseta fue más locuaz. ¿De dónde ha salido? ¡Qué oportunidad de conocer en dos días siguientes! Y él, temblando, como si las palabras le costó un gran esfuerzo, respondió como siempre: "A partir de ahí ... a partir de ahí ..."

La niña, al igual que tímida, se sentía sin embargo, la tentación de reírse de su agitación. Ella habló de su miedo y los sustos que se había reunido con en la carretera durante el invierno, y Tonet, confortado por el servicio que se le presta a ella, sin pegar sus labios, por fin, para decirle que iba a acompañar a su frecuencia. Él siempre tenía negocios por su maestría en la huerta.

Se despidieron el uno del otro con la brevedad del día anterior, pero esa noche la niña se fue a la cama inquieto y nervioso, y soñaban con un millar de cosas salvajes, ella vio a sí misma en un camino negro, muy negro, acompañado por un enorme perro que lamía las manos y tenía la misma cara que Tonet, y luego llegó un lobo para morderla, con un hocico que vagamente le recordaba el Pimentó odiosa, y los dos lucharon con sus dientes, y su padre salió con un club, y ella estaba llorando, como si los golpes que su fiel perro recibió caían sobre sus propios hombros, y por lo tanto su imaginación continuó vagando. Pero en todas las escenas confusas de su sueño vio el nieto del tío Tomba, con sus ojos azules y su rostro infantil cubierto de la luz hacia abajo, primer indicio de su virilidad.

Ella surgió débil y roto como si estuviera saliendo de un delirio. Este fue el domingo, y ella no iba a la fábrica. El sol entraba por la pequeña ventana de su dormitorio, y todo el pueblo de la casa de la granja ya estaban fuera de sus camas. Roseta comenzó a prepararse para ir con su madre a la iglesia.

El sueño diabólico todavía le molestaba. Se sentía diferente, con diferentes pensamientos, como si la noche anterior era un muro que divide su existencia en dos partes.

Cantaba alegre como un pájaro, mientras que ella tomó su ropa en el pecho, y los colocó sobre la cama, la cual, aún caliente, que se celebró la huella de su cuerpo.

Le gustaban estos domingos con su libertad para presentarse tarde, con sus horas de ocio, y su pequeño viaje a Alboraya a oír misa, pero este domingo fue mejor que los otros, y el sol brillaba con más intensidad, los pájaros cantaban con más pasión, a través de la pequeña ventana el aire entró gloriosamente balsámico, ¿qué podemos expresarlo! en fin, esta mañana tenía algo nuevo y extraordinario en ello.

Se reprochaba ahora para tener hasta ese momento no prestó atención a su apariencia personal. Ha llegado el momento, a los dieciséis años, a pensar en la fijación de uno mismo hacia arriba. ¡Qué estúpido había sido, siempre riendo de su madre, que ella una desaliñada llama! Y como si fuera nuevo traje que se veía por primera vez, ella sacó por la cabeza con tanto cuidado como si fuera encaje fino, la enagua del calicó que llevaba todos los domingos, y ató el corsé con fuerza, como si esa armadura de alto aros, un verdadero corsé del agricultor-girl, que aplastaron los senos incipientes cruelmente, no eran ya lo suficientemente apretado. Porque en la huerta se considera indecente entre las no casadas no esconder los encantos seductores de la naturaleza, por lo que nadie podría pecaminosamente contemplar en la virgen de los símbolos de su futura maternidad.

Por primera vez en su vida, la hilandera pasó más de un cuarto de hora antes de las cuatro pulgadas de espejo, en su marco de madera de pino barnizada, que su padre había presentado a ella, un espejo en el que tenía a mirarla a la cara por secciones.

No era hermosa, y ella lo sabía, pero más feas las que había conocido por la docena en la huerta. Y sin saber por qué, se complace en contemplar sus ojos, de un verde claro, las mejillas salpicadas de pecas delicadas que el sol se había planteado sobre la piel

bronceada, el cabello rubio blanquecino, que tuvo la delicadeza de la seda pálida, la nariz pequeña con sus narices palpitantes, proyectando sobre la boca, la propia boca, ensombrecida por abajo suave y tierna como la de un melocotón maduro, sus dientes fuertes, e incluso, de la blancura intermitente de leche, y un brillo que parecía iluminar toda rostro, los dientes de una pobre muchacha!

La madre tuvo que esperar, que la pobre mujer tenía prisa, pasando por la casa con impaciencia, como si espoleado por la campana que sonaba desde la distancia. Iban a perder masa: y mientras tanto Roseta se peinaba con calma, deshaciendo constantemente su trabajo, que no la satisface, ella continuó organizando el manto con el remolque de aflicción, sin encontrar a su gusto.

En la plaza de Alboraya, al entrar y al salir de la iglesia, Roseta, apenas levantar la vista, explorado la puerta del mercado de la carne, donde la gente se agolpaba en, procedentes de la masa.

Allí estaba él, ayudando a su amo, dándole los pedazos de carne desollados, y ahuyentando los enjambres de moscas que cubrían ella.

Como la gran simplón sonrojó al verla.

Al pasar el segundo tiempo, se mantuvo como uno que ha sido encantado, con una pierna de cordero en la mano, mientras que su jefe valiente, esperando en vano a que pasara a él, derramado una volea ronda de juramentos, amenazando los jóvenes con un cuchillo de carnicero.

Estaba triste por la tarde. Sentado a la puerta de la casa de la granja, ella cree que lo vio varias veces merodeando por los caminos lejanos y escondidos en las cañas para verla. La hilandera deseaba que el lunes podría llegar pronto, por lo que podría volver a la fábrica, y regresar a casa por la carretera horrible, acompañada de Tonet.

El chico no dejó de ella en la oscuridad en el día siguiente.

Incluso más cerca de la ciudad que en las otras noches, él salió a su encuentro.

"Buenas noches!"

Pero después del saludo habitual, no se quedó en silencio. El pícaro había avanzado en el día de reposo.

Y poco a poco, acompañando sus expresiones con muecas y arañazos sobre sus pantalones de piernas, trató de explicarse, aunque a veces un total de dos minutos pasaron entre sus palabras. Él estaba feliz de verla así. (Una sonrisa de Roseta y un "gracias", murmuró débilmente.) "¿Había disfrutado de ella el domingo?" ... (Silencio) "Había tenido un tiempo bastante aburrido. Le había aburrido. Sin duda, la costumbre ... entonces ... parecía que algo le había faltado ... naturalmente, había encaprichado de la carretera ... no, no es el camino: lo que le gustaba era acompañar a su "

Y aquí se detuvo en la estacada: incluso parecía que se mordió la lengua con nerviosismo a castigarla por su audacia y pellizcó por haber llegado tan lejos.

Camaron un poco de distancia en silencio. La muchacha no respondió, ella fue a lo largo su camino con el aire con elegancia afectada de la planta-las niñas, la cesta en la

cadera izquierda y el brazo derecho de cortar el aire con el movimiento de oscilación de un péndulo.

Estaba pensando en su sueño, ella se imaginó de nuevo para estar en medio de ese delirio, viendo las fantasías salvajes, varias veces volvió la cabeza, creyendo que ella vio en la penumbra el perro que había lamido sus manos, y que contó con la frente a Tonet, un recuerdo que incluso hizo reír. Pero no, el que estaba a su lado era un buen hombre capaz de defender ella, un tanto tímido y vergonzoso, eso sí, con la cabeza caída, como si le doliera para traer las palabras que acababa de pronunciar.

Roseta incluso lo confundió aún más. Vamos, ¿por qué fue a su encuentro en el camino? ¿Qué diría la gente? Si su padre debe ser informado, lo molesto que sería!

"¿Por qué?" -preguntó la muchacha.

Y la juventud, más triste y más triste, y cada vez más tímida, como un culpable condenado que escucha su acusación, nada respondió. Caminó junto al mismo ritmo que la chica, pero aparte de ella, tropezando a lo largo del borde de la carretera. Roseta casi creía que iba a llorar.

Pero cuando estaban cerca de la barraca, y cuando estaban a punto de separarse, Tonet tuvo un impulso: como había sido intensamente en silencio, por lo que ahora era intensamente elocuente, como si muchos minutos no pudo haber sido, respondió a la pregunta del girl:

"¿Por qué? ... Porque Te amo."

Como lo dijo él se acercó a ella tan de cerca que incluso sintió su aliento en la cara y sus ojos brillaban como si a través de ellos toda la verdad debe salir de ella, y después de esto, arrepintiéndose de nuevo, miedo, aterrorizados por sus palabras, empezó a correr como un niño.

Así que la quería! ... Durante dos días, la chica había estado esperando la palabra, y sin embargo, le dio el efecto de una revelación súbita, inesperada. Ella también lo amaba, y toda la noche, incluso en sueños, le oyó murmurar una y mil veces, cerca de las orejas, las mismas palabras:

"Porque Te amo."

Tonet no esperó su la noche siguiente. Al amanecer Roseta le vio en el camino, casi escondido detrás del tronco de una morera, mirándola con ansiedad, como un niño que teme una reprimenda y se ha arrepentido, dispuesto a huir en el primer gesto de desagrado.

Pero la hilandera sonrió ruborizándose, y no había necesidad de nada más.

Todo se ha dicho: no dicen otra vez que se amaban, pero este asunto decidió su compromiso matrimonial, y Tonet ya no falló ni una sola vez a acompañarla en el camino.

El carnicero de Alboraya stout bramó de ira por el repentino cambio de su criado, hasta ahora tan diligente y ahora siempre inventando pretextos para pasar horas y cada vez más horas en la huerta, especialmente por la noche.

Pero con el egoísmo de la felicidad, Tonet le importaba nada más por los juramentos y amenazas de su amo que la hilandera hizo a su padre, por quien se sentía más miedo que respeto.

Roseta siempre tenía algún nido o ella en su dormitorio, que afirmó haber encontrado en el camino. Este muchacho no sabía cómo presentarse a sí mismo con las manos vacías, y exploró todas las cañas y los árboles de la huerta con el fin de presentarla, su esposa, con esteras redondas de paja y ramas, en cuyas profundidades eran unos pequeños pícaros de fledgelings cuya piel rosada estaba cubierto con la mejor abajo, asomándose a la desesperada, ya que abrió sus picos monstruosos, siempre con ganas de más migas de pan.

Roseta guardaba el regalo en su habitación, como si se tratara de la misma persona de su prometido, y lloró cuando sus hermanos, los pequeños hombres que tenían la casa de la granja de un nido, mostraron su admiración por las aves tan enérgicamente que terminaron por sofocante ellos.

En otras ocasiones, Tonet apareció con su ropa abultada, la faja llena de altramuces y cacahuetes comprados en la taberna de Copa, y mientras caminaban a lo largo del camino, que iba a comer y comer, mirándose a los ojos el uno al otro, sonriendo como tontos, sin saber por qué, a menudo a sí mismos sentándose en un banco, sin darse cuenta.

Ella era la más razonable y lo regañó. Siempre gastar dinero! Había dos reales o un poco menos, lo que, en el plazo de una semana, que había dejado en la taberna de tales delicias. Y él demostró ser generoso. ¿Para quién es lo que quería el dinero si no fuera por ella? Cuando se casaron, que tuvieron que pasar algunos días-él entonces cuidar de su dinero. Eso, sin embargo, no sería por diez o doce años, no había necesidad de prisa, todos los esposales de la huerta se prolongó durante algún tiempo.

La cuestión de la boda Roseta trajo de vuelta a la realidad. El día en que su padre se enteraría de ello La mayoría Virgen santa! rompería la espalda con un palo. Y ella habló de la paliza futuro con serenidad, sonriendo como una chica fuerte acostumbrado a esta autoridad parental, rígida, imponente, y respetado, que se manifestó en puños y garrotes.

Sus relaciones eran inocentes. Nunca lo hizo allí surgen entre ellos el deseo punzante y rebelde de la carne. Caminaron por la calle casi desierta en la penumbra de la noche caída, y la soledad parecían conducir todos los pensamientos impuros en su mente.

Una vez, cuando Tonet involuntariamente y tocó ligeramente la cintura de Roseta, se sonrojó como si él y no ella fuera la chica en cuestión.

Los dos estaban muy lejos de pensar que su reunión diaria puede resultar en algo más que palabras y miradas. Fue el primer amor, el florecimiento de la juventud apenas despierta, contenta con ver, hablar, reír, sin dejar rastro de deseo sensual.

La hilandera, que en las noches de miedo, había anhelado tanto para la llegada de la primavera, vio con ansiedad la llegada de los crepúsculos largos y luminosos.

Ahora ella conoció a su prometida en pleno día, y nunca faltaban compañeros de la fábrica o algún vecino a lo largo del camino, que al verlos juntos sonrió maliciosamente, adivinando la verdad.

En la fábrica, los chistes fueron iniciadas por todos sus enemigos, que le preguntó con sarcasmo cuando la boda se llevaría a cabo y apodado La Pastora, por ser en el amor con el nieto del tío Tomba.

Pobre Roseta temblaba de ansiedad. ¡Qué paliza que iba a traer sobre sí misma! Cualquiera día de la noticia podría llegar a oídos de su padre. Y fue entonces cuando Batiste, el día de su sentencia en el Tribunal de las Aguas, la vio en la carretera, acompañado por Tonet.

Pero no pasó nada. El incidente feliz del riego la salvó. Su padre, contento por haber salvado a los cultivos, se limitó a mirar a ella varias veces, con sus cejas se fruncieron, y para notificar a ella en una voz lenta y el dedo índice levantado en el aire, y con un acento imperativo, que en adelante se debe tener cuidado volver sola de la fábrica, o de otra manera aprendería quién era.

Y ella volvió sola durante toda la semana. Tonet tuvo un cierto respeto por el señor Batiste, y se contentó con escondido en el cañaveral, cerca de la carretera, para ver pasar hilandera por, o seguirla desde la distancia.

A medida que los días eran más largos ahora, había más gente en el camino.

Pero esta separación no podría ser prolongada para los amantes impacientes, y una tarde de domingo, Roseta, inactiva, cansada de caminar delante de la puerta de su casa, y creyendo que vio Tonet en todos los que estaban de paso en los caminos vecinos, se apoderó de un jarra verde barnizada, y le dijo a su madre que iba a traer agua de la fuente de la Reina.

La madre le permitió ir. Ella debe desviar a sí misma; pobre niña! ella no tiene amigos y se debe permitir que los jóvenes afirman su cuenta.

La fuente de la Reina era el orgullo de toda la parte de la huerta, condenada al agua de los pozos y el líquido rojo y fangoso que corría a través de los canales.

Estaba frente a una alquería abandonada, y era viejo y de gran mérito, de acuerdo con el más sabio de la huerta, la obra de los moros, según Pimentó, un monumento de la época en que los apóstoles bautizaban los pecadores como ellos recorrió el mundo, por lo que Oracle, tío Tomba, declara con majestuosidad.

Por las tardes, pasando por el camino, bordeado por álamos con su follaje agitado de plata, uno puede ver a grupos de niñas con sus lanzadores celebró inmóvil y erguido sobre su cabeza, recordando a uno con su paso rítmico y sus esbeltas figuras de la canasta griega portadores.

Este desfiladero dio a la huerta valenciana en una especie de sabor bíblico, sino que recuerda la poesía árabe, que canta de la mujer junto a la fuente con el cántaro sobre su cabeza, uniendo en el mismo cuadro las dos pasiones más vehementes del oriental: la belleza y el agua .

La fuente de la Reina era una piscina de cuatro lados, con paredes de piedra roja y el agua por debajo del nivel del suelo. Un descendiente de una media docena de pasos, siempre resbaladizo y verde con la humedad. En la superficie del rectángulo de piedra frente a las escaleras un bajorrelieve previsto, pero las cifras son indistintos, era imposible distinguirlos por debajo de la capa de cal.

Probablemente fue la Virgen rodeada de ángeles, una obra de arte bruto y simple de la Edad Media, algunos exvoto de la época de la conquista; pero con algunas generaciones recogiendo las piedras, con el fin de marcar mejor las figuras borradas por los años, y otras blancas lavándolas con el repentino impulso de la curiosidad bárbara, había dejado la losa de tal condición que nada más que la forma sin forma de una mujer se podía distinguir, a la reina que dio su nombre a la fuente: la reina de los moros, como todas las reinas necesariamente debe existir en todos los cuentos de los países.

Tampoco era los gritos y la confusión de un pequeño asunto aquí en las tardes de domingo. Más de treinta jóvenes se agolpaban junto a sus lanzadores, con el deseo de ser el primero en llenarlos, pero no tiene prisa por irse. Ellos empujaron unos a otros en la estrecha escalera, con sus faldas recogidas entre sus miembros, con el fin de inclinarse y hundir el cántaro en la piscina, cuya superficie temblaba con las burbujas de agua que continuamente surgían desde el fondo de la arena, donde grupos de plantas gelatinosas estaban creciendo, mechones verdes de pelo-como fibras, ondeando en la prisión de cristal líquido, temblando con el impulso de la corriente. -Patrones de agua La inquietud cruzó la superficie transparente con sus delicadas patas.

Los que ya habían llenado sus lanzadores se sentó en el borde de la piscina, las piernas colgando sobre el agua y atrayéndolos con gritos escandalizados cuando un niño se acercó a beber y los miró.

Fue una reunión de gamin turbulento. Todos hablaban al mismo tiempo, se insultaban, se desollaban los ausentes, dejando al descubierto todo el escándalo de la huerta, y los jóvenes, libres de severidad paterna, desechar la expresión hipócrita asumida por la casa, dejando al descubierto una agresividad característica del inculto que carecen de expansión. Estas morenas angélicos, que cantaban canciones a la Virgen y letanías en la iglesia de Alboraya en voz tan baja que se celebraba la fiesta de las mujeres solteras, ahora en la soledad, se convirtió audaz y animado su conversación con las maldiciones de un carretero, hablando de secreto las cosas con la calma de las mujeres de edad.

Roseta llegó aquí con su cántaro, sin haber conocido a su prometido en el camino, a pesar del hecho de que ella había caminado lentamente y había vuelto la cabeza con frecuencia, esperando a cada momento para ver lo ven fuera de una ruta.

La ruidosa fiesta en la fuente se convirtió en silencio al verla. La presencia de Roseta en un principio causó estupefacción: algo así como la aparición de un moro en la iglesia de Alboraya, en medio de la misa mayor. ¿Por qué este pobre vino aquí?

Roseta recibió dos o tres que eran de la fábrica, pero se pellizcó los labios con una expresión de desprecio y casi no le respondió.

Los otros, se recuperaron de la sorpresa, y no queriendo reconocer al intruso, incluso el honor de silencio, continuó hablando como si nada hubiera pasado.

Roseta descendió a la fuente, llenó la jarra y se puso de pie, lanzando miradas ansiosas por encima de la pared, sobre todo alrededor de la llanura.

"La mirada, mirar hacia otro lado, pero él no va a venir!"

Era una sobrina de Pimentó que dijo esto, la hija de una hermana de Pepeta, una chica nerviosa oscuro, con una nariz respingona e insolente, orgullosa de ser una hija única, y del hecho de que su padre era arrendatario de nadie, como los cuatro campos que trabajaba eran suyos.

Sí, ella podría ir a buscar todo lo que quisiera, pero él no quiso venir. ¿Acaso los otros saben que ella esperaba? Su prometido, el sobrino del tío Tomba: una multa arreglo!

Y las treinta bocas crueles rieron y rieron como si cada risa era un bocado, y no porque lo consideraban una gran broma, pero con el fin de aplastar a la hija del odiado Batiste.

La pastora! ... La pastora divina!

Roseta se encogió de hombros con indiferencia. Ella estaba esperando esto: por otra parte, las bromas de la fábrica habían embotado su sensibilidad.

Ella tomó la jarra y bajó las escaleras, pero en el fondo la vocecita imitación de la sobrina de Pimentó la abrazó. ¿Cómo ese pequeño insecto podría picar!

"No iba a casarse con el nieto del tío Tomba. Era un pobre tonto, muriendo de hambre, pero muy honorable e incapaz de llegar a ser relacionado con una familia de ladrones."

Roseta casi dejó caer el cántaro. Ella se puso rojo como si las palabras, desgarrando su corazón, habían hecho todo lo que la sangre de su cara, y luego se volvió pálido.

"¿Quién es el ladrón? ¿Quién?" -preguntó con voz temblorosa, lo que hizo que todos los demás en la risa fuente.

¿Quién? Su padre. Pimentó, su tío, lo sabía bien, y en la taberna de Copa nada más se discutió. ¿Creían que el pasado podría estar oculto? Habían huido de su propio pueblo, ya que se conocen no demasiado bien: por eso había venido aquí, para tomar posesión de lo que no era suyo. Incluso habían oído que el señor Batiste había estado en la cárcel por crímenes horribles.

Y así, la pequeña víbora siguió hablando, derramando todo lo que había oído en su casa y en la huerta: las mentiras forjada por los compañeros disolutos en la taberna de Copa, todo inventado por Pimentó, que fue creciendo cada vez menos dispuestos a atacar a la cara Batiste a cara, y estaba tratando de molestarlo, para perseguir y herirlo con insultos.

La determinación de que el padre de repente surgió en Roseta. Temblando, tartamudeando de ira, y con los ojos inyectados en sangre, dejó caer el cántaro que se rompió en pedazos empapando las chicas más cercanas, que protestaron en un coro, llamándola una criatura estúpida. Pero ella no estaba de humor para tomar nota de esas cosas!

"Mi padre ..." -gritó, avanzando hacia el que había insultado. "Mi padre un ladrón? Dilo de nuevo y voy a romper la cara!"

Pero la chica de pelo negro no tenía que repetirlo, porque antes de que pudiera abrir la boca, recibió un golpe en la boca y los dedos de Roseta fijado a sí mismos en su pelo. Instintivamente, impulsado por el dolor, se aferró el pelo rubio de la hilandera, a su vez, y durante algún tiempo los dos se veía luchando juntos, se inclinó, derramando gritos de dolor y locura, con la frente casi tocando el suelo, arrastrados de un lado a los remolcadores crueles que cada uno de ellos le dio en la cabeza del otro. El pelo-pins cayó, soltando las trenzas, las fuertes cabezas de cabellos parecían banderas de la guerra, no flotantes y victoriosos, pero arrugado y desgarrado por las manos de su oponente.

Pero Roseta, más fuerte o más furiosa, logró desenganchar sí misma, y se va a arrastrar a su enemigo con ella, tal vez para darle una paliza, porque ella estaba tratando de quitarse la zapatilla con la mano libre, cuando ocurrió un irritante, brutal, escena inaudita.

Sin ningún acuerdo verbal, como si todo el odio de sus familias, todas las palabras y maldiciones oídas en sus hogares, había subido en ellos de un salto, todos se lanzaron junto a la hija de Batiste.

"¡Ladrón! ¡Ladrón!"

En un abrir y cerrar de ojos, Roseta desapareció debajo de los brazos iracundos. Su rostro estaba cubierto de arañazos, ella se llevó por la lluvia de golpes, aunque no pueda caer, por el aplastamiento de sus enemigos impedido ella, pero impulsada de un lado al otro, terminó tirando la cabeza hacia abajo a lo largo de las piedras resbaladizas, golpeando la frente en un ángulo de la piedra.

Blood! Era como la fundición de una piedra en un árbol cubierto de gorriones. Ellos se fueron volando, todos ellos, corriendo en diferentes direcciones, con sus cántaros en la cabeza, y en poco tiempo, nadie se podía ver en las proximidades de la fuente de la Reina, pero pobre Roseta, que con el pelo suelto, faldas desgarradas, la cara sucia de polvo y sangre, se fue llorando a casa.

Como su madre gritó cuando vio entrar! Cómo protestó al ser dicho de lo que había ocurrido! Esa gente era peor que Judios! Señor! Señor! Podrían producirse este tipo de delitos en una tierra de cristianos?

Era imposible vivir. Ellos no habían hecho lo suficiente ya con los hombres de ataque pobre Batiste, perseguirle y le calumniando ante el Tribunal, y la imposición de multas injustas sobre él. Ahora aquí se persiguen estas chicas su pobre Roseta, como si ese niño infortunado había hecho nada malo. ¿Y por qué todo esto? Debido a su deseo de ganarse la vida y el trabajo, sin ofender a nadie, como Dios había mandado.

Batiste se puso pálido mientras miraba a su hija. Dio unos pasos hacia la carretera, mirando a la granja-casa de Pimentó, cuyo techo se destacó detrás de las cañas.

Pero se detuvo y finalmente comenzó a reprocharle su hija suavemente. Lo que había ocurrido le enseñaría a no ir a caminar por la huerta. Deben evitar todo contacto con los demás: vivir juntos y unidos en la masía y que no deje estas tierras que eran su vida.

Sus enemigos, tenga mucho cuidado de no buscarlo en su propia casa.

La cabaña de Vicente Blasco Ibáñez

VI

Una avispa zumbido, el murmullo de una colmena, era lo que los habitantes de la huerta oídas al pasar delante de la fábrica de Cadena por la carretera que conduce al mar.

Una espesa cortina de álamos se cerró en la pequeña plaza formada por la calle, ya que se amplió ante el montón de viejos tejados, paredes agrietadas y pequeñas ventanas negras de la planta, esta última una estructura antigua y ruinoso erigida sobre el canal y sobre la base de gruesos contrafuertes, entre los que se vierte en cascada formación de espuma del agua.

El lento, el ruido monótono que parecía salir de entre los árboles salió de la escuela de don Joaquín, situado en una casa de campo oculto por la hilera de álamos.

Nunca se sabía peor presentado, aunque la sabiduría no a menudo, por cierto, habitan en los palacios.

Una vieja barraca, sin más luz que la de la puerta y lo que se filtraba por las grietas de los techos: las paredes de la blancura dudosa, por la esposa del maestro, una señora gruesa que vivía en su silleta de esparto, aprobó la día escuchando a su marido y lo admira, unos cuantos bancos, tres alfabetos mugrientos, rotos por los extremos, sujeta a la pared con trozos de pan masticado, y en la habitación contigua a la escuela unos pocos muebles antiguos que parecían haber golpeado aproximadamente la mitad de España.

En toda la barraca había un nuevo objeto: el bastón largo que el maestro mantuvo detrás de la puerta y que se renueva cada dos días a partir de las cañas cerca del establecimiento era muy afortunado de que el material era tan barato, porque fue rápidamente utilizado en los discos, las cabezas cortadas de cerca de esos pequeños salvajes.

Sólo tres libros se podía ver en la escuela, el mismo cebador sirve para todos. ¿Por qué debería haber más? Reinaba el método árabe; cantarina y la repetición, hasta que con el continuo golpeteo que tienes cosas en la cabeza dura.

Por lo tanto, desde la mañana hasta la noche del caserío antiguo enviado de la puerta de un sonsonete tedioso que todos los pájaros del barrio se burlaban.

"Nuestra ... fa ... ther, que ... arte ... en el cielo."

"Santo ... María ..."

"Dos veces dos ... fo ... hasta"

Y los gorriones, los pardillos y las alondras calendario que huyeron de los jóvenes al verlos en una banda en las carreteras, se posó con la mayor confianza en los árboles más cercanos, e incluso saltaban arriba y abajo con sus pequeños pies elásticos antes del puerta de la escuela, riendo escandalosamente a sus feroces enemigos al verlos así

enjaulados, bajo la amenaza de la vara, condenado a mirar de reojo, sin moverse, y repitiendo la misma canción aburrida y desagradable.

De vez en cuando el coro se calmó y la voz de Don Joaquín se levantó majestuosamente, derramando su caudal de conocimientos en un arroyo.

"¿Cuántas obras de misericordia están ahí?"

"Dos veces siete es el número?"

Y rara vez se le satisfecho con las respuestas.

"Ustedes son un montón de tontos. Te sientas allí escuchando, como si estuviera hablando griego. ¡Y pensar que yo te trato con toda cortesía, como en un colegio de la ciudad, por lo que puede aprender buenas formas y sabe cómo hablar como las personas de cría ... En fin, que tener a alguien a imitar Pero eres tan bruto e ignorante como sus padres, que también son deshonestos: no tienen dinero para ir a la taberna y se inventan mil excusas para no darme sábados los dos policías que se deben conmigo".

Y anduvo arriba y abajo indignados como él siempre estaba cuando se quejó de las omisiones Sábado. Se podía ver en su pelo y en su figura, que parecía estar dividido en dos partes.

A continuación, sus rasgados cáñamo sandalias de siempre manchadas de barro: sus viejos pantalones de tela, sus manos ásperas y escamosas, que retienen en las fisuras de la piel de la suciedad de su pequeña huerta, un cuadrado de jardín-camión que tenía en frente de la casa de la escuela, y muchas veces esos productos fueron todos los que entraban en su guiso.

Pero desde la cintura hacia arriba su nobleza se mostró, "la dignidad del sacerdote del conocimiento", como diría él, lo que lo distingue de toda la población de las alquerías, los gusanos sujeta a la gleba, una corbata de colores fuertes sobre su sucia pechera, bigote gris y erizado, cortando su rostro regordete y rubio, y una gorra azul con visera de hule, recuerdo de uno de los muchos puestos que había llenado en su accidentada carrera.

Esto fue lo que le consolaba de su pobreza, especialmente la corbata, que nadie más en todo el distrito llevaban, y que exhibe como un signo de suprema distinción, una especie de vellocino de oro, por así decirlo, de la huerta.

La gente de la barracas respetado Don Joaquín, aunque en lo relativo a la asistencia de su pobreza eran negligentes y perezosos. Lo que el hombre había visto! ¿Cómo había viajado por el mundo! Varias veces al employé ferrocarril, otras veces ayudando a recaudar impuestos en las provincias más remotas de España, que era incluso dijeron que había sido policía en Estados Unidos. En resumen, fue un "alguien" en circunstancias reducidas.

"Don Joaquín", su valiente esposa decía, que siempre era el primero en darle su título, "nunca ha visto a sí mismo en la posición en que se encuentra hoy, somos una buena familia desgracia nos ha llevado a esto, pero. en nuestro tiempo, hemos hecho un montón de dinero".

Y las malas lenguas de la huerta, a pesar del hecho de que a veces se olvidó de enviar las dos monedas de cobre para la instrucción sábados, respetado Don Joaquín como un ser superior, reservándose el derecho de hacer un poco de deporte de la chaqueta corta, que era verde y tenía colas cuadrados, y que llevaba en días festivos, cuando cantó en la misa mayor en el coro de la iglesia de Alboraya.

Impulsado por la pobreza, que había aterrizado allí con su mejor medio obeso y flácido como hubiera aterrizado en otro sitio. Él ayudó al secretario de la aldea con el trabajo adicional; se preparaba con hierbas que sólo él conocía ciertos brebajes que logra maravillas en las barracas, donde todos admitieron que ese viejo amigo sabía mucho, y sin el título de maestro de escuela, pero sin miedo a que nadie más intentaría arrebatarse una escuela que no traen suficiente incluso para comprar pan, sucedido por mucha repetición y muchos azotes, en la enseñanza de todos los erizos de cinco o diez años, que en días lanzaron piedras a los pájaros, robaban la fruta, y persiguieron a los perros en los caminos de la huerta, de deletrear y de guardar silencio.

Cuando el amo había salido? Todas las esposas de los vecinos sabían, más allá de la churrería. Y en vano se les pidió más explicaciones, porque en lo que se refiere a la geografía de la huerta, todos aquellos que no hablan valenciano son de la churrería.

Don Joaquín tuvo poca dificultad en la toma de sus alumnos lo entiendan y que les impide tener miedo a castellano. Había algunos que habían pasado dos meses en la escuela y que se abrieron los ojos como platos y se rascó la parte posterior de la cabeza sin entender lo que el maestro que utiliza las palabras nunca escuchó antes en su escuela les dijo.

Como el buen hombre sufrió! El que atribuye todos los triunfos de su enseñanza a su refinamiento, su distinción de las costumbres, a su uso de un buen lenguaje, como su esposa declaró!

Cada palabra que sus alumnos pronuncian mal (y no se pronuncia un pozo), le hizo gemir y levantar las manos con indignación hasta que tocaron el techo ahumado de su escuela-casa. Sin embargo, él estaba orgulloso de la urbanidad con que trataba a sus alumnos.

"Usted debe mirar a esta escuela-casa humilde", solía decir a los veinte jóvenes que se agolpaban y empujaron unos a otros en los bancos estrechos, escuchándolo medio aburrido y medio-miedo de su rota ", como un templo de la cortesía . y buena crianza Temple, fue lo que dije es la antorcha que brilla y disuelve la oscuridad bárbara de esta huerta Sin mí, ¿qué estarías bestias, y perdónenme la palabra;?..? lo mismo que vuestros padres dignos que yo No deseo ofender! Pero con la ayuda de Dios debe salir de aquí educada, capaz de presentar a sí mismos en cualquier lugar, ya que han tenido la suerte de encontrar a un maestro como yo. ¿No es así? "

Y los chicos respondieron con Noddings furiosos, algunos golpeando sus cabezas contra las cabezas de sus vecinos, e incluso a su esposa, se trasladó por el templo y la antorcha,

dejaron de tejer sus medias y empujados hacia atrás la silleta de esparto para envolver a su marido en una mirada de admiración.

Se cuestionaría toda la banda de pilluelos sucios cuyos pies estaban desnudos y cuyos faldones se encontraban en el aire, con sorprendente gentileza:

"Vamos a ver, Señor de Lopis; aumento."

Y Señor de Lopis, un Mucker de siete años con pantalones cortos hasta la rodilla, sostenidos por una liga, cayó de su banco y se puso en posición de firmes ante el maestro, mirando de reojo a la terrible bastón.

"Desde hace algún tiempo, he estado observando picarse la nariz y haciendo bolitas de un hábito desagradable, Señor de Lopis creas tu amo te dejaré pasar esta vez porque usted es trabajador y sabe que su tabla de multiplicar...; pero el conocimiento no es más que buena educación es deficiente, no se olvide que, Señor de Lopis ".

Y el chico que hizo las bolitas de acuerdo con todo, muy contento de conseguir sin un azote. Pero otro gran chico que estaba sentado a su lado en el banco y que debió de ser nutritiva algún viejo rencor, al verlo de pie, le dio un pellizco traicionero.

"Oh, oh, señor!" -exclamó el muchacho. "" Orse cara 'me pellizó!"

Lo que no era la indignación de Don Joaquín? Lo que más excitado su cólera era el cariño de los chicos tenían para llamarse por apodos de su padre e incluso para inventar otras nuevas.

"¿Quién es" Orse-Face '? Señor de Peris, probablemente significa. ¿Qué modo de dirección es que, a grandes cielos! Uno podría pensar que estaba en una casa de beber Si al menos hubieras dicho desgaste Horse-Face! enseñar a ti mismo tan idiotas! Brutos! "

Y levantando su bastón, comenzó a distribuir sonoros golpes a cada uno, a la una para la pizca y el otro para la "impropiedad del lenguaje", como Don Joaquín expresó, sin parar sus golpes. Y sus golpes eran tan ciegos que los otros chicos en los bancos se redujeron en conjunto, cada uno esconde su cabeza en el hombro de su vecino, y un pequeño compañero, el hijo menor de Batiste, asustado por el ruido de la caña, tuvo un movimiento de la intestinos.

Esto aplaca el maestro, le hizo recuperar su majestad perdida, mientras que el público bien goleó recogió sus narices.

"Doña Pepa", le dijo a su esposa: "tome Señor de Borrull lejos, porque está enfermo, y le limpia después de la escuela."

Y la vieja, que tenía una cierta consideración a los tres hijos de Batiste, porque pagaron su marido todos los sábados, se apoderó de la mano del Señor de Borrull, que abandonó la escuela a pie tambaleándose sobre sus débiles piernas poco, sin dejar de llorar por el miedo, y mostrar un poco más de su faldón de la camisa por la parte trasera de apertura de sus pantalones.

Estos incidentes llegaron a la conclusión, se continuó la lección-cantar, y la arboleda temblaban de indignación, su filtración a través del follaje susurro monótono.

A veces se oye un sonido melancólico de las campanas y toda la escuela se llenó de alegría. Era el rebaño de edad Tomba se acerca, todos sabían que cuando el anciano llegó con su rebaño, siempre había un par de horas de libertad.

Si el pastor era hablador, el maestro era ni un ápice a sus espaldas, ambos lanzados a cabo una conversación interminable, mientras que los alumnos dejaron los bancos y estuvieron cerca para escuchar, o deslizarse tranquilamente, se fue a jugar con las ovejas que pastaban en el hierba de las pistas cercanas.

Don Joaquín le gusta el viejo. Él había visto el mundo, le mostró el respeto de los que le hablaba en castellano, tenía un conocimiento de las hierbas medicinales, y sin embargo, no tomó de él sus propios clientes y, en definitiva, era la única persona en la huerta digna de disfrutar amigable relaciones con él.

Su aspecto era siempre la presencia de las mismas circunstancias. En primer lugar las ovejas llegó a la escuela-puerta, metió la cabeza en, olfateó con curiosidad y se retiró con un cierto desprecio, convencido de que no había comida aquí aparte de intelectual, y que de poco valor; después tío Tomba apareció caminando con confianza en este región conocida, sosteniendo el cayado, la única ayuda de su vista no, frente a él.

Se sentaba en el banco de ladrillo junto a la puerta del maestro, y el maestro y el pastor iba a hablar, en silencio admirado por Doña Josefa y los chicos mayores de la escuela, que se acercaba lentamente y formar un grupo en torno a ellos.

Old Tomba, que sería incluso hablar con sus ovejas a lo largo de las carreteras, habló lentamente al principio como un hombre que teme revelar sus limitaciones, pero la charla del maestro le daba coraje y pronto iba a sumergirse en el vasto mar de la eterna historias. Él se lamentaba sobre el mal estado de España, más de lo que los que venían de Valencia, dijo en la huerta, más malos gobiernos en general que tienen la culpa de las malas cosechas, y él siempre terminaba repitiendo la misma cosa:

"Aquellos tiempos, Don Joaquín, aquellos tiempos míos eran diferentes. Usted no lo sabía, pero su propia fueron mejores que éstos. Se está poniendo peor y peor. Basta pensar lo que todos estos jóvenes se ven cuando son los hombres!"

Esto siempre fue la introducción de su historia.

"Si tan sólo hubieras visto a los seguidores de la fliar!" (. El pastor nunca pudo decir fraile) "Ellos eran verdaderos españoles, ahora sólo hay fanfarrones en la taberna de Copa tenía dieciocho años de edad;. Tenía un casco con un águila de cobre que tomé de un hombre muerto y un arma más grande que yo mismo. Y la fliar! ... ¡Qué hombre! Ellos hablan ahora del general Fulano de Tal. Mentiras, todas las mentiras, ¿dónde Padre Nevot era, no había nadie más! Deberías haberle visto con la sotana escondido arriba, en su rocín, con su curvo sable y pistolas Cómo Galopamos veces aquí, a veces en la provincia de Alicante-, entonces cerca de Albacete: isiempre estaban los talones, pero hicimos picadillo de carne de todos los franceses que lo atrapó. me parece que los veo todavía: musió ... misericordia y yo, barra, barra, y una bayoneta de empuje limpio "!

Y el viejo arrugado se envalentonó y se levantó, sus ojos oscuros brillaban como ascuas aburridos y él blandiendo su bastón de pastor, como si aún estuviera traspasando al

enemigo con su bayoneta. Luego vino el consejo, y detrás el viejo tipo se levantó un hombre toda fiereza, con un corazón implacable duro, producto de una guerra a muerte. Sus instintos feroces aparecieron, los instintos que tenía, por así decirlo, se petrifican en su juventud, y por lo tanto hacen impermeables a la huida del tiempo. Se dirigió a los chicos en valenciano, compartiendo con ellos el fruto de su experiencia. Deben creer lo que les dijo, porque había visto mucho. En la vida, la paciencia para tomar venganza contra el enemigo, para esperar el balón, y cuando se trata, para golpear con fuerza. Y mientras le daba estos consejos, le guiñó un ojo a sus ojos, que en los huecos de las profundas cuencas parecía estrellas moribundas en el punto de las treguas. Contó con malicia senil un pasado de luchas en la huerta, un pasado de emboscadas y estratagemas, y de un absoluto desprecio por la vida de los semejantes de uno.

El capitán, temiendo el efecto moral de esta en sus alumnos, sería desviar el curso de la conversación, hablando de Francia, que fue el más grande de memoria de tío Tomba.

Era un tema de una hora de duración. Conocía ese país, así como si hubiera nacido allí. Al Valencia se rindió al mariscal Suchet, que había sido hecho prisionero junto a varios miles más a una gran ciudad-Toulouse. Y se entremezclan en la conversación las palabras francesas horriblemente mutilados que todavía recordaba después de tantos años. ¡Qué país! Hay hombres andaban con sombreros blancos de peluche, abrigos de colores con cuello llegando hasta la parte posterior de la cabeza, botas altas como las botas de montar, y las mujeres con faldas como flautas vainas, tan estrechos que mostraron todos ellos encerrados, y así siguió hablando de los trajes y costumbres de la época del Imperio, imaginando que todo continuaba y que Francia de hoy era como era a principios de siglo.

Y mientras él relata en detalle todos sus recuerdos, el maestro y su esposa escucharon atentamente, y algunos de los chicos, aprovechando el receso inesperado, se deslizaron fuera de la escuela-casa, atraídos por las ovejas, que huyó de ellos a partir de la diablo en persona. Para que llevaron las colas y los agarraron por las piernas, lo que obligó a caminar sobre sus patas delanteras, y les enviaron a rodar por las pistas o tratado de montar en su sucia lana; las pobres criaturas protestaron con balidos suaves en vano, el pastor no los había oído, absorto como estaba en contar con gran entusiasmo de la agonía del último francés que había muerto.

"¿Y cuántos se cayó?" el maestro le preguntaba al final de la historia.

"Una cuestión de ciento veinte o treinta. No recuerdo exactamente."

Y el marido y la esposa intercambiarían una sonrisa. Desde la última vez que el total había aumentado en un veinte. Con el paso de los años, sus proezas y el número de víctimas aumentó.

Los lamentos de la grey atraerían la atención del maestro.

"Señores", que iban a llamar a los jóvenes erupción mientras tomaba su rattan, "vienen aquí, todos ustedes. ¿Se imagina usted puede pasar el día disfrutando de ti mismo? Este es el lugar de trabajo."

Y para demostrarlo con el ejemplo, él blandiendo su bastón de modo que era una delicia verlo conduciendo de vuelta todo el rebaño de jóvenes juguetones en el aprisco de conocimientos con los golpes.

"Con su permiso, tío Tomba:. Hemos estado hablando más de dos horas tengo que seguir con la lección."

Y mientras el pastor, cortésmente rechazado, guiada sus ovejas hacia el molino para repetir sus historias allí, comenzó una vez más en la escuela que el canto de la tabla de multiplicar, que era gran símbolo de aprender de don Joaquín.

Al ponerse el sol, los chicos cantaron su última canción, dando gracias al Señor ", porque los había ayudado con su luz," y cada uno tomó de nuevo su cena-bag. Como las distancias en la huerta no eran pequeñas, los jóvenes se salen de sus casas en la mañana con disposiciones suficientes para pasar todo el día en la escuela, y los enemigos de Don Joaquín llegó a decir que uno de sus castigos favoritos era quitarles sus raciones para así complementar las deficiencias de la cocina de Doña Pepa.

Viernes, cuando la escuela estaba fuera, los alumnos siempre escucharon la misma oración.

"Señores: Mañana es sábado: recordar a sus madres y les digo que el que no trae a sus dos monedas de cobre no se permite en la escuela te digo esto en particular, el señor de ... tal y tal, y usted. , el señor de ... Fulano de Tal "(y él enumerar una docena de nombres). "Durante tres semanas no ha traído la suma convenida, y si esto sigue así, se va a demostrar que la instrucción no es posible, y aprender impotente para luchar contra la barbarie innata de estas regiones rústicas aporto todo:. Mi erudición, mis libros . "(y él sería echar un vistazo a los tres cebadores cartas que su esposa recogió con cuidado para guardarlos en la antigua oficina)", y que no contribuyen en nada Bueno, lo que he dicho, he dicho: Cualquiera que llegue el mañana vacía mano no va a pasar ese umbral. Notifique a sus madres "

Los chicos se formarían en las parejas, la celebración de unos a otros las manos (lo mismo que en las escuelas de Valencia, ¿qué creen?), Y salir, después de besar la mano callosa de don Joaquín y repitiendo con soltura cuando pasaban cerca de él:

"Adiós, hasta mañana, por la gracia de Dios."

El maestro les acompañaría a la pequeña fábrica de cuadrados que era como una estrella de carreteras y caminos, y allí la formación se dividió en pequeños grupos dispersos en diferentes secciones de la llanura.

"Ten cuidado, mis señores, tengo un ojo en ti", exclamó Don Joaquín como una última advertencia. "Cuidado cuando te roban la fruta, tirar piedras o saltar sobre los canales. Tengo un pajarito que me dice todo y si mañana me entero de algo malo, mi ratán jugará el deuce con usted."

Y de pie en la pequeña plaza, siguió con la mirada el grupo más numeroso, que se alejaba por el camino Alboraya.

Estos pagan los mejores. Entre ellos caminaban los tres hijos de Batiste, para los que muchas veces el camino se había convertido en una forma de sufrimiento.

De la mano de los tres trató de seguir los otros muchachos, que ya vivían en la casa de campo junto al antiguo Batiste, sentían el mismo odio que sus padres para él y para su familia y nunca perdió una oportunidad para atormentarlos.

Las dos mayores sabían cómo defenderse, y con un cero más o menos uniforme salieron victoriosos a veces.

Sin embargo, el más pequeño, Pascualet, una grasa stomached poco muchacho que tenía cinco años de edad y quien su madre adoraba por su dulzura y suavidad, y esperaba hacer un capellán, rompió a llorar en el momento que vio a sus hermanos que participan en conflictos graves con sus condiscípulos.

Muchas veces los dos niños mayores llegaría a casa cubierto de sudor y polvo, como si hubieran sido revolcarse en el camino, con los pantalones rotos y la camisa desabrochados. Estos fueron los signos de combate, el pequeño dijo todo con lágrimas. Y la madre tenía que atender a uno u otro de los chicos más grandes, lo que hizo presionando un centavo pieza en la protuberancia por alguna piedra traicionera.

Teresa estaba muy molesto al enterarse de los ataques a los que se somete a su hijo. Pero ella era una mujer valiente bruto que había nacido en el país, y cuando se enteró de que sus hijos se habían defendido bien y nos dieron una buena paliza al enemigo, ella volvería a recuperar su calma.

Buen Dios! han de tener cuidado de Pascualet primero de todos. Y el hermano mayor, indignado, le prometía una paliza a toda la tripulación mal cuando se encontró con ellos en las carreteras.

Las hostilidades comenzaron todas las tardes, así como don Joaquín perdió de vista.

Los enemigos, hijos o nietos de los de la taberna, que amenazaban con poner fin a Batiste, comenzaron a caminar más lentamente, reduciendo la distancia entre ellos y los tres hermanos.

Las palabras del maestro, sin embargo, y la amenaza del maldito pájaro que vio y le dijo a todo, todavía estarían en el vestuario, algunos se rieron, pero en el lado equivocado de la boca. Ese anciano sabía mucho como!

Pero el más lejos llegaron, menos eficaz se convirtió en la amenaza del maestro.

Ellos comenzarían a hacer cabriolas alrededor de los tres hermanos, y entre risas perseguirse, un mero pretexto malicioso, inspirado por la hipocresía instintiva de la juventud, para empujarlos mientras corrían por, con el piadoso deseo de aterrizar en el canal que corría a lo largo la carretera.

Después, cuando esta maniobra tuvo éxito, podrían recurrir a los golpes en la cabeza y tira de repente mientras corrían por a toda velocidad.

"¡Ladrones Ladrones!"

Y mientras lanzaban este insulto, ellos tirarían sus oídos y salir corriendo, sólo para dar vuelta después de un poco y repetir las mismas palabras.

Esta calumnia, inventada por los enemigos de su padre, hizo que los chicos absolutamente frenético. Los dos mayores, abandonando Pascualet, que se refugió

llorando detrás de un árbol, se apoderarían de piedras y una batalla comenzaría en el medio de la carretera.

Los adoquines silbaba entre las ramas, por lo que las hojas se caen en las duchas, y rebotan contra los troncos y pendientes: los perros atraídos por el ruido de la batalla, se precipitaban hacia fuera de las barracas ladrando ferozmente, y las mujeres de las puertas de sus casas serían levantar los brazos al cielo, gritando indignado-

"¡Diablos! Rascals"

Estos escándalos tocaron Don Joaquín a la rápida y dieron impulso al día siguiente a la caña implacable. ¿Qué diría la gente de su escuela, el templo de la buena educación!

La batalla no terminará hasta que algún paso carretero se blandir el látigo, o hasta que un viejo amigo vendría de la barracas, garrote en mano, cuando los agresores huían, y dispersar, arrepentido de su acción al verse solo, pensando temor, con el cambio rápido de las impresiones propias de la infancia, de ese pájaro que lo sabía todo y de lo que Don Joaquín tendría reservado para ellos al día siguiente.

Y mientras tanto, los tres hermanos seguirían su camino, frotándose las magulladuras que habían recibido en la batalla.

Una tarde, pobre mujer de Batiste envió un grito al cielo al ver el estado en el que llegaron a sus crías.

La batalla había sido una fiera! ¡Ah! los bandidos! Los dos mayores estaban magullados, como de costumbre, nada de qué preocuparse.

Pero el niño, el obispo, ya que su madre lo llama cariñosamente, estaba mojado de pies a cabeza, y el pobre hombre estaba llorando y temblando de frío y de miedo.

Los bribones jóvenes salvajes lo habían arrojado a un canal de agua estancada y sus hermanos habían pescado sacarlo cubierto de barro negro asqueroso.

La madre lo puso a dormir, para el pobre chiquillo seguía temblando en sus brazos, aferrándose al cuello, y murmurando con una voz que sonaba como el balido de un cordero,

"Madre, madre!"

"Señor Dios nos dé paciencia!" Toda esa chusma base, grande y pequeño, había decidido poner fin a toda la familia.

La cabaña de Vicente Blasco Ibáñez

VII

SAD y con el ceño fruncido, como si fuera a un funeral, Batiste comenzó adelante un jueves por la mañana en la carretera de Valencia. Era día de mercado de caballos en el lecho del río y la pequeña bolsa de tela de saco que contiene el resto de sus ahorros sobresalía su faja.

Desgracias vertían sobre la familia en un flujo constante. El pasado y el clímax apropiado sería ahora que el techo cayera sobre sus cabezas y les aplastará a la muerte. Lo que la gente! Es un lugar que se había metido en!

El niño fue progresivamente empeorando, y temblaba de fiebre en los brazos de su madre, mientras que el segundo lloraba continuamente. Fue visitado dos veces al día por el médico, en definitiva, se trataba de una enfermedad que le iba a costar doce o quince dólares,-una mera bagatela, por así decirlo.

El hijo mayor, Batistet, apenas podía andar. Su cabeza todavía estaba envuelto en vendas y su cara surcada de arañazos, después de una gran batalla que había tenido una mañana con otros niños de su misma edad que iban como él para recoger estiércol en Valencia. Todos los fematers (estiércol-recolectores) del distrito se habían unido contra Batistet y el pobre muchacho no podían dejarse ver en el camino.

Los dos jóvenes habían dejado de ir a la escuela por miedo a las peleas que se verían obligados a ellos de camino a casa.

Y Roseta, pobre muchacha! ella era la más triste de todos. Su padre se puso un semblante sombrío en la casa, lanzando miradas severas a ella para recordarle que no debe mostrar sus sentimientos y que sus sufrimientos eran un ultraje a la autoridad paterna. Pero cuando estaba solo, el digno Batiste sintió apenado por la tristeza de la pobre chica. Para que una vez había sido joven él y sabía lo fuerte que caiga los sufrimientos de amor.

Todo había sido descubierto. Después de la famosa pelea en la fuente de la reina, toda la huerta chismes durante días sobre Roseta de relación amorosa con el nieto del tío Tomba.

El carnicero de grasa de vientre de Alboraya irrumpió con enojo a su sueldo-man. Ah, el gran bribón! Ahora sabía por qué se olvidó de todas sus funciones, qué pasaba sus tardes vagando por la huerta como un gitano. El señorito mimado a sí mismo en una prometida, como si tuviera los medios para mantenerla. Y lo que una prometida, gran Dios! Todo lo que tenía que hacer era escuchar a sus clientes, ya que charlaron antes de la mesa de su carnicería. Todos dijeron lo mismo: que se sorprendieron de que un hombre como él, religiosa y respetable, cuyo único defecto era un poco de trampa en el peso, debe permitir que su sueldo-hombre para estar en compañía de la hija del enemigo de la huerta, un mal hombre que, según se decía, había estado en la cárcel.

Y como todo esto para la mente del jefe grasa era una deshonra para su creación, se convertiría furioso por cada soplo de las mujeres chismosas y amenazan sus tímidos contratado-hombre con el cuchillo o reproche tío Tomba, mientras trataba de persuadirlo para reformar su nieto pícaro.

Por último, el carnicero de alta al niño y su abuelo le una posición en Valencia se encuentra en otra-carnicería, donde les pidió que no le dan ningún tiempo libre, incluso en días festivos, por lo que no sería capaz de esperar a que la hija de Batiste en la carretera.

Tonet partió sumiso, con los ojos húmedos, como uno de los corderos jóvenes que había arrastrado tantas otras veces el bisturí del maestro. Él no iba a volver. La pobre muchacha se quedó en la casa de la granja, escondiéndose en su habitación a llorar, haciendo esfuerzos para no mostrar su dolor a su madre, que, exasperado por tantas vejaciones, era muy intolerante, y antes de que su padre, que amenazó con matar si tenía otro amante y le dio a sus enemigos en el distrito más oportunidad de hablar.

Pobre Batiste, que parecía tan grave y amenazador, estaba más afligido que por cualquier otra cosa en el dolor de la niña inconsolable, su falta de apetito, su tez amarilla y ojos hundidos, y por los esfuerzos que hizo para fingir indiferencia, a pesar del hecho de que apenas durmió en absoluto: esto, sin embargo, no le impidió caminar penosamente fuera puntualmente todos los días a la fábrica con una vaguedad en sus ojos lo que demuestra que su mente estaba muy lejos, y que ella vivía perpetuamente en un estado de sueño hacia dentro .

A pesar de que no tuvieron éxito en el aplastamiento de Batiste, que, sin duda, echaron sobre él el mal de ojo, por su pobre Morrut, el viejo caballo que era como un miembro de la familia, que había llegado a la pobre mobiliario y los jóvenes por los caminos en los diversos peregrinaciones de la pobreza, poco a poco se iba debilitando en su nueva versión estable, el mejor alojamiento que había conocido en su larga vida de trabajo.

Se había comportado como un respetable equina en el peor período, cuando la familia se acababa de mudar a la granja, y él tuvo que arar la tierra maldita y petrificado con diez años de abandono, cuando había tenido que andar con paso pesado continuamente a Valencia para traer de vuelta escombros y tablas viejas de los edificios está derribado, cuando la comida no era abundante y el trabajo pesado. Y ahora, cuando antes de la pequeña ventana del establo había tendido un gran campo de hierba, fresco, alto y saludando, todo por él, ahora que tenía la mesa puesta con esa cubierta verde y jugosa que olía maravillosamente, ahora que fue creciendo la grasa, que sus patas traseras angulares y su espalda huesuda fueron completando, murió sin siquiera una razón, tal vez en el ejercicio de su derecho perfecto para descansar, después de haber ayudado a la familia a través de su tiempo de angustia y tribulación.

Se tumbó de un día sobre la paja y se negó a salir, mirando a Batiste con ojos amarillos vidriosos que silenciados todos los juramentos y amenazas enojado en los labios del maestro. Pobre Morrut parecía ser un ser humano! Batiste, al recordar su mirada, sintió

ganas de llorar. La casa de la granja era molesto, y esta desgracia por el momento hizo que la familia se olvide pobres Pascualet, que temblaba de fiebre en la cama.

La mujer de Batiste estaba llorando. Ese pobre animal cuyo rostro suave se quedó allí en el suelo había visto casi todos sus hijos vienen al mundo. Ella todavía recuerda como si fuera ayer cuando lo compró en el mercado de Sagunto, un rocín condenó pequeño, sucio, cubierto de costras. Era un miembro de la familia que estaba pasando ahora. Y cuando algunos hombres viejos repelentes llegaron en un carro para llevar el cadáver del antiguo trabajador al "cementerio", donde se convertirían su esqueleto en huesos de brillo pulido y su carne en abono, los niños lloraban y llamaban despedidas interminables a los pobres Morrut que fue arrastrado por los pies tendido rígidamente y moviendo la cabeza, mientras que la madre, como si ella se sentía un terrible presentimiento, se arrojó con los brazos abiertos sobre su niño enfermo.

Vio a su hijo pequeño cuando entró en el establo para sacar la cola de Morrut, Morrut, quien soportó todas las bromas del joven con la presentación cariñosa. Ella vio al pequeño cuando su padre lo puso en el disco la columna vertebral del animal, superando a sus pequeños pies contra los flancos relucientes y gritando: «¡Levántate! ¡Levántate!» con la voz de su balbuceo del niño. Y sintió que la muerte del pobre animal había abierto algún modo un camino para otros. Oh Dios! haz que los temores de su dolorosa madre podrían ser confundidos, que sólo el caballo largo sufrimiento para morir, y que no debería, en su camino al cielo, llevarse sobre sus flancos al pobre muchachito ahora que en otros tiempos se utilizó para llevar a lo largo de los caminos de la huerta agarrar su melena, caminando lentamente, para no hacerle perder el equilibrio!

Y el pobre Batiste, su mente preocupado por tantas desgracias, confundiendo a todos juntos en su imaginación el niño enfermo, el caballo muerto, el hijo herido y la hija con su dolor concentrado, llegó a las afueras de la ciudad y pasar por el puente de Serranos . Al final del puente, en la explanada entre los dos jardines en frente de las torres octogonales cuyos soportales góticos, proyectando barbancas y noble corona de almenas se levantó por encima de la arboleda, Batiste se detuvo y se pasó las manos por la cara.

Tenía que visitar a los maestros, los hijos de don Salvador, y pedirles que le de una pequeña suma para compensar la cantidad necesaria para comprar un caballo que tenga lugar pobre Morrut préstamo. Y a medida que la limpieza es de lujo de los pobres, se sentó en una piedra-banco, esperando su turno para tener la barba afeitada,-un crecimiento de dos semanas, tieso y erizado como púas de puercoespín, que ennegrecían todo su rostro.

A la sombra de los plátanos altos, los barberos tiendas del barrio, los barberos al aire libre como se les llamaba, ofrecían sus servicios. Un par de sillones con punta-asientos y los brazos hizo brillante por el uso, un horno portátil en la que hierve la olla de agua, toallas de color dudoso, y navajas melladas que raspa la piel dura de los clientes raspings que le hizo temblar , constituido todas las acciones en el comercio de esos establecimientos al aire libre.

Muchachos torpes que aspiraban a ser aprendices en los talleres de peluquería de la ciudad estaban allí aprendiendo a usar las armas, y mientras que aprendieron infligiendo cortes o cubriendo las cabezas de las víctimas con los clips y calvo-spots, el maestro conversaron con el clientes en el paseo-banco o leer el periódico en voz alta para el grupo que escuchó impasible.

En cuanto a los que estaban sentados en la silla de tormento, un pedazo de jabón duro se frotó sobre sus mandíbulas, hasta que llegó la espuma. A continuación, la navaja cruel, y los recortes soportaron estoicamente por el cliente, que tenía la cara teñida de sangre. Un poco más lejos resonaban las enormes tijeras en continuo movimiento que pasan adelante y atrás sobre la cabeza redonda de algunos jóvenes vano, que se quedó afeitado como un caniche, la altura de la elegancia, con un largo mechón que cae sobre la frente, y la mitad de la cabeza detrás cuidadosamente recortada.

Batiste, devorada por la fiebre-silla, escuchó con los ojos cerrados en la cabeza-barbero mientras leía en voz nasal y monótona, y comentado y glosado como un hombre muy versado en los asuntos públicos. Su afeitado resultó bastante suerte: lo único que consiguió fue tres raspaduras y un corte en la oreja. Otras veces había más. Pagó su medio real y partió, y entró en la ciudad a través de la puerta de Serranos.

Dos horas más tarde salió de nuevo y se sentó en el banco de piedra en el grupo de clientes para escuchar a la cabeza-barbero hasta el momento de llegar al mercado.

Los maestros sólo le habían prestado la pequeña cantidad que necesitaba para comprar el caballo. Ahora lo importante era tener un buen ojo para hacer su elección, para mantener la calma y no se dejó engañar por los gitanos astutos que pasaban delante de él con sus animales y se fue por la pendiente hacia el río-cama.

Once. El caballo de mercado había llegado evidentemente, su momento de mayor animación. Llegó a los oídos de Batiste el sonido confusa de algo así como un hervidero invisible; los relinchos de los caballos y las voces de los hombres se levantó del lecho del río. Vaciló, se quedó atrás, como un hombre que quiere poner fuera de una importante resolución, y al fin decidió bajar al mercado.

El lecho del río como de costumbre estaba seco. Algunos charcos de agua que se había escapado de las ruedas de agua y presas que riegan la herida normal dentro y fuera como serpientes, formando curvas e islas en un suelo que era polvoriento, caliente y desigual, más como un desierto africano que un cauce .

En esos momentos todo era blanco con la luz del sol, sin la menor mancha de sombra.

Los carros de los agricultores con sus toldos blancos forman un campamento en medio del cauce del río, ya lo largo de la barandilla, se colocan en una fila, estaban los caballos que estaban a la venta, los negros, patadas mulas con sus caparazones rojos y sus brillantes flancos todos temblando por el nerviosismo, los caballos de labor, fuerte y triste, como los esclavos condenados a trabajos eterno, mira con los ojos vidriosos a todos los que pasaban, como si adivinaba en ellos el nuevo tirano, y las pequeñas y animado regaña, pateando hasta el polvo y arrastre sobre el halter sujetan a la nariz a balón parado.

Cerca del descenso fueron los animales ya desechados; asnos sucias sin orejas; caballos tristes cuyo pelaje parecía estar atravesado por los ángulos agudos de los huesos descarnados; mulas ciegas con largos cuellos cigüeña-como, todos los náufragos del mercado, los restos de laboral, cuya piel había sido bien curtida por el palo y que esperaba la llegada del contratista de las corridas de toros o del mendigo que todavía los destinados a consumos.

Cerca de las corrientes de agua en el centro del cauce del río, en las costas que la humedad había cubierto con una capa delgada de tepes de césped, trotaban los potros que no se había roto, sus largas crines volando en el viento, y la cola barriendo el suelo. Más allá de los puentes, a través de las piedras redondas "ojos" Se podían ver las manadas de toros con sus piernas encogidas, rumiando tranquilamente la hierba que los pastores les arrojaron, o pisar perezosamente sobre el suelo caliente, sintiendo la nostalgia de pastos verdes y tomando una feroz postura cada vez que los jóvenes silbaban a los mismos desde las rejas.

La animación del mercado iba en aumento. Alrededor de cada caballo cuya venta estaba dispuesta grupos de hacinamiento de gesticular y agricultores locuaces en mangas de camisa, sus cenizas, látigos en sus manos. Los gitanos, bronce fino, con sus largas piernas arqueadas, con chaquetas de piel de oveja cubiertas con parches y pieles tapas bajo el cual sus ojos negros brillaban febrilmente, hablaban sin cesar, la respiración en los rostros de los clientes como si quisieran hipnotizar a ellos.

"Pero basta con ver el caballo! Observe sus líneas, ¿por qué, ella es una belleza!"

Y el granjero, impermeable a frases melosas del gitano, reservados, reflexivo e incierto, miraba al suelo, miró al animal, se rascó la cabeza y finalmente dijo con una especie de energía obstinada:

"Está bien ... pero no voy a dar más".

Para arreglar los términos y formalizar la venta, se buscó la protección de un cobertizo, en virtud del cual una mujer grande se vende pequeños pasteles o llena vasos pegajosos con el contenido de media docena de botellas alineadas sobre una mesa cubierta de zinc. Batiste pasó de ida y vuelta entre los caballos, sin prestar atención a los vendedores que lo perseguían, adivinando su intención.

Nada le agradaba. Ay, pobre Morrut! Lo difícil que era encontrar a su sucesor! Si no se hubiera visto obligado por la necesidad, se habría quedado sin compras: se consideró que era una ofensa al caballo muerto a fijar su atención en estas bestias repelentes.

Por fin se detuvo ante un rocín blanco, no muy gordo o liso, con algunas agallas en las piernas y un cierto aire de fatiga, una bestia de carga que, aunque abatido, se mostró muy fuerte y dispuesto.

Pero apenas si hubiera pasado la mano por las ancas del animal cuando se encontró a su lado el gitano, obsequioso, familiar, tratándolo como si le hubiera conocido toda su vida. "Ese animal es un tesoro, es fácil ver que saben buenos caballos cuando los vea Y barato: No creo que vamos a discutir sobre el precio ... Monote a caminar hacia fuera para esto! caballero puede ver lo que un giro elegante que tiene! "

Y el Monote refiere, un poco gitana, tomó el caballo del cabestro y se fue con él a lo largo de la arena desigual. El pobre animal trotaba tras él de mala gana, como si aburrido por una operación que se repite con tanta frecuencia.

Los curiosos corrieron y se reunieron alrededor de Batiste y el gitano, que estaban mirando al caballo, ya que corría. Cuando Monote regresó con el animal Batiste examinó en detalle, puso sus dedos entre los dientes amarillos, pasó las manos por todo su cuerpo, levantó sus cascos para inspeccionarlos, y miró con cuidado entre sus piernas.

"Mira, mira!" dijo el gitano, ... "Que acaba de hacer por ella Más limpio que la placa de la Eucaristía Nadie es engañado aquí,.. Todo franca y honrada que no se reparen los caballos de la manera que hacen los demás, que desfiguran un burro antes de poder llevar a su aliento. Le compré la semana pasada y que aún no arreglar esas pequeñeces que tiene en las piernas. Usted vio lo que un columpio elegante que tiene. Y para la elaboración de un carro ¿Por qué un elefante no tendría el empuje al que que tiene! Usted puede ver los signos de que hay en el cuello ".

Batiste no parecía satisfecho con su examen, pero él trató de mirar mueca disgustado y hecho y raspó la garganta. Sus desgracias como un carretero le habían dado el conocimiento de los caballos y se rió por dentro algunos de los curiosos que, influidos por las malas miradas del caballo, discutían con el gitano, diciéndole que el caballo era apto sólo para ser enviado a el cementerio. Su aspecto triste y cansado era la de las bestias de trabajo que obedecen siempre y cuando se pare sobre sus piernas.

El momento de decisión vino. Él le compre. ¿Cuánto?

"Ya que es para un amigo", dijo el gitano, tocando su hombro cariñosamente, "ya que es un buen tipo como tú, que tratará esta joya de un caballo bien, voy a dejar que se vaya por cuarenta dólares y el trato está hecho. "

Batiste recibió esta andanada con calma, como un hombre acostumbrado a tales discusiones, y sonrió con picardía.

"Bueno, ya que eres tú que estoy tratando. No voy a ofrecer mucho menos. ¿Quieres veinticinco?"

El gitano extendió los brazos con indignación dramática, retrocedió unos pasos, tiró de su gorro de piel, e hizo todo tipo de gestos extravagantes y grotescos para expresar su asombro.

"Madre de Dios! Veinticinco dólares! Pero qué es lo que busca en el animal? Incluso si lo hubiera robado, no podía venderlo a ese precio!"

Pero Batiste, que todo su discurso extravagante, siempre hacía la misma respuesta:

"Veinticinco. Ni un centavo más".

Y el gitano, después de haber agotado todas sus convicciones, que eran de ninguna manera unos pocos, volvió a caer en el argumento supremo.

"Monote ... caminar al caballo ... por lo que el caballero puede conseguir una buena mirada en él."

Y lejos trotó Monote nuevo, tirando del caballo del cabestro, cada vez más aburrido de todos estos promenadings.

"¡Qué manera de andar, ¿eh?" dijo el gitano. "Uno pensaría que era un príncipe. ¿No es digno de veinticinco dólares para usted?"

"Ni un centavo más", repitió el Batiste cabeza dura.

"Monote ... volver. Ya es suficiente."

Y fingiendo indignación, el gitano le dio la espalda al comprador, dando a entender con ello que toda la negociación estaba fuera, pero al ver que Batiste estaba realmente iba, su seriedad desapareció.

"Venga, señor ¿Cómo te llamas? ... Ah! Bueno, mira, el Sr. Batiste, de modo que usted puede ver que me gustas y quiero que el propietario de este tesoro, que voy a hacer por ti lo que yo no haría por nadie más. ¿Está de acuerdo a treinta y cinco dólares? Venid luego, dirá que sí. Juro a usted en su vida que no iba a hacer lo mismo por mi propio padre ".

Esta vez, sus protestas, al ver que el agricultor no se conmovió por la reducción y le ofreció miserables dos dólares más, fueron aún más vivo y más gesticulatory que antes. ¿Por qué, qué esa joya de un caballo le inspire con no más gusto que eso? Pero el hombre viva, ¿no había ojos en su cabeza para ver a su valor? Ven, Monote; sacarlo de nuevo.

Pero Monote no tiene que cansarse de nuevo, por Batiste partido, fingiendo que había renunciado a la compra.

Vagó por el mercado en busca de otros caballos de lejos, pero siempre mirando por el rabillo del ojo a la gitana, que igualmente fingiendo indiferencia, estaba siguiendo y lo observaba.

Se acercó a un grande y fuerte, caballo, elegante que no pensaba comprar, adivinando su alto precio. Apenas había pasado la mano por las ancas cuando sintió un aliento cálido en su rostro, y oí la voz del gitano murmurando: -

"Treinta y tres En la vida de sus hijos, no digo que no, se ve que soy razonable."

"Veinte y ocho", dijo Batiste, sin darse la vuelta.

Cuando se cansó de admirar aquella hermosa bestia, prosiguió, y para tener algo que hacer, vio la esposa de un viejo granjero regateo sobre un burro.

El primer gitano había vuelto a su caballo de nuevo, y se lo miraba desde lejos, y moviendo el cabestro cuerda como si lo estuviera llamando. Batiste dibujó lentamente junto a él, fingiendo distracción, mirando los puentes sobre los cuales pasan las sombrillas de las mujeres de la ciudad, al igual que las cúpulas móviles de muchos colores.

Era ya mediodía. La arena del lecho del río se puso caliente, ni el más mínimo soplo de viento pasó por el espacio entre las rejillas. En esa atmósfera caliente y pegajoso, el sol caía a plomo penetra verticalmente la piel y quema los labios.

El gitano avanzó unos pasos hacia Batiste, ofreciéndole el extremo de la cuerda, como una especie de toma de posesión.

"Ni la oferta ni la mía. Treinta, y Dios sabe que yo no recibo ningún beneficio en ello. Treinta ... no digo que no, o me harás salvaje. Vamos, lo puso allí!"

Batiste tomó la cuerda y le tendió la mano a la vendedora que presionó con mucho sentimiento. Se concluyó la negociación.

El primero comenzó a tomar de su faja todo lo que gran cantidad de ahorros que hinchó el vientre como una comida sin digerir: un billete que el maestro le había prestado, unos pocos dólares de plata, un puñado de calderilla envuelto en un papel cono. Cuando se completó la cuenta, que no podía salir de marcha con el gitano al cobertizo para invitarlo a tomar una copa, y dar unos cuantos centavos a Monote para todos sus trottings.

"Está llevándose el tesoro del mercado Es un día de suerte para ti, Mist 'Bautista:. Cruzaste con tu mano derecha, y la Virgen vino a verte."

Y tenía que tomar una segunda copa, el tratamiento de la gitana, pero al final, poniendo fin a su torrente de ofertas y lisonjas, cogió el roncal de su nuevo caballo y ayudado por el Monote servicial, montado sobre la espalda desnuda del corcel y salió de la ruidoso mercado al trote.

Se marchó muy satisfecho con el animal, que no había perdido su tiempo. Apenas recordaba pobres Morrut, y sintió el orgullo de la propiedad cuando en el puente y en el camino, alguien de la huerta se dio la vuelta para examinar el corcel blanco.

Pero su mayor satisfacción fue cuando pasó por delante de la casa de la Copa. Él hizo la bestia se rompe en un pequeño trote arrogante, como si fuera un caballo de pedigrí, y vio cómo Pimentó y todos los holgazanes de la huerta llegaron a la puerta para cuidar de él, y los desgraciados! Ahora estarían convencidos de que era difícil de aplastarlo, y que por sus esfuerzos sin ayuda, podía defenderse. Ahora vio que tenía un caballo nuevo. Si sólo el problema dentro de la casa puede ser tan fácilmente ajustado!

Su alta, el trigo verde formado una especie de lago de las olas agitadas por el borde de la carretera, la alfalfa-hierba crecía exuberante y tenía un perfume que hizo que las fosas nasales del caballo se dilatan. Batiste no podía quejarse de su tierra, pero estaba dentro de la casa que temía conocer la desgracia, compañero eterno de su existencia, a la espera de cavar sus garras en él.

Al oír el trote del caballo, Batistet salió con la cabeza vendada, y corrió para mantener al animal mientras su padre desmontaba. El niño se entusiasmó sobre el nuevo animal. Él lo acarició, le puso las manos en los labios, y en su afán de conseguir en la espalda, puso un pie en el gancho, se apoderó de su cola y se monta con la agilidad de un árabe en su grupa.

Batiste entró en la casa. En blanco y limpio como siempre, con sus azulejos brillantes y todos los muebles en su lugar, que parecía estar envuelto en la tristeza de un sepulcro limpio y brillante.

Su esposa salió a la puerta de la habitación, con los ojos rojos e hinchados y el pelo despeinado, revelando en su aspecto cansado de las largas noches de insomnio que había pasado.

El médico había desaparecido: como de costumbre, poca esperanza. Su actitud estaba prohibiendo, habló en medias palabras, y después de examinar al niño un poco, se fue

sin dejar nueva receta. Sólo cuando se montó en su caballo, que había dicho que iba a regresar por la noche. Y el niño era el mismo, con una fiebre que consumía su cuerpo pequeño, que creció más y más delgado.

Era lo mismo todos los días. Se habían acostumbrado ya a la desgracia, la madre lloraba de forma automática, y los demás se dedicaban a sus ocupaciones habituales con caras tristes.

Entonces Teresa, que tenía una cabeza para los negocios, le pidió a su esposo sobre el resultado de su viaje, que quería ver el caballo, y hasta triste Roseta olvidó sus penas de amor y le preguntó acerca de la nueva adquisición.

Todos, grandes y pequeños, fue al establo para ver al caballo en su cuadra; Batistet lleno de entusiasmo lo había llevado hasta allí. El niño quedó abandonado en la gran cama de la habitación donde se arrojó sobre, con los ojos vidriosos por la enfermedad, balando débilmente: "Madre Madre!"

Teresa examinó compra de su marido con una expresión tumba, calcular en detalle si valía más de treinta dólares, la hija buscó las diferencias entre el nuevo caballo y Morrut de feliz memoria, y los dos jóvenes, con repentina confianza, sacó su cola y acarició su vientre, y en vano le rogó a su hermano mayor para ponerlos en su espalda blanca.

Todo el mundo estaba decididamente satisfecho con este nuevo miembro de la familia, que olfateó el pesebre de un modo extraño, como si allí encontró algún rastro, algún olor a distancia de su compañero muerto.

Toda la familia tenía la cena, y la emoción y el entusiasmo por la nueva adquisición era tal que varias veces Batistet y los más pequeños se deslizaron fuera de la mesa para ir a echar un vistazo en el establo, como si temieran que el caballo había brotado alas y volado.

La tarde transcurrió sin que pase nada. Batiste tuvo que arar una parte de la tierra que estaba manteniendo sin cultivar, preparar la cosecha de jardín-camión, y él y su hijo puso el caballo en el arnés, orgulloso de ver la suavidad con la que él obedeció y la fuerza con la que sacó el arado.

Al caer la noche, cuando estaban a punto de regresar, Teresa les llamó, gritando desde la puerta del caserío, y su voz era como la de alguien que está llorando por ayuda.

"Batiste!-Batiste!-Ven pronto!"

Y Batiste corrió a través del campo, asustada por el tono de voz de su esposa y por sus actos salvajes, porque ella estaba rompiendo el pelo y gimiendo.

El niño se estaba muriendo, que tenía sólo para ver lo que se convenció de ello. Batiste entró en el dormitorio y se inclina sobre la cama, sintió un estremecimiento de frío ir sobre él, una sensación como si alguien acabara lanzado un chorro de agua fría sobre él desde atrás. El pequeño obispo pobres apenas se movía, respiraba de manera estentórea y con dificultad, sus labios creció púrpura, los ojos, casi cerrados, mostró la pupila acristalada e inmóvil, sino que eran los ojos que no veían más, y su pequeño rostro moreno parecía estar oscurecida por una tristeza misteriosa, como si las alas de la muerte emitir su sombra sobre él. Lo único claro en ese aspecto era el pelo rubio que

fluye sobre las almohadas como una madeja de seda rizado, la llama de la vela iluminaba extrañamente.

Gemidos de la madre estaban desesperados, eran como los aullidos de una bestia enloquecida. Su hijo, llorando en silencio, tenía que comprobar ella, abrazarla con el fin de evitar que se lanza a sí misma en el pequeño o corriendo con la cabeza contra la pared. Fuera de los jóvenes estaban llorando, sin atreverse a entrar, como si los lamentos de la madre los asustados, y por el lado de la cama estaban Batiste, absorto, apretando los puños, mordiéndose los labios, los ojos fijos en ese pequeño cuerpo, que costaba tanta angustia, tantos estremecimientos, a renunciar a su control sobre la vida. La calma de ese gigante, con los ojos secos guiño nervioso, la cabeza inclinada hacia su hijo, dio una impresión aún más dolorosa que los lamentos de la madre.

De repente, se dio cuenta de que Batistet puso a su lado, le había seguido, alarmado por los gritos de su madre. Batiste se enojó cuando se enteró que su hijo había dejado el caballo solo en el centro del campo, y el niño, secándose los ojos, salió corriendo para llevar el caballo al establo.

En poco tiempo, nuevos gritos despertaron Batiste de su estupor.

"Padre, Padre!"

Se Batistet le llamaba desde la puerta de la barraca. El padre, previendo alguna nueva desgracia, corrió tras él, sin comprender sus palabras confusas. "El caballo ... el pobre caballo blanco ... estaba en el suelo ... de sangre"

Y a los pocos pasos que lo vio acostado sobre sus cuartos traseros, siendo aprovechado en el arado y tratando en vano de levantarse, estirando el cuello y relinchando dolorosamente, mientras de su lado, cerca de una de sus patas delanteras, un líquido negro goteó lentamente, empapando el recién abierto surcos.

Lo habían herido, tal vez él iba a morir. Dios! Una bestia que tenía como su propia vida y que le había costado dinero prestado por el maestro.

Miró a su alrededor como buscando al autor de la obra. No había nadie en la llanura, que fue creciendo púrpura en el crepúsculo, nada se oía sino el lejano estruendo de ruedas, el crujido de los cañaverales, y los gritos de las personas que llaman desde un caserío a otro. En las calles cercanas, en los caminos, no había una sola alma.

Batistet trató de excusarse a su padre por negligencia. Mientras corría hacia la casa de la granja, que había visto un grupo de hombres que vienen a lo largo del camino, los gays que reían y cantaban, sin duda, volver a la posada. Tal vez fue que.

El padre no quiso escuchar nada más Pimentó, ¿quién más podría ser? El odio del distrito había causado la muerte de su hijo, y ahora que ladrón fue matar a su caballo, adivinar lo mucho que lo necesitaba. Dios! ¿No era suficiente para hacer un giro cristiano malos caminos?

Y argumentó no más. Apenas consciente de lo que estaba haciendo, él volvió a la casa de la granja, se apoderó de su fusil detrás de la puerta, y salió corriendo, abriendo mecánicamente la recámara para ver si se han cargado los dos barriles.

Batistet se mantuvo cerca del caballo, tratando de restañar la sangre con el vendaje de su propia cabeza. Él era el miedo del pánico cuando vio a su padre corriendo por la carretera con su fusil amartillado, deseando dar rienda suelta a su rabia matando.

Fue terrible ver que hombre tranquilo lento grande, en el que la bestia salvaje, cansado de ser acosados a diario, ahora estaba despierta. En sus ojos inyectados en sangre quemada una luz asesina, todo su cuerpo temblaba de ira, esa terrible cólera del hombre pacífico que, cuando se pasa de los límites de la dulzura, se convierte en feroz.

Como un jabalí furioso, entró en el campo, pisoteando las plantas, saltando por encima de las corrientes de riego, la ruptura de las cañas, y si se apartaba de la carretera, que era sólo para llegar a la granja de Pimentó más rápidamente.

Alguien estaba en la puerta. La ceguera de la ira y las sombras del crepúsculo le impedía distinguir si era un hombre o una mujer, pero vio cómo la persona de un salto saltó y cerró la puerta de repente, asustado por esa visión a punto de levantar el arma y disparar.

Batiste se detuvo ante la puerta cerrada de la casa de la granja:

"Pimentó! ... ¡Ladrón! ¡Salid!"

Y su voz lo sorprendió como si fuera de otro.

Era una voz que temblaba y estridente, aguda y ahogada por la ira.

Nadie respondió. La puerta permaneció cerrada, cerró las ventanas y las tres aspilleras en la parte superior que iluminaba el piso superior, la cambra, donde se guardaban las cosechas.

El canalla fue probablemente mirándolo a través de alguna grieta, tal vez incluso amartillar su arma para disparar algún tiro peligroso de una de las pequeñas ventanas altas. Y por instinto, con la previsión del Moro siempre alerta al sospechar de todo tipo de trucos malvados del enemigo, se escondió detrás del tronco de una higuera gigante que proyectaba su sombra sobre la casa de Pimentó.

El nombre de la última ceaslessly resonó en el silencio del crepúsculo acompañado de todo tipo de insultos.

"Vamos abajo! Eres un cobarde! Salid vosotros matón!"

Y la casa de la granja se mantuvo en silencio y cerrados, como si hubiera sido abandonado.

Batiste creyó oír gritos ahogados de una mujer, el ruido de una lucha, algo que le hizo suponer una pelea que estaba pasando entre pobre Pepeta y Pimentó, que ella estaba tratando de evitar que vayamos a responder a los insultos, pero después de haber oído nada, y sus insultos resonaron en el silencio que se hizo desesperada.

Esto lo enfureció más que si el enemigo se había mostrado. Se sintió enloquecer. Le parecía que la casa muda estaba burlando de él, y el abandono de su escondite, se arrojó contra la puerta, golpeándola con la culata de su arma.

La madera tembló con los golpes del enfurecido gigante. Deseaba dar rienda suelta a su rabia en la vivienda, ya que no podía aniquilar al señor, y no sólo derrotó a la puerta,

pero él también golpeó con su arma contra las paredes, desplazando enormes trozos de yeso. Varias veces, incluso se plantearon el arma a la cara, con el deseo de disparar sus dos tiros a las dos pequeñas ventanas de la cambra, y fue aplazado en esto sólo por el temor de que se quedaría desarmado.

Su ira aumentó; rugió vuelta insultos, sus ojos inyectados en sangre casi no podía ver, se tambaleaba como un borracho. Estaba casi a punto de caer al suelo en un ataque de apoplejía, agonizaba por la ira, ahogada por la furia, cuando de pronto las nubes rojas que le rodeaban rasgaron diferenciarse, su ira dio paso a la debilidad, vio toda su desgracia, se sintió aplastado, su ira, roto por la terrible tensión, desapareció, y Batiste, en medio del torrente de insultos, sintió crecer su voz sofocada hasta que se convirtió en un gemido, y al final se echó a llorar.

Y se detuvo Pimentó insultante. Poco a poco empezó a retroceder, hasta que llegó a la carretera, y se sentó en un banco, su mosquete a sus pies. Allí lloró y lloró, sintiendo un gran alivio, acariciado por las sombras de la noche, que parecía compartir su dolor, porque ellos se convirtieron más profundo, más profundo, ocultando su llanto infantil.

¡Qué pena que era! Solo contra todos! Encontraría el pequeño muerto cuando regresó a la granja, el caballo que era su medio de vida hizo inútil por esos traidores; problemas para llegar a él desde todas las direcciones, surgiendo a partir de los caminos, de las casas, de los cañaverales, aprovechando todas las ocasiones para él y su herida, y él indefensa, no podía protegerse de esos enemigos que desaparecieron el momento, cansado de sufrir, trató de convertir en ellos.

Señor! lo que había hecho para merecer tales sufrimientos? ¿No era él un hombre honrado?

Se sentía cada vez más aplastado por el dolor. Incapaz de moverse se quedó sentado en el banco, sus enemigos podrían venir, no tenía ni siquiera la fuerza para levantar el fusil que estaba a sus pies.

Durante el camino resonaba el lento tañido de una campana que llenaba la oscuridad con misteriosas vibraciones. Batiste pensó en su niño, de los pobres "Bishop", que probablemente había muerto ya. Tal vez esa dulce campana fue hecha por los ángeles que ha bajado del cielo para dar el alma del niño lejos, y que no puede encontrar su granja volaban sobre la huerta. Si sólo los demás no se quedaron, los que necesitaban la fuerza de su brazo para apoyarlos! ... El pobre hombre anhelaba aniquilación; pensaba en la felicidad de salir de allí en ese banco, ese cuerpo feo, la vida de la que le costó mucho mantener, y abrazando la pequeña alma inocente de su hijo, de volar lejos como los bienaventurados a los que había visto guiados por ángeles en las pinturas de la iglesia.

El campanadas parecían acercarse y figuras oscuras que los ojos húmedos de lágrimas no podían distinguir aprobadas por el camino. Sintió que alguien le toque con la punta de un palo y, levantando la cabeza, vio una figura solitaria, una especie de fantasma que se inclina hacia él.

Y reconoció tío Tomba, el único de la huerta a la que le debía ningún sufrimiento.

El pastor, considerado como un brujo, poseía la asombrosa intuición de los ciegos. Apenas había reconocido Batiste cuando pareció comprender toda su desgracia. Se sentía con su bastón el mosquete que yacía a sus pies, y volvió la cabeza, como si buscara la granja de Pimentó en la oscuridad.

Hablaba despacio, con una tristeza tranquila, como un hombre acostumbrado a las miserias de un mundo que pronto debe marcharse. Adivinó que Batiste estaba llorando.

"Mi hijo ... mi hijo"

Había esperado que todo lo que había ocurrido. Él le había advertido el primer día cuando lo vio se asentaron en las tierras malditas. Ellos lo traerían desgracias.

Acababa de pasar por la granja de Batiste y había visto luces por la puerta abierta ... que había oído gritos de desesperación, el perro aullaba ... el niño había muerto, había no? Y allá, pensando que él estaba sentado en un banco, cuando en realidad estaba sentado con un pie en la cárcel. Así, los hombres se pierden y sus familias divididas. Él iba a terminar con algún asesinato loco y absurdo, como el pobre Barret, y moriría como él, en la cárcel. Era inevitable, esas tierras fueron maldecidos por los pobres y podrían dar frutos sólo malditos.

Y mascullando sus terribles profecías, el pastor se fue detrás de sus ovejas en el camino de la aldea, asesorando mal Batiste para salir también, y se van, muy lejos, donde podía ganarse el pan sin tener que luchar contra el odio de los pobres . Y ahora invisible, envuelto en las sombras, Batiste todavía oír su lenta y triste voz que hizo estremecer:

"Créeme, hijo mío ... te traen mala suerte!"

La cabaña de Vicente Blasco Ibáñez

VIII

BATISTE y su familia no se dan cuenta de cómo comenzó el insólito, imprevisto, que fue el primero que decidió pasar el puente que unía la carretera a los campos odiados.

En la casa de la granja estaban en condiciones de darse cuenta de tales detalles. Exhausto por el sufrimiento, vieron que la gente de la huerta había comenzado repentinamente a venir a ellos, y ellos no protestaron, para las necesidades de la desgracia consejo, ni tampoco ofrecen gracias por el impulso inesperado a acercarse.

La noticia de la muerte del pequeño se había transmitido a través de todo el barrio con la extraña rapidez con que se propaga en todas las noticias de la huerta, volar de granja a granja en las alas del escándalo, que es el más rápido de todos los telégrafos.

Muchos durmió mal aquella noche. Parecía como si el niño, al partir, había dejado una espina fija en la conciencia de los vecinos. Más de una mujer tiró en la cama, perturbando con su inquietud el sueño de su marido, por lo que él protestó indignado. "Pero si no te maldice! Irás a dormir? ..." No, ella no podía, ese niño le impedía dormir. Pobrecito! ¿Qué iba a decirle al Señor cuando llegó el Cielo?

Todos compartimos la responsabilidad de esa muerte, pero cada uno con egoísmo hipócrita atribuirse a su vecino el principal culpable de la persecución amarga cuyas consecuencias había caído sobre la cabeza del pequeño compañero, cada mujer chismes culpó a su enemigo por el hecho. Y por fin se fue a dormir con la intención de deshacer todo el mal hecho, de ir por la mañana para ofrecer su ayuda a la familia, de llorar por el niño pobre, y en medio de las brumas del sueño que creyeron ver Pascualet, como blanco y resplandeciente como un ángel, mirando con ojos de reproche a los que habían sido tan duro con él y su familia.

Toda la gente del barrio se levantaron meditar sobre cómo podrían acercarse y entrar en la casa de Batiste. Se trataba de un examen de conciencia, una explosión de arrepentimiento que irrumpió en la granja-casa pobre de todos los rincones de la llanura.

Apenas había amanecido cuando dos ancianas que vivían en una granja-casa vecina entraron en la casa de Batiste. La familia, aplastado por el dolor, se sentía casi no sorprende al ver a esas dos mujeres aparecen en la casa de la que nadie había entrado desde hace más de seis meses. Querían ver a la niña, la pobre "obispo", y entrar en la habitación miraban fijamente aún tendido en la cama, y el borde de la sábana hasta la barbilla apenas esbozar la forma de su cuerpo, su cabeza rubia inerte y pesado en la almohada. La madre sólo podía llorar en su rincón, todo encogido y se agachó junto, tan pequeño como un niño, como si estuviera tratando de aniquilar a sí misma y desaparecer.

Después de estas mujeres vinieron otros y otros más, fue un torrente de llanto ancianas que llegaron de todas partes de la llanura que rodea la cama, se besaban el pequeño

cadáver y parecían apoderarse de él como los suyos, dejando a Teresa y su hija a un lado, este último, agotado por la falta de sueño y llanto, parecía imbécil que colgaron sus caras rojas y rasgar-húmedo en sus pechos.

Batiste, sentado en una silleta de esparto, en medio de la barraca, miraba estúpidamente que la procesión de personas que tenían tan maltratado él. No los odio, pero tampoco se sentía gratitud. Había salido de la crisis de la víspera aplastado, y contemplaba todo esto con indiferencia, como si la barraca no fuera suyo, como si el pobre hombre en la cama no era su hijo.

Sólo el perro acurrucarse a sus pies parecía recordar y sentir odio: olfateó hostil a toda la procesión de enaguas que iban y venían, y gruñó como si quisiera morder y sólo se abstuvo de hacerlo, para no desagradar a sus amos .

Los jóvenes compartieron el resentimiento del perro. Batistet frunció el ceño a todas las mujeres de edad que se había burlado de él tan a menudo cuando pasó delante de sus casas, y se refugió en el establo, para no perder de vista el pobre caballo, que él estaba curando de acuerdo con las instrucciones del veterinaria, llamado en la noche anterior. Era muy aficionado a su hermano pequeño, pero la muerte no tiene remedio, y lo que estaba ansiosa por ahora es que el caballo no debe ser permanente cojo.

Los dos pequeños, satisfechos en sus corazones en una desgracia que atrajo a su casa la atención de toda la llanura, vigilaban la puerta, cerrando el paso a los niños pequeños que les gusta las bandas de gorriones llegaron por todos los caminos y senderos con mórbida y la curiosidad emocionado de ver el pequeño cuerpo del niño muerto. Ahora su turno había llegado, y ahora eran los amos. Y con la valentía de los que están en sus casas, amenazaron y se alejaron un poco y dejar que otros entren, dándoles su favor de acuerdo con el trato que habían recibido de ellos en los avatares sangrientos de sus peregrinaciones en su camino a casa desde la escuela Rascals! Incluso hubo algunos que insistía en entrar después de haber desempeñado un papel en la batalla en la que los pobres Pascualet había caído en el canal, por lo tanto la captura de la enfermedad que había sido su muerte.

La aparición de un débil, poco mujer pálida parecía traer repente en toda la familia una gran cantidad de recuerdos dolorosos. Era Pepeta, la esposa de Pimentó! Incluso llegó!

Un impulso de protesta se acercó tanto Batiste y su mujer. Pero ¿con qué fin? Bienvenidos, y si ella entró para disfrutar de su desgracia, podía reír tanto como ella quisiera. Allí estaban todos inerte, aplastado por el dolor. Dios, el que todo lo ve, le daría a cada uno lo que se merece.

Pero Pepeta se fue directamente a la cama, empujando a las otras mujeres a un lado. Ella llevaba en sus brazos un enorme ramo de flores y hojas que ella hacia fuera de la cama. Los primeros perfumes de la primavera naciente propagan a través de la habitación, que olía a medicina, y en cuya pesada insomnio atmósfera y suspiros de desesperación parecían ser inhalado.

Pepeta, la pobre bestia de carga, muerto por maternidad cuando se casó con la esperanza de convertirse en madre, perdió su calma al ver esa carita de mármol, enmarcado en el pelo de vuelta hacia atrás como en un nimbo de oro.

"¡Hijo mío! ... Mi pobre niño!"

Y ella lloró con toda su alma, mientras se inclinaba sobre el pequeño cadáver, rozando apenas con los labios la pálida frente frío, como si temiera despertarlo.

Al oír sus sollozos, Batiste y su mujer levantaron la cabeza con asombro. Ahora sabían que ella era una buena mujer: era el malo. Y una madre y la gratitud del padre brilló en sus ojos.

Batiste siquiera tembló al ver lo pobre Pepeta abrazó Teresa y su hija, y se mezclaba sus lágrimas con las suyas. No, aquí no fue una duplicidad. Ella misma fue víctima, por eso se podía entender las desgracias de otras personas que también fueron víctimas.

La mujercita se enjugó las lágrimas y volvió a ser, mujer fuerte y valiente acostumbrado a la mano de obra de una bestia de carga para mantener su casa. Ella lanzó una mirada sorprendida alrededor. Las cosas no podían quedar así. El niño en la cama y todo en desorden! El "Obispo" debe ser presentado para su último viaje, debe ser vestido de blanco, puro y resplandeciente como el amanecer, cuyo nombre llevaba.

Y con el instinto de un ser superior nacido para la vida práctica, con el poder de imponer la obediencia a los demás, empezó a dar órdenes a todas las mujeres que compitieron en hacer algún servicio para la familia hasta entonces habían maldecido con tanta vehemencia.

Ella iría a Valencia con dos compañeros para comprar la mortaja y el ataúd. Otros fueron a la aldea, o esparcidos entre los vecinos de la granja casas en busca de los objetos que Pepeta pagan a conseguir.

Incluso el Pimentó odiosa que permaneció invisible, tenía que contribuir a los preparativos. Su esposa lo encontró en el camino y le ordenó buscar algunos músicos de la noche. Ellos eran, como él, vagabundos y borrachos, que sin duda encontrar en Copa del. Y el matón, que parecía preocupado ese día, escuchaba las palabras de su esposa sin respuesta y soportó el tono imperioso en el que le hablaba, mirando hacia el suelo como si se avergonzara.

Desde la noche anterior se sintió transformada. Ese hombre que había desafiado y lo insultaron y lo mantuvo encerrado en su propia casa como una gallina tímida, y su esposa, que por primera vez había impuesto su voluntad sobre él y tomado su fusil de distancia, y su falta de coraje para hacer frente a su víctima, que estaba totalmente en el derecho; todo ello lo mantuvo confundido y aplastado.

Ya no era el Pimentó de otros días, comenzó a conocerse a sí mismo e incluso a sospechar que todas las cosas se hagan en contra Batiste y su familia fueron de un delito. Hay incluso llegó un momento en que se despreciaba. Lo que un hombre que era! ... Todos los trucos medias de sí mismo y de los otros vecinos habían servido sólo para quitarle la vida a un niño pobre. Y, como era su costumbre en los días oscuros, cuando

algún problema le hizo fruncir el ceño, se marchó a la taberna, buscando los consuelos que guardaba Copa en su famoso vino barril en la esquina.

A las diez de la mañana, cuando Pepeta y sus dos compañeros regresaron de la ciudad, la casa estaba llena de gente.

Algunos hombres que eran muy lentos y pesados y nacionales, que habían tomado poca parte en la cruzada contra los extranjeros, formaron un grupo con Batiste en la puerta de la casa de la granja, algunos en cuclillas, a la morisca, otros sentados en la punta-presidentes, fumando y hablando lentamente del tiempo y las cosechas.

En el interior, las mujeres y más mujeres, presionando alrededor de la cama, ensordecedor a la madre con su charla, algunos hablando de los hijos que habían perdido, otras instalados en las esquinas como si estuvieran en su propia casa, charlando acerca de todos los rumores del vecindario. Ese día era extraordinario, no había ninguna diferencia que sus casas estaban sucias y que la cena se deben cocinar, no era una excusa. Los niños se aferraban a sus faldas lloraban y sordos a todo el mundo con sus gritos, unas ganas de volver a casa, otros piden a gritos ser mostrado el "obispo". Algunas mujeres mayores tomaron posesión del armario y cada momento preparado grandes vasos de vino con azúcar y agua, ofreciendo a Teresa y su hija para que pudieran llorar con mayor comodidad, y cuando las pobres criaturas, hinchados por esta inundación azucarada, se negaron a beber, las viejas chismosas oficiosos se turnaban para tragar los refrescos sí mismos, porque ellos también necesitan para recuperarse de su dolor.

Pepeta comenzó a gritar, deseoso de inspirar respeto en esta confusión. "Vete, todos ustedes!" En vez de quedarse aquí y molestar a la gente, que deben tomar las dos mujeres pobres acabar con ellos, porque estaban agotados por el dolor y la vuelven locos de tanto ruido.

Teresa se opuso a abandonar a su hijo, aunque sea por poco tiempo, que pronto él no volverán a ver, sino que no deben robarle nada del tiempo que le quedaba de mirar a su tesoro. Y estallando en aún mayores lamentaciones, se arrojó sobre el cadáver frío, con el deseo de abrazarla.

Pero las súplicas de su hija y la voluntad de Pepeta eran más fuertes, y Teresa, escoltado por un gran número de mujeres, salieron de la casa de la granja con el delantal sobre su cara, gimiendo, tambaleándose, sin prestar atención a los que la apartó con ellos, cada uno uno compitiendo con el otro en cuanto a quién debe llevarla a su casa.

Pepeta comenzó a organizar la ceremonia fúnebre. Se coloca en el centro de la entrada de la pequeña mesa blanca en la que la familia comió, y lo cubrió con una sábana, la fijación de los extremos con alfileres. Sobre ella colocaron una manta que estaba almidonada y de encaje, y allí colocaron el pequeño ataúd traído de Valencia, una joya de un ataúd, que admiraba a los vecinos; un ataúd blanco adornado con galones de oro, en el interior acolchada como la cuna de un bebé.

Pepeta sacó de un paquete de la última gala de la niña muerta, "Bishop" el velo de gasa tejida de hilo de plata, las sandalias, la guirnalda de flores, todas blancas, cuya pureza era simbólica de la de la pobre

Poco a poco, con cuidado maternal, Pepeta envolvía el cadáver. Ella presionó el pequeño cuerpo frío contra su pecho, se introduce en la cubierta, con el mayor cuidado, los pequeños brazos rígidos, como si fueran trozos de vidrio que podrían romperse al menor choque, y le besó los pies de hielo antes de su puesta en las sandalias.

En sus brazos, como una paloma blanca tiesa de frío, llevaba Pascualet al ataúd, al altar levantado en medio de la casa de la granja antes de que toda la huerta, atraídos por la curiosidad, contaminarse.

Esto no era todo: el mejor todavía faltaba, la guirnalda, un gorro de flores blancas con adornos que colgaban sobre las orejas, un adorno bárbaro como los que usan los salvajes en la ópera. Piadosa mano de Pepeta, que participan en una terrible lucha con la muerte, se tiñeron las pálidas mejillas de color rosa, la boca, ennegrecido por muerte, tonificado con una capa de un color rojo brillante, pero sus esfuerzos para abrir los párpados débiles amplia eran vanas, sino que se caía, que cubre los ojos filmadas aburrido, ojos sin brillo, que tenía la tristeza gris de la muerte.

Pobre Pascualet ... poco Obispo infeliz! Con su grotesca guirnalda y la cara pintada, que se convirtió en un espantajo ridículo. Él había inspirado ternura más triste cuando su carita pálida había estado furioso con la muerte en la almohada de su madre, ataviada sólo con su propio pelo rubio.

Pero todo esto no impidió que las buenas mujeres de la huerta de admirar la obra de Pepeta entusiasmo. Míralo, ... por eso, parecía estar dormido! Tan hermoso, tan Pinkly enrojecida! ... Nunca había un poco de Abbot como ha visto antes.

Y se llenaron los huecos de su ataúd con flores, flores en la vestidura blanca, esparcidos sobre la mesa, amontonados en grupos en los extremos; exuberancia de toda la llanura abrazó el cuerpo del niño, que había visto tantas veces a lo largo de sus trayectorias como un pájaro, sino envuelto en una ola de color y perfume.

Los dos hermanos pequeños miraban en Pascualet asombrado, piadosamente, como en un ser superior al que podía levantar el vuelo en cualquier momento, el perro merodeaba alrededor del catafalco extendiendo su boca para lamer el frío, cera, las pequeñas manos y estalló en una casi lamento humano, un gemido de desesperación que hizo la mujer nerviosa y los impulsó a perseguir al pobre animal de distancia con patadas.

Al mediodía, Teresa, escapándose casi a la fuerza principal de la cautividad en la que sus vecinos la mantienen, regresó a su casa. Su amor de madre llenaba con un sentimiento de profunda satisfacción cuando vio galas del muchachito, ella lo besó en la boca pintada y redobló sus lamentaciones.

Era la hora de comer. Batistet y los más pequeños, cuyo dolor no tuvo éxito en matar el apetito, devoró una costra rota, escondido en las esquinas. Teresa y su hija no tenía idea de la comida. El padre, aún sentado en su silleta de esparto, fumaba cigarro tras cigarro,

impasible como un oriental, volviendo la espalda a su vivienda como si temiera ver el blanco catafalco que servía de altar para el cuerpo de su hijo.

Por la tarde, los visitantes fueron más numerosos. Las mujeres llegaron, ataviado con traje de fiesta, y el uso de sus mantillas para el funeral, las chicas disputan enérgicamente sobre quién debería ser uno de los cuatro para llevar a la pobre obispo al cementerio.

Caminando lentamente por el borde de la carretera y evitar el polvo, como si se tratara de un peligro mortal, algunos visitantes distinguidos llegaron: Don Joaquín y Doña Josefa, el maestro y la "señora". Por la tarde, a causa de la triste suceso (como lo declara), no había escuela, ya que era muy evidente, entre la multitud de chicos atrevidos y pegajosa que se metió en la casa de la granja, y cansado de contemplar el cadáver de su antiguo compañero mientras recogían en sus narices, salió a correr por el camino cercano o para saltar por encima de los canales.

Doña Josefa, con un vestido de lana raída y una gran mantilla amarillo, entró en la casa de la granja en silencio, y después de algunas frases pomposas capturados de su marido, sentado a su robusto auto en una gran cuerda silla y permaneció mudo como si estuvieran dormidos, en la contemplación del ataúd. La buena mujer, acostumbrada a escuchar y admirar su marido, no podía mantener una conversación a solas.

El maestro de escuela, que estaba mostrando su chaqueta corta verde que llevaba en los días de la ceremonia, y su corbata de proporciones gigantescas, se sentó fuera por el lado del padre. Sus manos grandes de agricultores fueron encerrados en guantes negros que habían encanecido en el curso del año, hasta ahora eran del color de las alas de una mosca, sino que los movió constantemente, deseosos de llamar la atención sobre las prendas que llevaba en ocasiones de gran solemnidad.

Para beneficio de Batiste, llevó a cabo la más florida y frases altisonantes de su repertorio. Este último era su mejor cliente, ni un solo sábado hubiera podido dar a sus hijos las dos monedas de cobre de la escuela.

"Es la vida, el Sr. Bautista; renuncia Nunca sabemos los planes de Dios a menudo se convierte el mal en bien de sus criaturas..."

Y interrumpir su serie de lugares comunes, pronunció pomposamente como si estuviera en la escuela, bajó la voz y añadió, guiñando los ojos con malicia:

"¿Te diste cuenta, el señor Batiste, todas estas personas Ayer usted y su familia estaban maldiciendo; ¿y Dios sabe cuántas veces les he censurado por esta maldad, hoy entran en su casa como si estuvieran entrando en su cuenta y le abruman con manifestaciones de afecto. desgracia les hace olvidar, las acerca a ti ".

Y después de una pausa, durante la cual se puso de pie con la cabeza baja, añadió con convicción, golpeándose el pecho:

"Créanme, yo los conozco bien, en el fondo son muy buena gente muy estúpida, ciertamente capaz de las acciones más bárbaras, pero con el corazón que se mueven por la desgracia y que hacen que dibujen en sus garras ¡Pobre gente! quién es la culpa de haber nacido estúpido y que no se trata de ayudar a superarlo? "

Se quedó en silencio por un tiempo, y luego añadió con el fervor de un comerciante alabando su artículo:

"Lo que se necesita aquí es la educación, tanto la educación templos de sabiduría para separar la luz de los conocimientos sobre esta llanura; Antorchas que ... que En fin, si hay más jóvenes vinieron a mi templo, me refiero a mi escuela , y si los padres, en vez de emborracharse pagado puntualmente como usted, señor Bautista, las cosas serían diferentes. Y digo nada más, porque no me gusta ofender " .

No había peligro de esto, para muchos de los padres que le enviaban los alumnos sin lastre por las dos monedas se encontraban cerca.

Otros agricultores, los que habían mostrado a la familia la más hostilidad, no se atrevieron a acercarse a la casa, y permanecieron agrupados en la carretera.

Entre ellos se encontraba Pimentó, que acababa de llegar de la taberna con cinco músicos, su conciencia tranquila después de permanecer unas horas cerca de Copa contra.

Más y más personas salieron a la barraca. No había espacio libre que queda en ella, y las mujeres y los niños se sentaron en los bancos de ladrillo bajo el emparrado o en las laderas, en espera de la hora señalada para el funeral.

Dentro lamentos fueron escuchados, aconseja enérgicamente pronunció, el ruido de una lucha. Era Pepeta, tratando de separar a Teresa del cuerpo de su hijo. ¡Ven! ... ella debe ser razonable, el "obispo" no podía quedarse allí para siempre, se estaba haciendo tarde, y era mejor que beber la amarga copa hacia abajo y acabar de una vez.

Y luchó con la madre para que se retire el ataúd y entrar en el dormitorio, a fin de no estar presente en el terrible momento de la salida, cuando el "obispo" se levantaría y tomar vuelo en las alas blancas de su mortaja para no volver .

"¡Hijo mío! Cariño de su madre!" gimió pobre Teresa.

Ella lo vería más; un beso, otro, y la cabeza, cada vez más marmórea y lívida a pesar de la pintura, se movió de un lado de la almohada al otro, haciendo que la diadema de flores en agitar las manos ansiosas de la madre y una hermana que disputó el último beso.

Al final del pueblo, el cura se encontró con el sacristán y los monaguillos: no hay que esperar. Pepeta se impacientaba. Inside! Inside! Y con la ayuda de otras mujeres, Teresa y su hija se instalaron casi a la fuerza principal en el dormitorio, y caminaban arriba y abajo con el pelo revuelto y los ojos, rojos por el llanto, el pecho agitado por una protesta de la tristeza que se expresó no con lamentos, sino con aullidos.

Cuatro muchachas con aro-faldas, sus mantillas de seda que cae sobre sus ojos, y que tenía una expresión modesta y religiosa-como, se apoderó de las piernas de la pequeña mesa, levantando todo el catafalco blanco. Al igual que las salvas de saludo a la bandera, ya que se eleva, resonó un extraño, prolongado gemido terrible, que hizo correr escalofríos por la espalda de muchos. Fue el perro despidiéndose de los pobres "obispo", lanzando un lamento interminable, con lágrimas en los ojos y patas extendidos como si quisiera a sí mismo a seguir su mismo grito.

En el exterior, Don Joaquín estaba aplaudiendo sus manos para llamar la atención. Vamos ... dejar que la forma de toda la escuela! La gente en la calle se habían acercado a la casa de la granja. Pimentó capitán de los músicos, este último prepara sus instrumentos para saludar al "obispo" tan pronto como el ataúd debe pasar el umbral, y en medio del desorden y grita con el que formó la procesión, el clarinete trinó, la corneta tocaba, y soplabla el trombón como un viejo gordo, asmático.

Los jóvenes comenzaron, levantando altos grandes manojos de albahaca. Don Joaquín sabía cómo hacer las cosas correctamente. Después, rompiendo el gentío, aparecieron las cuatro doncellas sosteniendo la luz, altar blanco en la que los pobres "Obispo", acostado en su ataúd, movió la cabeza con un ligero movimiento de lado a lado como si estuviera despidiéndose de la finca -house.

Los músicos estallaron en un jugueteón, alegre vals, ocupando su posición detrás del féretro, y detrás de ellos, todos los curiosos corrían por la pequeña carretera a la granja en grupos compactos.

La barraca quedó mudo y oscuro, con esa atmósfera melancólica de parcelas en las que ha pasado la desgracia.

Batiste, solo bajo el emparrado, aún en la actitud de un impresionante árabe, se mordió el cigarro y siguió el curso de la procesión que comenzó a relajarse a lo largo de la carretera, el ataúd y su catafalco que parece una enorme paloma blanca entre el negro batas y ramas verdes que marcaron el cortejo.

Auspiciosamente qué los pobres "obispo" que figura en su camino hacia el cielo de los inocentes. La llanura, extendiéndose voluptuosamente bajo el beso del sol primaveral, envolvió al niño muerto con su fragancia, lo acompañó a la tumba, y lo cubrió con un velo imperceptible de perfumes. Los árboles viejos, que habían germinado, llenas de la savia de la vida nueva, parecían saludar al pequeño cadáver mientras se movían con la brisa, sus ramas cargados de flores. Nunca había muerte pasó sobre la tierra tan hermosa una máscara.

Dishevelled y gritando como locas, agitando los brazos frenéticamente, las dos infelices mujeres aparecieron en la puerta de la casa de la granja, sus voces prolongan como un interminable gemido en la atmósfera tranquila de la llanura, impregnado con una luz suave.

"¡Hijo mío! ... Mi alma! ..." gimió pobre Teresa y su hija.

Nnnnn! nnnnn! aullaba el perro, extendiendo su boca en un largo gemido, que establece los nervios de punta y parecía que enviar un escalofrío fúnebre sobre toda la llanura.

"Adiós, Pascualet! ... ¡Adiós!" -gritaron los más pequeños, para tragar las lágrimas.

Y a lo lejos, entre el follaje, soportado sobre las ondas verdes de los campos, respondieron los ecos del valle, que acompaña a los pobres "obispo" para la eternidad, mientras se balanceaba atrás y adelante en su barca blanca con ribetes dorados. Las complicadas escalas de la bocina, con sus cabriolas diabólicas, parecía una explosión feliz de la risa de la muerte, que con el niño en brazos, salió en medio de las resplendencias por extinción de la llanura.

En la noche de caída, la procesión regresó a su casa.

Los más pequeños, con sueño de la emoción de la noche anterior, cuando la muerte los había visitado, dormían en sus sillas. Teresa y su hija, vencido por el llanto, su energía agotados después de tantas noches sin dormir, se postró. Cayeron en la cama, que todavía mostraba signos del cuerpo de la pobre niña, mientras Batistet roncaba en el establo cerca del caballo enfermo.

El padre, aún en silencio e impasible, los visitantes recibidos, se dieron la mano, y le dio las gracias con movimientos de la cabeza a las ofertas y expresiones de consuelo.

Cuando la noche encerrado, todos se habían ido.

La barraca quedó oscuro y silencioso. Por la puerta abierta turbia llegó, como un susurro lejano, la respiración cansada de la familia cansados, todos los cuales habían caído exhausto como si muerto en la batalla de la pena.

Batiste, todavía inmóvil, miró estupefacto a las estrellas que brillaban en el azul oscuro de la noche.

La soledad le llevó a sus sentidos, sino que empezó a darse cuenta de su situación.

El llano tenía su aspecto habitual, pero a él le parecía más hermoso, más tranquilizante, como un ceño fruncido que Unbends y sonrío.

Las personas, cuyos gritos resonaron a lo lejos, en las puertas de las barracas, ya no le odiaban y ya no persiguen a sus hijos. Ellos habían estado bajo su techo y se habían borrado con sus pasos la maldición que estaba sobre las tierras de Barret. Él comenzaría una nueva vida. Pero a qué precio!

Y de repente frente a la realización exacta de su desgracia, pensando en los pobres Pascualet, que ahora yacía aplastado por un gran peso de la tierra húmeda y fétida, su vestidura blanca contaminada por la corrupción de otros cuerpos, emboscado por el gusano asqueroso, el hermoso niño con la delicada piel sobre la que su mano callosa había sido costumbre de deslizamiento, el pelo rubio que había acariciado con tanta frecuencia, sintió una oleada de plomo que se levantó de su estómago a la garganta.

Los grillos que cantaban en la ladera cercana crecieron en silencio, asustado por la extraña hipo que rompió el silencio, y sonaban en la oscuridad durante la mayor parte de la noche, como el estertor de una bestia herida.

IX

ST. Días de Juan llegó, el período más grande del año, el tiempo de la cosecha y la abundancia.

El aire vibraba con la luz y el color. Un sol africano vierte torrentes de oro sobre la tierra, grietas con sus caricias ardientes, y sus flechas de oro cayó en medio del follaje comprimido, un toldo de verdura bajo el cual la vega protegido sus canales y su balbuceo húmedos surcos, como temerosa del calor que genera la vida en todas partes.

Los árboles mostraban sus ramas cargadas de frutos. Los nísperos doblados bajo el peso de los racimos amarillos cubiertos con hojas de cristal, albaricoques brillaban entre el follaje como las mejillas sonrosadas de un niño, los niños exploran las corpulentas

higueras con impaciencia, buscando con avidez a principios del primer fruto, y en los jardines en la parte superior de las paredes, los jazmines exhalado su fragancia suave, y las magnolias, como incensarios de marfil, esparcidos su perfume en el ambiente de la quema, impregnados con el olor de la fruta madura.

Las hoces relucientes estaban esquilando los campos, la tala bajo las cabezas doradas de trigo, las pesadas espigas de trigo, que oprimía con sobreabundancia de vida, se inclinaban hacia el suelo, sus tallos delgados doblar por debajo de ellos.

En la trilla la paja estaba montando, formando colinas de oro que reflejaban la luz del sol, el trigo se desplegaron en medio de las nubes de polvo que giran, y en los campos cuyas cimas fueron podadas, a lo largo de las aristas, los gorriones saltó alrededor buscando los granos olvidados.

Todo el mundo estaba feliz, todos trabajaron con alegría. Los carros crujían en todos los caminos, las bandas de muchachos corrían por los campos, o jugaban en la era suelo, pensando en las tortas de trigo nuevo, de la vida de abundancia y satisfacción que se inició en la casa de la granja en el llenado de los lofts, incluso las viejas quejas parecían mirar con ojos felices, y para caminar con más rapidez, como si estimulado por el olor de los montones de paja que, como ríos de oro, se deslizaba a través de sus cunas durante el curso de la año.

El dinero acumulado en las habitaciones durante el invierno, escondido en el pecho o en el fondo de una media, comenzó a circular a través de la vega. Hacia el final del día, las tabernas empezaron a llenarse de hombres, enrojecidos y bronceada por el sol, sus camisas rugosas empapados de sudor, que habló de la cosecha y el pago de San Juan, el alquiler del semestre que tuvieron que pagar a los dueños de la tierra.

La abundancia también ha traído la felicidad a la barraca de Batiste. Las cosechas habían hecho olvidar el pequeño "Abad". Sólo la madre, con lágrimas repentinas y algunos suspiros profundos, reveló el recuerdo fugaz de la pequeña.

Fue el trigo, los sacos llenos que Batiste y su hijo llevaban hasta el granero, y que hacía temblar la planta, y todo el movimiento de la casa, ya que cayó de sus hombros, que interesa a toda la familia.

La buena temporada comenzó. Su buena fortuna ahora era tan extrema como su desgracia pasado. Los días transcurrieron en el trabajo tranquilo y muy santa, pero sin el menor incidente a perturbar la monotonía de una existencia laboriosa.

El afecto que todos los vecinos habían mostrado en el entierro de la pequeña se había enfriado un poco. A medida que el recuerdo de esta desgracia se convirtió amortiguado, la gente parecía arrepentirse del impulso espontáneo de ternura y recordó una vez más la catástrofe del tío Barret y la llegada de los intrusos.

Pero la paz de forma espontánea hecha antes de que el ataúd blanco de la pequeña no estaba preocupado por esto. Saludos pero todo intercambiado con la familia;; Algo frío y desconfiado, si los hijos eran capaces de pasar a través de la llanura sin ser molesto, e incluso Pimentó cuando conoció a Batiste, asentía con la cabeza de una manera amistosa, murmurando algo que era como una respuesta a su saludo.

En pocas palabras, los que no les gustan, los dejó solos, que era todo lo que podían desear.

Y en el interior de la casa de la granja, lo que abundancia ... qué tranquilidad! Batiste se sorprendió de la cosecha. Las tierras, descansado, sin tocar por el cultivo durante mucho tiempo, parecían haber enviado a la vez toda la vida acumulada en sus profundidades, después de diez años de reposo. El grano era pesado y abundante. De acuerdo con la noticia que circuló a través de la llanura, que iba al mando de un buen precio, y lo que era mejor (Batiste sonrió al pensar en esto), no tiene que pagar el beneficio como el alquiler, porque estaba exento para dos años. Había pagado bien para esta ventaja por muchos meses de alarma y lucha y por la muerte del pobre Pascualet.

La prosperidad de la familia parecía reflejarse en la barraca, limpia y brillante como nunca antes. Visto a la distancia, se destacó de las casas vecinas, como si revelando que había en ella más prosperidad y la paz. Nadie habría reconocido en ella la trágica casa de tío Barret.

Los ladrillos rojos de la acera en frente de la puerta brillaban, pulida por los roces diarios, los parterres de las bind-malezas dulce albahaca y dondiegos y formaron pabellones de verde, sobre la cual, recortada contra el cielo, destacó el fuerte, frontón triangular de la barraca, de inmaculada blancura, en que podría considerarse el aleteo de las blancas cortinas que cubrían las ventanas de los dormitorios, las estanterías con montones de platos y bandejas cóncavas apoyado contra la pared, mostrando grandes pájaros fantásticos y flores como tomates pintadas en el fondo, y en el lanzador-plataforma, que parecía un altar de azulejos, apareció, como divinidades contra la sed, las jarras esmaltadas grasa, y los tarros de loza y verdosos vidrio, colgando de las uñas en una fila.

Los muebles antiguos y malos tratos, que era un recordatorio constante de las viejas andanzas y que huyen de la miseria, comenzó a desaparecer, dejando espacio para los demás, que los diligentes Teresa compró en sus viajes a la ciudad. El dinero de la cosecha fue invertido en la reparación de las violaciones de los muebles de la casa de campo realizada por los meses de espera.

La familia le sonrió a veces, recordando las palabras amenazantes de Pimentó. El trigo, que de acuerdo con el matón, nadie debe cosechar, comenzó a engordar a toda la familia. Roseta tenía dos faldas más y Batistet y los más pequeños se pavoneaba los domingos, vestido de nuevo de pies a cabeza.

Al cruzar la llanura durante las horas más soleadas, cuando la atmósfera se quemó, y las moscas y las abejas zumbaban pesadamente, se sentía una sensación de comodidad antes de esta granja-casa, que era tan fresco y limpio. El corral a través de sus paredes de barro y estacas, reveló la vida que encierra. Las gallinas chasqueó, cantó el gallo, los conejos saltaban de la madriguera de un gran montón de leña nueva, los patos, vigilados por los dos pequeños hijos de Teresa, nadando en el canal cercano, y las manadas de pollos corrían por la barba, asomándose sin cesar, moviendo sus pequeños cuerpos rosados, apenas cubiertos con una fina hacia abajo.

Por no hablar del hecho de que Teresa se encerró en su habitación más de una vez, y la apertura de un cajón de la cómoda, desató el pañuelo después de pañuelo, con el fin de entrar en éxtasis ante un pequeño montón de monedas de plata, el primer dinero que le marido había sido capaz de hacer que el rendimiento de los campos. Esto fue sólo el comienzo, y si los tiempos debe ser bueno, más y más dinero se sumaría a esto, y quién sabe si cuando llegara el momento estos ahorros no pueden liberar a los más pequeños del servicio militar.

La alegría concentrado y silencioso de la madre se observó también en Batiste.

Hay que haberlo visto en una tarde de domingo, fumando un cigarro Cuarto-en honor del festival, pasando frente a la casa, y mirando sus campos amorosamente. Dos días antes, había plantado maíz y frijol en ellos, ya que casi todos sus vecinos tenían, ya que la tierra no se debe permitir que permanecer inactivo.

Apenas podía manejar con los dos campos que se había roto y cultivado. Pero al igual que tío Barret, sentía la embriaguez de la tierra, quiso tomar más y más con su trabajo, y aunque era un poco tarde, tenía previsto el día siguiente para romper esa parte de la tierra cultivada, que se quedó la casa de la granja, y los melones planta allí, un cultivo sin igual, de la que su mujer podría tener un beneficio muy bueno, teniendo como otros lo hicieron en el mercado a Valencia.

Se debe agradecer a Dios por fin permitir a vivir en paz en este paraíso. ¿Qué eran esas tierras de la llanura! Según la historia, hasta los perros moros habían llorado al ser expulsado de ellos.

La cosecha se había despejado el campo, con lo que bajo las masas de trigo con amapolas multicolores que cerraron en la vista por todos lados como murallas de oro, ahora la llanura parecía ser mucho más grande, infinito, sino que se extendía hacia fuera y hacia fuera hasta que las grandes manchas de tierra roja, cortada por caminos y canales, desapareció de la vista.

Durante toda la llanura del día de fiesta el domingo fue observada con rigor, y como no había una cosecha reciente y no poco dinero, nadie pensaba en la violación de la regla. No había un solo hombre para ser visto trabajando en el campo, ni un caballo por los caminos. Las viejas pasaron sobre los caminos con el manto de nieve en sus ojos, y su pequeña silla sobre su brazo, como si las campanas que sonaban a lo lejos, muy lejos, a través de los tejados de la aldea, ellos pedían; a lo largo de una encrucijada, un numeroso grupo de niños estaban gritando, persiguiendo unos a otros, sobre el verde de la pendiente-bancos, sobresalieron los pantalones rojos de algunos soldados que estaban tomando ventaja de las vacaciones, pasar una hora en sus hogares; se oyó a lo lejos, como el que rasga agudo de tela, los informes de escopetas dispararon contra las bandadas de golondrinas que se Wheeling de un lado a otro en una caprichosa contradanza, silbatos que emiten suaves, tan alto que parecía iban a pastar sus alas contra el cristal azul del cielo, sobre los canales zumbaban nubes de mosquitos, casi invisibles, y en una granja de la casa verde, bajo la vieja parra, se agitan alrededor, en un laberinto caleidoscópico de colores, faldas floreadas y pañuelos llamativos, y las

guitarras sonaban con un ritmo de ensueño, adormecer a dormir por fin la corneta que estaba chillando, vertiendo a cada extremo de la llanura, ya que dormía bajo el sol, los sonidos árabes de la jota, la danza valenciana.

Este tranquilo paisaje era la idealización de Arcadia laboriosa y feliz. Podría haber gente mala aquí. Al despertar, Batiste se estiró con una sensación placentera de la pereza, cediendo a la comodidad tranquila con lo que el ambiente parecía estar impregnado. Roseta se había ido con los más pequeños a un baile en una casa de campo: su esposa estaba tomando su siesta, y caminaba de ida y vuelta desde su casa hasta la carretera sobre el trozo de tierra sin cultivar, que sirve como entrada para los vehículos .

De pie en el pequeño puente, respondió las saluciones de los vecinos, que pasan por la risa, como si fueran a presenciar un espectáculo muy divertido.

Ellos iban a la taberna de Copa para ver de cerca la famosa contienda entre Pimentó y los dos hermanos, Terrorola, dos personajes malos como el marido de Pepeta, que también había jurado odio al trabajo, y se pasa todo el día en la taberna. Entre ellos crecieron sin fin de la rivalidad y apuestas, sobre todo cuando un momento como éste llegó, cuando las reuniones en el establecimiento se hincharon. Los tres agresores han superado a sí en la brutalidad, cada uno ansioso por adquirir más renombre que otros.

Batiste había oído hablar de esta apuesta, que fue atraer a la gente a la famosa taberna como si se tratara de una fiesta pública.

La propuesta consistía en ver quién podía permanecer sentado más tiempo jugando a las cartas y bebiendo nada brandy.

Ellos comenzaron la noche del viernes, y el domingo por la tarde, los tres estaban todavía en sus pequeños cuerda-presidentes, el juego centésima de tarjetas, con el jarro de aguardiente en la pequeña mesa delante de ellos, dejando las cartas sólo para tragarse la sangre salados pudding que dio gran fama a Copa, porque sabía muy bien cómo mantener en aceite.

Y la noticia, esparciéndose por toda la llanura, hizo todas las personas vienen en una procesión desde una liga redonda. Los tres agresores no eran solo por un momento. Tenían sus partidarios, quienes asumieron la obligación de ocupar el cuarto lugar en el juego, y sobre la llegada de la noche, cuando la masa de espectadores se retiraron a sus fincas, que permaneció allí, viéndolos jugar a la luz de la vela colgando de un álamo negro, de Copa era un hombre impaciente, incapaz de aguantar el pesado apuesta, y así, cuando la hora de dormir llegó, se cerraba la puerta, y después de renovar su provisión de aguardiente de dejar a los jugadores en el pequeña plaza.

Muchos indignación fingida en el concurso brutal, pero en el fondo lo único que sentía satisfacción por tener esos hombres para los vecinos. Estos hombres fueron criados por la huerta! El aguardiente pasó a través de su cuerpo como si fuera agua.

Todo el barrio parecía tener un ojo fijado sobre la taberna, la difusión de las noticias sobre el curso de la apuesta con celeridad prodigiosa. Dos lanzadores ya habían sido borrachos, y ningún efecto en absoluto. Luego de tres ... y todavía se mantenían estables.

Copa mantuvo cuenta de la bebida. Y el pueblo, de acuerdo a su preferencia, apuesta por una u otra de las tres concursantes.

Este evento, que durante dos días se había despertado tanto interés en la vega, y sin embargo, no parece tener ningún efecto, había llegado a oídos de Batiste. Él, un hombre sobrio, incapaz de beber sin sentir náuseas y tener un dolor de cabeza, no podía evitar sentir un cierto asombro, rozando la admiración para estas bestias cuyos estómagos, le pareció a él, debe ser forrada con hojalata. Sería un espectáculo digno de ver.

Y con una mirada de envidia, sus ojos siguieron a los que iban a la taberna. ¿Por qué no ir también? Nunca había entrado en la casa de Copa, en otros tiempos la guarida de sus enemigos, pero ahora la extraordinaria naturaleza del caso, se justifica su presencia ... y el diablo! después de tanto trabajo y una buena cosecha tanto, un hombre honesto podía permitirse un poco de auto-indulgencia.

Y clamando a su mujer dormida decirle dónde iba, salió en el camino hacia la taberna.

La masa de personas que llenaban la pequeña plaza frente a la casa de la Copa era como un enjambre de hormigas humanas. Todos los hombres de la vecindad estaban allí sin ningún tipo de abrigos o chalecos, con pantalones de pana, faja abultada negro y una herida pañuelo alrededor de la cabeza en forma de mitra. Los ancianos se inclinaban sobre sus pesadas varas de amarillo Lira de madera, con el trabajo arabesque negro, los jóvenes con mangas de la camisa arremangadas, representada brazos nervudos y rubio, y como si por el contrario se movieron varitas delgadas de ceniza entre su espesor, dedos callosos. Los chopos altos que rodeaban la taberna daban sombra a los grupos de animación.

Batiste cuenta con atención por primera vez la famosa taberna con sus paredes blancas, sus ventanas pintadas de azul, y sus bisagras empotradas con vistosos azulejos de Manises.

Tenía dos puertas. Uno de ellos fue a la bodega. A través de las puertas abiertas se podía ver dos filas de enormes toneles, que llegó hasta el techo, montones de piel-sacos vacíos y arrugados, los grandes embudos y las medidas de enorme teñido de color rojo por el flujo continuo de líquido, hay en la parte trasera de la habitación estaba el pesado carro que fue a los confines de la provincia para ofrecer la compra de vino. Esta habitación oscura y húmeda exhalaba el humo de alcohol, el perfume de jugo de uva, que tan intoxicado el sentido del olfato y perturbado al ver que uno tenía la sensación de que la tierra y el aire pronto estarían empapados de vino.

Allí estaban los tesoros de la Copa, que se habla con unción y respeto por todos los borrachos de la huerta. Sólo él sabía el secreto de las barricas; su visión, penetrando las viejas duelas, estima la calidad del líquido rojo que contenían; era el sumo sacerdote de ese templo del alcohol, cuando quiso tratar a alguien, que se basaría establece un vaso en el que brillaba líquido del color de topacio, y que fue coronado por una corona del arco iris en tonos de brillantes, tan piadosamente como si él llevó a cabo la custodia en sus manos.

La otra puerta era la de la propia taberna, abierta desde una hora antes del amanecer hasta las diez de la noche, a través de este la luz de la lámpara de aceite que colgaba sobre el reparto contador sobre el camino negro una plaza grande y luminosa.

Las paredes y los frisos eran de color rojo, ladrillos vidriados a la altura de un hombre, y fueron rodeados por una fila de azulejos de flores. A partir de ahí hasta el techo, la pared estaba dedicada al arte sublime del pintor, de Copa, a pesar de que parecía ser un hombre tosco, cuyo único pensamiento era que el cajón de su total en efectivo por la noche, fue un verdadero mecenas. Había traído un pintor de la ciudad, y lo mantuvo allí más de una semana, y este capricho del gran protector de las artes le había costado, como él mismo declaró, unos cinco dólares, más o menos.

Era verdad que no se podía cambiar la mirada sobre sin cumplir con un trabajo magistral de arte, cuyos colores fuertes parecían alegrar a los clientes y estimular a beber. Árboles azules sobre campos morados, horizontes amarillos, casas más grandes que los árboles y las personas mayores de las casas, los cazadores con escopetas que parecían escobas y galanes andaluces con trabucos lanzadas sobre sus piernas, y se montaron en briosos corceles que tenían toda la apariencia de las ratas gigantes. Un prodigio de originalidad que llenó los bebedores con entusiasmo! Y en las puertas de las habitaciones, la artista, refiriéndose discretamente al establecimiento, había pintado cuadros asombrosos de delicias comestibles; granadas como corazones abiertos, y melones sangrado que parecían enormes pimientos y bolas de estambre de color rojo que se supone que representan los melocotones .

Muchos sostuvieron que la importancia de la casa sobre las otras tabernas de la huerta se debió a tan asombrosa adorno y Copa malditos las moscas que empañaban tanta belleza.

Cerca de esta puerta estaba el mostrador, sucio y pegajosa: detrás de él las tres filas de pequeños toneles, coronada por almenas de botellas, todos los licores diversificados e innumerables del establecimiento. De las vigas, como bebés grotescos, colgado hojas de salchichas largas y negro-budines, las agrupaciones de pimientos como el rojo y señalado como dedos devils ', y el alivio de la monotonía de la escena, algunos jamones rojo y majestuosos racimos de chorizos. El almuerzo gratuito para paladares delicados se guardaba en un armario de vidrio turbio cerca del mostrador. Allí estaban las Estrellas de Pastaflora, [H] las tortas de pasas, los rollos de azúcar helado, la magdalenas [I] todos un cierto tinte oscuro y con manchas sospechosas que mostraron la vejez, el queso de Murviedo, tierna y fresca, piezas como panes blancos suaves todavía goteando suero.

También el tabernero contó en su despensa, donde en latas monumentales eran las aceitunas partidos verdes y los negro-budines de cebolla conservadas en aceite, que tenían la mayor venta.

En la parte trasera de la taberna abierto la puerta del patio, amplio y espacioso, con media docena de sus chimeneas para cocinar las paellas [J]; sus columnas blancas apuntalar una vieja pared de vid, que daba sombra a la gran caja, y apilados a lo largo de

un lado de la pared, taburetes y mesitas de cinc de tal cantidad prodigiosa que Copa parecía haber previsto la invasión de su casa por toda la población de la llanura.

Batiste, escudriñando la taberna, se percibe el propietario, un gran hombre cuyo pecho estaba desnudo, pero cuya gorra con orejas vueltas estaba dispuesto incluso en pleno verano en su rostro, que era enorme, mofletudo y lívido. Él fue el primer cliente de su establecimiento: jamás se acostaba satisfecho si no había bebido una media jarra de vino durante sus tres comidas.

Por esta razón, sin duda, esta apuesta que despertó toda la llanura, ya que se extendió en el extranjero, apenas tomó su atención.

Su mostrador era la atalaya desde la que, como crítico experto, vio la embriaguez de sus clientes. Y para que ningún extraño debe asumir el papel de matón en su casa, él siempre puso su mano antes de hablar sobre un club que guardaba bajo el mostrador, una especie de as de bastos, la visión de lo que hizo Pimentó y todos los matones del temblor barrio. En su casa no había ningún problema. Si iban a matarse unos a otros, a la carretera! Y cuando claspknives comenzaron a abrirse y levantado en alto en las noches de domingo, Copa, sin decir una palabra, ni perder la compostura, tengo prisa entre los combatientes, aprovechar la más valiente por el brazo, le llevará a través del espacio a la puerta y le puso a cabo en el camino real, y luego prohibir la puerta, él tranquilamente empezar a contar el dinero en el cajón antes de ir a la cama, mientras que los golpes y el tumulto de la pelea renovada resonaron fuera. Era sólo una cuestión de cerrar la taberna una hora más temprano, pero dentro de él, nunca tendría que ser un juez, mientras que debería estar detrás del mostrador.

Batiste, después de mirar furtivamente desde la puerta hasta el tabernero, que, ayudado por su esposa y un servidor, atendió a los clientes, regresó a la pequeña plaza, y se unió a un grupo de personas de edad, que estaban discutiendo cuál de los tres defensores de la apuesta parecía más serena.

Muchos campesinos, cansados de admirar los tres matones, jugaban a las cartas en su propia cuenta, o almorzaron, formando un grupo de alrededor de las mesitas. La jarra circular, derramando una corriente roja que emite un tenue glu-glu, ya que se derramaron en las bocas abiertas. Algunos dieron otros puñados de cacahuets y altramuces. Las damas de la taberna se sirve en placas huecas de Manises las morcillas oscuras y aceitosas, el queso fresco y las aceitunas partidas en su caldo, en cuya superficie flotaban hierbas aromáticas, y en las mesitas apareció el nuevo pan de trigo, los rodillos de corteza rojiza, dentro de los cuales la sustancia oscura y succulenta de la gruesa harina de la huerta era visible. Todas estas personas, comer, beber, y gesticulantes, plantearon un zumbido tal que uno habría pensado que la pequeña plaza ocupada por un avispero colosal. En el ambiente flotaban los vapores de alcohol, los vapores sofocantes de aceite de oliva, el penetrante olor de mosto, se mezclaba con el perfume fresco de los campos vecinos.

Batiste se acercaba el gran grupo que rodeaba a los implicados en la apuesta.

Al principio no vio nada, pero poco a poco, siguió adelante por la curiosidad de los que estaban detrás de él, abrió un espacio entre los cuerpos sudorosos y comprimido, hasta que se encontró en la primera fila. Algunos espectadores estaban sentados en el suelo, con la barbilla apoyada en las manos, la nariz sobre el borde de la mesita, y sus ojos fijos en los jugadores, como si ellos no quieren perder un detalle del famoso evento. Aquí fue que el olor a alcohol resultó ser más intolerables. El aliento y la ropa de todas las personas parecían impregnados de ella.

Batiste miró Pimentó y sus opositores sentados en taburetes de fuerte madera de algarrobo, con las cartas delante de sus ojos, la jarra de brandy a poca distancia, y en el zinc el pequeño montón de maíz, que era equivalente a los chips para el juego. Y en cada juego, uno de los tres comprendieron la jarra, bebió deliberadamente, a continuación, se lo pasó a sus compañeros, que tuvieron un largo proyecto con no menos ceremonia.

Los espectadores más cercanos por examinaron las cartas sobre sus hombros con el fin de asegurarse de que estaban bien jugado. Pero los jefes de los jugadores eran tan firme como si no tuvieran nada borrachos más que agua: nadie se descuidó o hizo una mala jugada.

Y el juego continúa, aunque los del Nunca apostar dejado de hablar con sus amigos, o para bromear sobre el resultado del concurso.

Pimentó, al ver a Batiste, murmuró un "¡Hola!" que tenía la intención de un saludo, y regresó a sus cartas.

Inmóvil exteriormente puede ser, pero sus ojos estaban rojos, una chispa vacilante azulado, similar a la llama de alcohol, brillaba en sus pupilas, y su rostro por momentos adquirió una palidez mate. Los otros no fueron mejores, pero se reían y bromeaban entre sí: los espectadores, como si infectado por esta locura, pasó de mano en mano la jarra que se pagan en cuotas, y había una inundación periódica de brandy, que, desbordando el taberna, descendió como una ola de fuego en el estómago de todos.

Incluso Batiste, a instancias de los otros miembros del grupo, tenía que beber. No le gustaba, pero el hombre debe probar de todo, y él comenzó a animar a sí mismo con las mismas reflexiones que lo habían llevado a la taberna. Cuando un hombre ha trabajado y tiene su cosecha en el granero, que bien puede darse el lujo de permitirse su poco de locura.

Se sintió un calor en el estómago, y una deliciosa confusión en su cabeza: él comenzó a acostumbrarse a la atmósfera de la taberna, y encontró el concurso más divertido.

Incluso Pimentó le parecía ser un hombre notable ... en cierto modo.

Habían terminado el partido con un resultado de ... (Nadie sabía cuánto) y se discute ahora que se acerca la cena con sus amigos. Uno de los Terrerolas fue perdiendo terreno visiblemente. Los dos días de aguardiente de beber sin comer, las dos noches pasadas en una neblina, comenzaron a afectar a su pesar. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza en gran medida de su hermano, que lo revivió con tremendos golpes en los laterales secreto dadas en la tabla.

Pimentó sonrió astutamente. Él ya tenía a uno de ellos. Y habló de la cena con sus admiradores. Debe ser suntuosa sin tener en cuenta los gastos: en cualquier caso, no tiene que pagar por ello. Una comida que sería un digno colofón a la hazaña, ya que en esa misma noche, sin duda se puso fin a la apuesta.

Y, como de trompeta gloriosa anunciar de antemano el triunfo de Pimentó, los ronquidos de Terrerola comenzaron los más jóvenes a ser oído y se habían derrumbado boca abajo sobre la mesa, y estaba casi a punto de caerse del taburete, como si todo el brandy que se había ido en el estómago eran por la ley de la gravedad que buscan el suelo.

Su hermano hablaba de él despertando con bofetadas, pero Pimentó intervino con buen humor, como un vencedor magnánimo. Le despertaría en la cena-hora. Y pretender dar, pero poca importancia a la competencia y para su propia destreza, habló de su falta de apetito como de una gran desgracia, después de haber pasado dos días en este lugar para comer y beber brutalmente.

Un amigo corrió a la taberna para llevar a más de una larga serie de rojos guindillas. Esto haría que el apetito de nuevo a él. La broma provocó grandes risas, y Pimentó, con el fin de sorprender a sus admiradores más, ofreció el manjar infernal Terrerola, que todavía se mantuvo firme, y él, por su parte, comenzó a devorarlo con la misma indiferencia, como si fuera pan .

Un murmullo de admiración recorrió el grupo. Para cada vaina que fue comido por el otro, el marido de Pepeta se tragó tres, y por lo tanto hizo una final de la cadena, un rosario regular de los demonios rojos. El bruto debe tener un estómago de hierro-plato! Y continuó, al igual que la empresa, al igual que impasible, aunque cada vez más pálida y continuamente con los ojos rojos e hinchados, preguntando si Copa había matado a un par de pollos para la cena, y dando instrucciones sobre la manera de cocinarlos.

Batiste miraba esto con asombro y vagamente sintió el deseo de desaparecer. La tarde comenzó a disminuir, en la pequeña plaza del sonido de las voces se elevaba, el tumulto de los domingos por la noche principio, y Pimentó le miró con demasiada frecuencia, con los ojos extraños y preocupantes, los ojos de un bebedor habitual. Pero sin saber por qué, se quedó aquí, como si el atractivo de este espectáculo tan nuevo para él, era más fuerte que su voluntad.

Los amigos del matón bromeaban con él al ver que él estaba drenando el frasco después de las guindillas rojas, sin siquiera prestar atención a si su rival cansado le imitaba. No debe beber mucho: él perdería, y él no tendría el dinero para pagar. Él no era tan rico como ahora había sido en otros años, cuando los dueños de las tierras que habían acordado no cobrarle el alquiler.

Un hombre imprudente dijo esto sin darse cuenta de lo que estaba diciendo, y se produjo un silencio doloroso, como en la habitación de un enfermo, cuando la parte lesionada ha sido puesto al descubierto.

Para hablar de los alquileres y de los pagos en este lugar, cuando el brandy se había emborrachado por pitchersful tanto por los actores y los espectadores!

Batista recibió una impresión desagradable. Le parecía que de repente pasó por el ambiente algo hostil, amenazante, sin mayor insistencia, que habría comenzado a correr, pero él seguía siendo, sintiendo que todos estaban mirando fijamente. Temía que iba a ser ocupado por insultos si huyó antes de ser atacada, pero con la esperanza de ser molestados, permaneció inmóvil, vencido por un sentimiento que no era miedo, sino algo más de prudencia.

Estas personas, a quienes Pimentó llena de admiración, le hicieron repetir el método que había hecho uso de todos estos años, para evitar el pago de su renta a los amos de las tierras, y la saludó con ráfagas fuertes de la risa, y los temblores de maligno alegría, al igual que los esclavos que se regocijan en la desgracia de un maestro.

El matón modestamente relató sus gloriosos logros. Cada año en Navidad y el Día de San Juan, que se había propuesto en el camino de Valencia a toda velocidad para ver a su propietario. Otros llevaban un buen par de pollos, una cesta de pasteles o frutas como un medio para convencer a los maestros de aceptar el pago incompleto y llorarían y la promesa de completar la suma de poco. Sólo él lleva las palabras y no muchos de ellos.

La dueña, una mujer imponente grande, lo recibió en el comedor. Las hijas, señoras jóvenes orgullosos, todos vestidos con lazos de cintas y colores brillantes, fueron y vinieron cerca.

Doña Manuela se volvió hacia el libro de memorias, para buscar los semestres que Pimentó estaba detrás. Él vino a pagar, ¿eh? ... Y el pícaro astuto, al escuchar la pregunta de la señora de las "Hay-Lofts" siempre respondía lo mismo. No, señora, no podía pagar porque no tenía un cobre. Él no ignoraba el hecho de que este le estaba demostrando a sí mismo un bribón. Su abuelo, que era un hombre de gran sabiduría, se lo había dicho. "¿Para quién eras cadenas forjadas? Para los hombres. ¿Paga? Usted es un hombre honrado. ¿No paga? Usted es un canalla." Y después de este breve discurso sobre la filosofía, recurrió al segundo argumento. Él sacó un cigarro negro y una navaja de su cinturón y comenzó a recoger el tabaco para liar un cigarrillo.

La vista del arma envió escalofríos a través de la señora, la ponía nerviosa, y por esta misma razón el compañero astuto cortar el tabaco lentamente y fue deliberado acerca de guardarlo. Siempre repitiendo los mismos argumentos del abuelo, con el fin de explicar su tardanza sobre el pago.

Los niños con los pequeños arcos de la cinta le llamó "el hombre de las cadenas" llamados, la mamá se sentía incómodo en presencia de este tipo vulgar de la reputación negro, que olía vilmente de vino, y gesticulaban con el cuchillo mientras hablaba, y convencido que nada se podía obtener de él, ella le dijo que él podría ir, pero él sintió una profunda alegría en ser problemático, y trató de prolongar la entrevista. Incluso fue tan lejos como para decir que si él no podía pagar nada, podía incluso les sobra a sus visitas y no parecer hay más, se olvidaban de que tenían esas tierras. Ah, no, señora. Pimentó cumplido sus obligaciones puntualmente, y como arrendatario, debe visitar a

su arrendador en Navidad y San Juan, con el fin de mostrar que a pesar de que no estaba pagando, se mantuvo sin embargo su muy humilde servidor.

Y no iba a ir, dos veces al año, con olor a vino, y mancha el suelo con sus sandalias, cubierto de barro, y repetir que las cadenas se hicieron para los hombres, lo que hace de sable empuja al mismo tiempo con su cuchillo. Era la venganza del esclavo, el amargo placer del mendigo que aparece en medio de un banquete de los ricos, con sus harapos falta.

Todos los agricultores se reían, comentando la conducta de Pimentó con su propietario. Y el agresor justificó su conducta con argumentos. ¿Por qué debería pagar? Vamos, ¿por qué? Su abuelo había cultivado sus tierras antes que él, al morir su padre habían sido divididas entre los hermanos de su gusto, siguiendo la costumbre de la huerta, y sin consultar al propietario de ninguna manera. Ellos fueron los que ellos habían trabajado, que habían hecho ellos producen, se habían desgastado su vida en sus campos.

Pimentó, hablando con vehemencia de su trabajo, mostró tal desvergüenza que algunos sonreían Bueno: no estaba trabajando mucho ahora, porque era astuto y había reconocido la farsa de la vida. Pero al mismo tiempo había trabajado, y esto fue suficiente para que las tierras con mayor justicia su propia lo que eran de tan grande, gorda de Valencia. Cuando iba a venir a trabajar ellos, cuando ella tomaría el arado con todo su peso, y las dos niñas con los arcos uncidos juntos sería dibujar después de ellos, entonces ella legítimamente ser la amante.

Las bromas groseras del matón hizo la gente reír a carcajadas. El mal sabor del pago de St. John se quedó con ellos y tomó gran placer en ver sus amos tratados tan cruelmente. ¡Ah! La broma sobre el arado era muy divertido, y cada uno se imaginaba que podía ver al capitán, el propietario corpulento y tímido, o la señora, viejo y orgulloso, se subió a la reja tirando y tirando, mientras que ellos, los agricultores, los bajo el talón, se craqueo el látigo.

Y todo guiñado el uno al otro, se rieron y aplaudieron, con el fin de expresar su aprobación. Oh! Era muy cómodo en la casa de la Copa escuchar Pimentó. ¿Qué ideas que el hombre tenía!

Pero el marido de Pepeta se ensombreció, y muchos se dio cuenta que a menudo iba a lanzar un lateral larga mirada a su alrededor, esa mirada de asesinato que fue conocido mucho tiempo en la taberna de ser un signo cierto de agresión inmediata. Su voz se hizo más espesa, como si todo el alcohol que se hinchaba el estómago había subido como una ola caliente y quemó la garganta.

Pueden reír hasta reventar, pero sus risas serían las últimas. Ya la huerta no era el mismo que había sido durante diez años. Los maestros, que habían sido tímidos conejos, de nuevo se habían vuelto ingobernables lobos. Ellos estaban mostrando sus dientes de nuevo. Incluso su amante había tomado libertades con él. Con él que era el terror de todos los propietarios de la huerta! Durante su visita de un día del pasado mes de St. John se había reído de sus palabras sobre las cadenas, e incluso en el cuchillo,

anunciándole que podría prepararse bien para dejar las tierras o pagar el alquiler, sin olvidar a los pagos atrasados ya sea.

Y ¿por qué habían vuelto de tal manera? Porque ya que ya no les temían ¿Y por qué no les temen? Cristo! Porque ahora los campos del tío Barret ya no estaban abandonadas y sin cultivar, un fantasma de la desolación al temor de los terratenientes y los hacen dulce y razonable. Así que el encanto se había roto. Como un ladrón muerto de hambre había logrado imponerse sobre ellos, los terratenientes habían reído, y deseando vengarse de diez años de humildad forzada, habían vuelto peor que el infame Don Salvador.

"Es cierto ... es cierto", dijo todo el grupo, el apoyo a los argumentos de Pimentó, con gestos furiosos.

Todos confesaron que sus propietarios habían cambiado al recordar los detalles de su última entrevista, las amenazas de expulsión, la negativa a aceptar los pagos incompletos, la forma irónica en la que habían hablado de las tierras del tío Barret, cultivadas de nuevo, a pesar de el odio de toda la huerta. Y ahora, de repente, después de la dulce pereza de diez años de triunfo, con las riendas en sus hombros y el maestro a sus pies, había llegado el tirón cruel, la vuelta a otros tiempos, el hallazgo del pan amargo y el vino más amargo, pensando en el maldito semestre, y todo a causa de un extraño, un hombre pésimo que ni siquiera había nacido en la huerta, y que se había ahorcado en ellos para interferir en sus negocios y hacer la vida más difícil para ellos. Y este pícaro debe seguir viviendo? ¿La huerta no tiene ningún hombre?

Adiós, nuevas amistades, el respeto nace al lado del ataúd de un niño pobre! Toda la consideración creada por la desgracia fue cayendo abajo como una acción de jugar-tarjetas, desapareciendo como una nube nebulosa, y el viejo odio volvió a aparecer en un solo salto-la solidaridad de toda la huerta, que en la lucha contra el intruso estaba defendiendo su propia vida .

Y en qué momento la animosidad general, se levantó! Los ojos fijos en lo quemaron con el fuego del odio, cabezas confusa con el alcohol parecía sentir una picazón terrible por asesinato; instintivamente todos empezaron a Batiste, quien se sintió empujado alrededor de todos los lados, como si el círculo se apretaba a fin de devorar a él.

Se arrepintió de haber permanecido ahora. No sentía miedo, pero maldecía la hora en que la idea de ir a la taberna se le ocurrió-un lugar extraño que parecía robarle su fuerza, aquel dominio que le animaba al sentir la tierra bajo sus pies -la tierra que había cultivado a costa de mucho sacrificio, y en cuya defensa estaba dispuesto a perder su propia vida.

Pimentó, ya que dio paso a la ira, sintió todo el brandy que había bebido durante los últimos dos días cae repentinamente como un duro golpe a su cerebro. Había perdido la serenidad de un borracho inamovible, sino que se levantó tambaleándose, y era necesario para él hacer un esfuerzo para sostenerse sobre sus piernas. Sus ojos se encendieron como si estuvieran empapadas de sangre, y su voz era trabajosa como si el alcohol y la ira se acercaban de nuevo y no dejar que se ven fuera.

"Ve", dijo imperiosamente a Batista, amenazante, extendiendo una mano, hasta que casi tocó la cara. "Ve, o te mato!"

Vaya! ... Fue esto lo que deseaba Batiste, que creció más y más pálido, arrepintiéndose más que él estaba aquí. Pero bien adivinaba el significado de ese imperiosa "Go!" del matón, con el apoyo de los signos de la aprobación por parte de todos los demás.

No exigían que debía abandonar la taberna, librándolos de su presencia odiosa, sino que le estaban pidiendo a las amenazas de muerte a abandonar los campos, que eran como la sangre de su cuerpo, a abandonar para siempre la casa de campo donde su pequeña había muerto, y en la que cada rincón llevaba un registro de las luchas y las alegrías de la familia en su batalla contra la pobreza. Y rápidamente tuvo una visión de sí mismo y todos sus muebles amontonados en el carro, vagando por los caminos, en busca de lo desconocido, con el fin de crear otra existencia: llevar junto con ellos como un compañero sombrío, que feo fantasma de la hambruna sería jamás siguiente en los talones

No! Evitaba peleas, pero vamos que no ponen un dedo en el pan de sus hijos!

Ahora no sentía inquietud. La imagen de su familia, hambrientos y sin hogar, le enfureció, sino que ni siquiera sintió el deseo de atacar a todas esas personas que exigían de él una cosa tan monstruosa.

"¿Quieres ir? Quieres venir?" preguntó Pimentó, nunca más oscuro y amenazante.

No: él no iría. Dijo que con la cabeza, con su sonrisa de desprecio, con su mirada firme y la mirada desafiante que se fija en el grupo.

"Sinvergüenza!" -rugió el matón, y bajó la mano en la cara de Batiste, dándole una terrible bofetada.

Como si conmovido por esta agresión, todo el grupo se precipitó sobre el odiado intruso, pero por encima de la línea de la cabeza se levantó un brazo musculoso, agarrar un taburete punta hierba, la misma en la que tal vez Pimentó había estado sentado.

Por la fuerte Batiste era un arma terrible, este asiento de fuertes travesaños, con fuertes patas de madera de algarrobo, sus esquinas pulidas por el uso.

La pequeña mesa y los frascos de aguardiente removida, la gente respaldados por instinto, aterrorizado por el gesto de este hombre, siempre tan tranquilo, que ahora parecía un gigante en su locura. Pero antes de que nadie podría retroceder un paso, Plaf! un ruido resonó como un hervidor de agua que estalla, y Pimentó, con la cabeza rota, cayó al suelo.

En la plaza, se produjo una confusión indescriptible.

Copa, que desde su guarida parecía prestar atención a nada, y fue el primero en esencia una pelea, en cuanto vio el taburete en el aire que sacó el "as de bastos", que estaba en el mostrador, y con algunos golpes rápidos, en un santiamén borran la taberna de sus clientes y de inmediato cerró la puerta de acuerdo con su habitual costumbre saludable.

Las personas permanecían afuera, corriendo alrededor de la pequeña plaza, las mesas rodaban. Los palos y las discotecas se blandieron en el aire, cada uno poniendo en

guardia contra su prójimo, listo para lo que pueda venir, y en el Batiste Mientras tanto, la causa de todos los problemas, se quedó inmóvil, con los brazos colgando, agarrando las heces teñidas ahora con manchas de sangre, aterrados por lo que acababa de ocurrir. Pimentó, de bruces en el suelo, lanzó gemidos que sonaba como gruñidos, mientras la sangre brotaba de su cabeza rota.

Terrerola, el mayor, con el sentimiento fraternal de un borracho a otro corrió en ayuda de su rival, mirando con hostilidad a Batiste. Él lo insultó, buscando en su faja un arma para herirlo.

La más tranquila huyeron a través de los caminos, mirando hacia atrás con curiosidad morbosa, y los otros permanecieron inmóviles, a la defensiva, cada uno capaz de enviar a su vecino, sin saber por qué, pero no uno deseando ser el primero agresor. Los clubes se mantuvo elevado en el aire, las navajas relucían en el grupo, pero no se acercaron a Batiste, que poco a poco se alejó, todavía con el taburete con manchas de sangre en el aire.

Así que dejó la pequeña plaza, siempre mirando con ojos desafiantes en el grupo que rodeaba al caído Pimentó, todos valientes pero evidentemente intimidado por la fuerza de este hombre.

Al encontrarse en el camino, a cierta distancia de la taberna, echó a correr, y se acercaba a su caserío, dejó caer el taburete pesada en un canal, mirando con horror la mancha negruzca de la sangre seca sobre el agua .

X

BATISTE perdió toda esperanza de vivir en paz en su tierra.

Toda la huerta surgió una vez más en contra de él. Una vez más tuvo que aislarse en su barraca, a vivir en perpetua soledad como uno maldecido por una plaga o como un fiero enjaulada, a quien cada uno amenazó con el puño desde lejos.

Su esposa le dijo que al día siguiente cómo se realizó el matón herido a su casa. Él mismo, en su casa, había oído los gritos y las amenazas de la gente, que habían acompañado solícitamente la Pimentó heridos Era una manifestación real. Las mujeres, ya sean conscientes de lo que había pasado a través de la maravillosa rapidez con la que las noticias se extiende por la huerta, acabaron en el camino para ver de Pepeta valiente marido a corta distancia, y para expresar compasión por él como por un héroe sacrificado por el bien de otros.

Los mismos que habían hablado despectivamente de él unas horas antes, escandalizados por su apuesta de la embriaguez, ahora le compadecían, preguntaron si estaba herido de gravedad, y clamaban venganza contra ese mendigo hambriento, ese ladrón, que no contento con la toma de posesión de lo que no era de él, trató de ganarse el respeto por el terror, y atacando a los hombres buenos.

Pimentó era magnífico. Él sufrió un gran dolor, y se fue sobre el apoyo de sus amigos con la cabeza vendada, transformado en un eccehomo, como las malas lenguas declararon indignadas, pero hizo un esfuerzo por sonreír, y respondió todas incitación a

la venganza con un gesto arrogante, declarando que tomó el castigo del enemigo sobre sí mismo.

Batiste no dudaba de que estas personas buscarían venganza. Estaba familiarizado con los métodos habituales de la huerta. Los tribunales de la ciudad no se hicieron para esta tierra, la cárcel era un asunto menor cuando se trataba de una cuestión de satisfacer un rencor. ¿Por qué un hombre de hacer uso de un juez o de un guardia civil, si tenía un buen ojo y una escopeta en su casa? Los asuntos de los hombres deben ser resueltos por los propios hombres.

Y como toda la huerta pensaba así, en vano al día siguiente de la pelea hicieron dos guardias con tricornios esmaltadas pasar y volver a pasar a través de los caminos que conducen a la taberna de Copa a la barraca de Pimentó, haciendo preguntas astutas de las personas que estaban en el campo. Nadie había visto a nadie, nadie sabía nada. Pimentó relacionados con explosiones de carcajadas brutales cómo se había roto su propia cabeza volver a casa de la taberna, declarando que es la consecuencia de su apuesta, el coñac había hecho tambalearse, y golpear su cabeza contra los árboles de la carretera. Así que la policía rural tuvo que regresar a su pequeño cuartel de Alboraya sin ninguna información clara sobre los vagos rumores de riña y derramamiento de sangre que habían llegado ellos.

Esta magnanimidad de la víctima y sus amigos se alarmaron Batiste, quien se decidió a vivir permanentemente a la defensiva.

La familia, la reducción del contacto con la huerta, se retiró a la casa como un tímido retira caracol en su concha.

Los más pequeños ni siquiera van a la escuela. Roseta dejó de ir a la fábrica, y Batistet no fue un paso lejos de los campos. Sólo el padre salió, mostrándose tan tranquilo y confiado por su seguridad ya que fue cuidadosa y prudente para los demás.

Pero no hizo ningún viaje a la ciudad sin necesidad de llevar el arma con él, que se fue con un amigo en las afueras. Literalmente vivía con su arma. Lo más moderno en su casa, siempre estaba limpio, brillante y cuidado con que el afecto que el agricultor valenciano, como el Barbary tribu, otorga a su arma.

Teresa estaba tan triste como ella había estado a la muerte de la pequeña. Cada vez que vio a su marido la limpieza de la escopeta de dos cañones, el cambio de los cartuchos, o hacer el gatillo jugar arriba y abajo para asegurarse de que iba a funcionar sin problemas, no surgió en su mente la imagen de la prisión, la terrible historia de la vieja Barret, vio la sangre y maldijo la hora en la que habían pensado en establecerse en estas tierras malditas. Y luego vinieron las horas de miedo a causa de la ausencia de su marido, esas largas tardes pasaron esperando al hombre que no regresaron, salir a la puerta de la barraca para explorar el camino, temblando cada vez que sonaba desde la distancia algún informe de los cazadores de gorriones, temiendo que era el principio de una tragedia, el tiro que destrozó la cabeza del padre de la familia o que lo llevaría a la cárcel. Y cuando Batiste apareció finalmente, los más pequeños gritaban de alegría, Teresa sonreía, secándose los ojos, la hija corría a abrazar a su padre, e incluso el perro

saltó cerca de él, oliendo inquieto, como si él perfumado de su persona el peligro que acababa de encontrar.

Y Batiste, sereno y firme, pero sin arrogancia, se rió de la ansiedad de su familia, y se convirtió cada vez más audaces como la famosa pelea retrocedido al pasado.

Se consideraba asegurar. Mientras lleva a "El pájaro de las dos voces", como él llamaba a su escopeta, que podía caminar con tranquilidad por toda la huerta. Cuando salió en tan buena compañía, sus enemigos fingían no conocerle. A veces tenía Pimentó, incluso visto desde la distancia, caminando a través de la huerta, que exhibe como una bandera de la venganza con la cabeza vendada, pero el agresor, a pesar de su recuperación por el golpe había huido, temiendo el encuentro tal vez incluso más que Batiste.

Todos lo miraban con el rabillo de su ojo, pero él nunca supo de los campos adyacentes a la carretera de una sola palabra de insulto. Ellos se encogieron de hombros con desdén, inclinados sobre la tierra, y trabajaron febrilmente hasta que se perdió de vista.

La única persona que le hablaba era el tío Tomba, el pastor loco, que lo reconoció a pesar de sus ojos sin vida, como si se podía oler el ambiente de la calamidad en torno Batiste. Y era siempre el mismo Fue él no va a abandonar las tierras malditas?

"Usted está cometiendo un error, mi hijo, que le traerá mala suerte."

Batiste recibió el estribillo del anciano con una sonrisa.

Crecido familiarizado con peligro, que nunca había temido que sea menos de lo que hizo ahora. Incluso se sintió una cierta alegría secreta en provocarlo, en marchar directamente hacia ella. Su hazaña taberna había cambiado su carácter, antes tan tranquila y longanimidad; despertado en él una brutalidad jactanciosa. Quiso demostrar a toda esa gente que no les tememos, que así como él había reventado la cabeza abierta Pimentó, por lo que fue dispuesto a tomar las armas en contra de toda la huerta. Desde que le habían impulsado a ello, sería un matón y un fanfarrón tiempo suficiente para que lo respeten y le permiten vivir en paz nunca después.

Y poseía de esta determinación peligroso, incluso abandonó sus tierras, pasando por las tardes por los caminos de la huerta, con el pretexto de la caza, pero en realidad para exhibir su escopeta y su mirada de un hombre que tiene pocos amigos.

Una tarde, mientras que la caza golondrinas en el barranco de Carraixet, la oscuridad lo sorprendió.

Las aves parecían estar siguiendo los laberintos de alguna caprichosa contradanza mientras volaban sobre el descanso, que se refleja en las piscinas profundas y tranquilas rodeadas de juncos altos. Este barranco, que corta a través de la huerta como una grieta profunda, sombrío, con agua estancada, y las orillas fangosas, donde se balanceaba arriba y abajo un poco podrida, canoa medio sumergido, presentaba un aspecto desolado y salvaje. Nadie hubiera sospechado que detrás de la pendiente de los bancos altos, más adelante más allá de los juncos y las cañas, coloque la llanura con su atmósfera sonriendo y sus vistas verdes. Incluso la luz del sol parecía triste, ya que se hundió hasta el fondo de la quebrada, tamizar a través de la vegetación salvaje y pálidamente reflejándose en las aguas muertas.

Batiste pasó la tarde disparando a las golondrinas que ruedan. Algunos cartuchos aún permanecían en su haber, ya sus pies, formando un montículo de sangre-manchado plumas, que ya tenía dos docenas de aves. ¡Qué cena! Cómo la familia feliz sería!

Se hizo de noche en el barranco hondo: ¿de las piscinas, un vapor fétido salió, la respiración mortal de fiebre palúdica. Las ranas croaban por miles, como si saludar a las estrellas, contento de no oír los disparos que interrumpió su canto, y obligó a zambullirse de cabeza larga, perturbando el cristal liso de las aguas estancadas.

Batiste recogió su "bolsa" de los pájaros, colgándolos de la cinta, y ascendiendo al banco con dos saltos, que figuran en los caminos en su viaje de regreso a la casa de la granja.

El cielo, todavía impregnada de el débil resplandor del crepúsculo, tenía el tono suave de la violeta, y las estrellas brillaban, y más de la inmensa huerta no aumentaron los muchos sonidos de la vida rústica que pronto con la llegada de la noche se desvanecen. A través de los caminos de paso de los jóvenes que regresaban de la ciudad, y los hombres que vienen de los campos, los caballos cansados arrastrando los carros pesados, y Batiste respondió su "Buenas noches", el saludo de todos los que pasaban cerca de él, la gente de Alboraya, que hizo no lo conocen o no tenían los motivos de sus vecinos para odiarlo.

Dejó el pueblo detrás de él, y al acercarse a su campo, la hostilidad se destacó más claramente con cada paso. La gente lo silbaron sin saludar.

Estaba en un país extraño, y al igual que un soldado que se prepara para luchar en cuanto cruza la frontera hostil, Batiste buscó en su faja de las municiones de guerra, dos cartuchos con pelota y perdigones, hechos por él mismo, y cargó su escopeta.

El gran hombre se rió después de hacer esto. El que trató de cortar su manera recibiría una buena lluvia de plomo.

Caminó sin prisa, con calma, como si disfruta de la frescura de la noche de primavera. Pero esta tranquilidad no le impidió pensar en el riesgo que estaba corriendo, con los enemigos que tenía, de estar en el extranjero, en la huerta a estas horas.

Su agudo oído, la de un hombre de campo, pareció percibir un sonido en el hombro. Se dio la vuelta rápidamente, y en la estrella de luz pálida, le pareció ver una figura oscura, saltando de la carretera con un sigiloso atado y escondido detrás de un banco.

Batiste echó mano de su escopeta, y levantando el martillo, se acercó con cautela. Nadie Sólo a cierta distancia le pareció que las plantas se agitaban en la oscuridad, como si un cuerpo estuviera arrastrándose entre ellos.

Ellos le seguían: alguien pretende darle una sorpresa a traición por detrás. Pero esta sospecha duró poco tiempo. Puede ser que sea un perro vagabundo que huyó a su enfoque.

Bueno, estaba seguro de que fuera lo que fuera, que estaba huyendo de él, y lo que no tenía nada que hacer.

Él estuvo de acuerdo sobre el camino oscuro, caminando en silencio, como un hombre que conoce el país en la oscuridad, y en aras de la prudencia no quiere llamar la

atención. Cuando se acercaba a la finca, se sentía un cierto desasosiego. Esta fue su barrio, pero aquí también eran sus enemigos más tenaces.

Algunos minutos antes de llegar a la granja, cerca de la granja de la casa azul donde las chicas bailaban los domingos, el camino se convirtió en estrecho, formando varias curvas. A un lado, un banco alto fue coronada por una doble hilera de moreras, por el otro, era un estrecho canal cuyas orillas se inclina densamente cubierto de altura cañas.

Se veía en la oscuridad como un matorral indígena, una bóveda de bambúes inclinados sobre la carretera. Estaba completamente oscuro aquí, la masa de cañas tembló en el viento la luz de la noche, dando a luz un sonido lastimero, el lugar, tan fresco y agradable durante las horas de luz del sol, parecía oler a traición.

Batiste, riéndose de su malestar, mental exagerado el peligro. Un lugar magnífico para disparar un tiro seguro en él. Si Pimentó debería venir aquí, no despreciaría una hermosa oportunidad tal.

Y difícilmente hubiera pensado en esto, cuando salió de entre las cañas una lengua recta y fugaz de fuego, una flecha roja que desapareció, seguido de un informe, y algo pasó, silbando cerca de su oído. Alguien estaba disparando sobre él. Instintivamente se agachó, con el deseo de fundirse con la oscuridad de la tierra, a fin de no presentar un blanco para el enemigo. En el mismo momento en que un nuevo flash brillaba, otro informe sonaba, mezclándose con los ecos aún resonando desde el principio, y Batiste sintió una sensación de desgarró en el hombro izquierdo, algo así como el rayado de acero, le raspa superficialmente.

Pero su atención apenas se detuvo en esto. Sintió una alegría salvaje. Dos disparos ... el enemigo estaba desarmado.

"Cristo! Ahora te tengo!"

Salió corriendo a través de las cañas, se hundió, casi rodando por la ladera, y entró en el agua hasta la cintura, los pies en el barro y los brazos en alto, muy alto, con el fin de evitar que la escopeta se moje, guardando como un avaro los dos tiros hasta el momento deben llegar cuando podía hacer frente con seguridad a cabo.

Ante sus ojos las cañas se reunió, formando un estrecho arco casi a ras del agua. Antes de él, en la oscuridad, oyó un chapoteo como el de un perro que huyen a través del canal. Aquí estaba el enemigo, después de él!

Y en la corriente-cama, entró en una carrera loca, hundiendo junto a tientas entre las sombras, dejando sus sandalias detrás de él, perdida en el barro: sus pantalones, aferrándose a su cuerpo, y arrastrando pesadamente, retrasados sus movimientos, y la tallos rígidos afilados de las cañas rotas golpearon y se rascó la cara.

En un momento Batiste creyó ver algo oscuro se aferran a las cañas, tratando de elevarse por encima del banco. Él estaba tratando de huir: debe disparar Sus manos, que sentían la comezón de asesinato, llevado a la escopeta a la cara, apretó el gatillo ... el informe sonaba, y el cuerpo cayó en el canal, entre una lluvia de hojas y caña de descomposición.

En él! En él! ... Una vez más, Batiste escuchó el chapoteo de un perro huyendo, pero ahora con más esfuerzo, como si el fugitivo, espoleado por la desesperación, se esforzaba todo lo posible para escapar.

Era un vuelo vertiginoso, que la raza en medio de la oscuridad, a través de las cañas y el agua. Los dos se deslizaba sobre el suelo blando, incapaz de aferrarse al freno sin aflojar su control sobre las armas de fuego, el agua se arremolinaba alrededor de ellos, azotado por su imprudente prisa, pero Batiste, que cayó varias veces de rodillas, sólo pensaba en llegar a los brazos, con el fin de mantener su arma seca y guardar el remate que se quedó.

Y así, los cazadores humanos continuaron, a tientas en la oscuridad lúgubre, hasta que en un giro de la canal, que salió a un espacio abierto, donde los bancos fueron clara de cañas.

Los ojos de Batiste, acostumbrado a la oscuridad de la bóveda, vieron con toda claridad a un hombre que, apoyado en su arma de fuego, subió tambaleándose del canal, con dificultad para mover las piernas de barro tapados.

Fue él ... he! que como de costumbre!

"¡Ladrón! ... Ladrón no escaparás", rugió Batiste, y disparó su segundo disparo desde la parte inferior del canal, con la certeza del tirador que es capaz de apuntar bien y sabe que hace bajar su botín.

Él vio caer pesadamente de cabeza sobre el banco, y subir a cuatro patas con el fin de rodar en el agua. Batiste quiso cogerlo, pero su prisa era tan grande que fue él quien, por lo que un paso en falso, cayó de larga duración en el medio del canal.

Tenía la cabeza hundida en el barro, y se tragó el, líquido rojo terroso, él pensó que iba a morir, y siendo enterrado en ese cenagoso pantano, pero finalmente, por un poderoso esfuerzo, logró de pie, sacando los ojos cegados por el limo fuera del agua, luego su boca, jadeando ya que respiró el aire de la noche.

Tan pronto como recobró la vista, miró a su enemigo. Había desaparecido.

Salió del canal, chorreando agua y barro, y subió la pendiente en el mismo lugar donde había surgido su enemigo: pero al llegar a la cima, no podía verlo.

En la tierra seca, sin embargo, se dio cuenta de algunas manchas negras, y los tocó con sus manos: que olía a sangre. Ahora sabía que no había perdido su objetivo. Pero, a pesar de que miró a su alrededor, con la esperanza de ver el cadáver de su enemigo, que buscaba en vano.

Eso Pimentó tenía una piel dura. Goteo de barro y lodo, que iría junto arrastrándose hasta su barraca. Tal vez ese vago rumor que él creía que escuchó en los campos inmediatos, como si un gran reptil fueron arrastrándose sobre los surcos, vino de él. Todos los perros ladraban a él, llenando la huerta con los aullidos desesperados. Había oído lo arrastra a lo largo de la misma manera de un cuarto de hora antes, cuando, sin duda, tenía la intención de matarlo por la espalda. Pero al verse descubierto, había huido a cuatro patas a lo largo de la carretera, con el fin de tomar su posición más adelante en la caña de hoja y en emboscada sin ningún riesgo.

Batiste sintió de pronto miedo. Estaba solo, en medio de la llanura, completamente desarmado, su escopeta, sin cartuchos, no era ahora más que un club débil. Pimentó no podía volver, pero no tenía amigos.

Y superar el miedo súbito, empezó a correr, buscando mientras cruzaba los campos el camino que llevó a su granja.

La llanura temblaba de alarma. Los cuatro disparos en la oscuridad de la noche habían tirado todo el barrio en conmoción. Los perros ladraron más y más furioso; las puertas de las barracas abiertas, emitiendo figuras negras, que por cierto no brotan con las manos vacías.

Con silbidos y gritos de alarma, los vecinos llamaron unos a otros desde una gran distancia. Disparos en la noche podrían ser señales de fuego, de ladrones, de quién sabe qué? desde luego, nada bueno. Y los hombres hacían una salida adelante de sus casas dispuestos a todo, con el olvido de sí mismo y la solidaridad de las personas que viven en soledad.

Batiste, aterrorizada por este movimiento, corrió hacia su finca, agacharse, con el fin de pasar desapercibidos entre el refugio de los bancos o los altos montones de paja.

Él ya vio a su casa, con la puerta abierta iluminada, y en el centro de la plaza roja, las formas negras de su familia.

El perro le olfateó y fue el primero en saludarle. Teresa y Roseta dieron gritos de alegría.

"Batiste, ¿es verdad?"

"Padre, Padre!"

Y todos corrieron hacia él, hacia la entrada de la casa de la granja, en el antiguo emparrado, a través de cuyos viñedos las estrellas brillaban como luciérnagas.

La madre, con agudo oído de la mujer, inquieta y alarmada por la tardanza de su marido, había oído de lejos, muy lejos, los cuatro tiros, y su corazón "le había dado un salto", como ella lo expresó. Toda la familia se había precipitado hacia la puerta, escudriñando ansiosamente el horizonte oscuro, convencido de que los informes que alarman la llanura tenían alguna relación con la ausencia del padre.

Loco de alegría al verlo y escuchar su voz, no se percataron de su rostro manchado de barro, con los pies descalzos, ni su ropa, sucia y chorreando fango.

Ellos lo llamaron en su interior. Ella Roseta colgaba de su cuello, respirando con amor, con los ojos todavía húmedos.

"Padre ... Padre!"

Pero no pudo reprimir una mueca de dolor, un ¡ay! suprimida, pero llena de sufrimiento. Roseta había echado el brazo sobre su hombro izquierdo, en el mismo lugar donde había sentido el desgarrar de acero, y que ahora se sentía más y más aplastante pesado.

Cuando entró en la casa, y entró en la luz de la vela llena, la mujer y los niños dieron un grito de asombro. Vieron la camisa manchada de sangre

Roseta y su madre se echó a llorar. "La mayoría de la reina santa! Madre Soberano! Lo han matado!"

Pero Batiste, que sentía el dolor en el hombro cada vez más y más insoportable, calmaron sus lamentos y les ordenó con un gesto oscuro para ver de inmediato lo que le había sucedido.

Roseta, que era el más valiente, rasgó la camisa ásperas gruesas, dejando los hombros descubiertos. ¿Cuánta sangre! La niña palideció, tratando de no desmayar, Batistet y los más pequeños empezaron a llorar y Teresa continuó sus aullidos, como si su marido estuviera en su agonía.

Pero el herido no toleraría sus lamentaciones y protestó con rudeza. Menos llanto: no era nada: no es serio, y la prueba de ello fue que podía mover su brazo, a pesar de que sentía, todo el tiempo, un mayor peso en el hombro. Fue sólo un rasguño, la abrasión, nada más. Se sentía demasiado fuerte para que la herida sea profunda. Mira ... agua, paño, pelusa, la botella de árnica que Teresa guardaba como un remedio milagroso en su habitación ... moverse rápidamente! No era el momento para permanecer boquiabierto con la boca abierta.

Teresa, de regreso a su habitación, buscó en las profundidades de sus pechos, rompiendo lienzos, desatando vendas, mientras que la niña lava y se lava de nuevo los labios de la herida sangrante, que fue cortada en forma de sable-tajo en el hombro carnoso.

Las dos mujeres comprobaron la hemorragia lo mejor que pudieron, vendó la herida, y Batiste respiró con satisfacción, como si ya se curaron. Golpes peor que esto había descendido sobre él en esta vida.

Y comenzó a amonestar a los pequeños a ser prudente. De lo que habían visto, ni una palabra a nadie. Hay temas que lo mejor es olvidar. Y repitió lo mismo a su esposa, quien habló de enviar la palabra al médico, sino que equivaldría a lo mismo que llamar la atención de la corte. Sería curarse. Su constitución fue maravilloso. Lo que era importante era que nadie debe quedar metido en lo que ocurrió a continuación. Quién sabe en qué estado el otro hombre estaba en ese momento?

Mientras que su esposa le estaba ayudando a cambiar su ropa y se preparó su cama, Batiste le dijo todo lo que había ocurrido. La buena mujer abrió los ojos con una expresión de miedo, suspiró, pensando en el peligro enfrentado por su marido, y lanzaba miradas ansiosas hacia la puerta cerrada de la casa de la granja, como si la policía rural estaban a punto de entrar a través de él.

Batistet, por su parte, con prudencia precoz, cogió el arma, y se seca en la luz de una vela, tratando de borrar de ella todos los signos de uso reciente, de lo que había ocurrido.

La noche fue un mal año para toda la familia; Batiste estaba delirando, tenía fiebre, y arrojó furiosamente, como si aún estuviera en funcionamiento a lo largo del cauce del canal, la búsqueda del hombre. Le aterrorizaba a los más pequeños con sus gritos, por lo que no pudimos dormir, así como las mujeres que, sentados junto a su cama, y le ofrece

a cada momento un poco de agua con azúcar, el único recurso interno que podían inventar, aprobó una noche blanca.

Al día siguiente, la puerta de la barraca estaba cerrada toda la mañana. El herido parecía ser mejor: a los niños, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, se quedó inmóvil en el corral, sentado en el montón de estiércol, siguiendo debidamente los movimientos de los animales que han sido criados allí.

Teresa vio la llanura a través de la puerta cerrada, y luego entró en la habitación de su marido ¿Cuánta gente! Todo el barrio estaba pasando en la calle en dirección a la casa de Pimentó, un enjambre de hombres se veía tropel alrededor. Y todos ellos con caras tristes y con el ceño fruncido gritando con movimientos enérgicos, desde la distancia, y lanzando miradas de odio hacia tío Barret del caserío.

Batiste recibió esta noticia con gruñidos. Algo le picaba en su pecho, hiriéndolo. El movimiento de la llanura hacia la casa de su enemigo Pimentó significaba que estaba en un estado grave, tal vez él estaba muerto! Estaba seguro de que los dos tiros de su pistola estaban en su cuerpo.

Y ahora, ¿qué iba a pasar? ¿Se morirá en la cárcel como el pobre Barret? No, las costumbres de la huerta sería respetada, la fe en la justicia obtenida por la propia mano. El moribundo sería en silencio, dejando a sus amigos, los Terrerolas y los otros, para vengarlo. Y Batiste no sabía qué temer más, la justicia de la ciudad, o la de la huerta.

Estaba llegando al atardecer, cuando el herido, a pesar de las protestas y los gritos de las dos mujeres, saltó de la cama.

Él era sofocante, y su cuerpo atlético, acostumbrado a la fatiga, no era capaz de soportar tantas horas de inactividad. El peso en el hombro le obligó a cambiar de posición, como si esto le liberaría del dolor.

Con paso vacilante, entumecido por mentir en la cama mucho tiempo, salió de su casa y se sentó en el banco de ladrillo bajo el emparrado.

La tarde era desagradable, el viento soplabá demasiado fresco para la temporada, pesadas nubes oscuras cubren el sol, y la luz se hundía debajo de ellos, cerrando el horizonte como una cortina de oro pálido.

Batiste miró con incertidumbre en la dirección de la ciudad, dando la espalda hacia la barraca de Pimentó, que se podía ver claramente ahora que los campos fueron despojados de la veta de oro que escondió antes de la cosecha.

Puede indicarlo en el herido tanto el impulso de la curiosidad y el temor de ver demasiado, pero finalmente fue conquistado su voluntad, y se volvió lentamente su mirada hacia la casa de su enemigo.

Sí, muchas personas pululaban delante de la puerta, los hombres, las mujeres, los niños, todo el pueblo de la llanura que se ejecutan con ansiedad a visitar a su libertador caído.

¿Cómo le deben odiar! ... Estaban lejos, pero sin embargo, supuso que su nombre debe estar en boca de todos, en el zumbido de sus oídos, en el latir de sus sienas febriles pensó que percibía el murmullo amenazador de un nido de avispas que.

Y sin embargo, Dios sabía que no había hecho nada más que defenderse, que deseaba sólo para conservar su propia sin perjudicar a nadie. ¿Por qué debería cargar con la culpa de estar en conflicto con estas personas, que, como Don Joaquín, el maestro, dijo, era muy bueno, pero muy estúpido?

La tarde se cerró en, el crepúsculo, gris y triste, tamizadas por la llanura. El viento, creciendo continuamente más fuerte, lleva hacia el caserío el eco lejano de lamentos y voces furiosas.

Batiste vio a la gente arremolinada en la puerta de la barraca lejana, vio los brazos extendidos con una expresión triste, manos apretadas que le arrebataron el pañuelo de la cabeza y la arrojó con furia al suelo.

El herido sintió toda su montaje hacia su corazón, que dejó de latir por unos instantes, como paralizado, y después comenzó a golpear con más furia, lanzando una ola roja caliente a la cara de sangre.

Adivinó lo que estaba pasando allí: su corazón le decía. Pimentó acababa de morir.

Batiste sintió frío y miedo, con una sensación de debilidad, como si de repente toda su fuerza lo había abandonado, y entró en su barraca, sin respirar con facilidad, hasta que vio la puerta cerrada y la luz de las velas.

La noche era pésimo. Dormir abrumado la familia, muertos cansados de la vigilia de la noche anterior. Casi inmediatamente después de la cena, se retiraron: antes de las nueve, todos estaban en la cama.

Batiste sintió que su herida era mejor. El peso en el hombro disminuido: la fiebre no era tan feroz, pero ahora un extraño dolor en su corazón le estaba atormentando.

En la oscuridad de la habitación, todavía despierto, vio una figura pálida se levanta, al principio indefinida, entonces poco a poco tomando forma y color, hasta que se convirtió Pimentó como él lo había visto en los últimos días, con la cabeza vendada y el gesto amenazante de uno obstinadamente empeñado en vengarse.

La visión le molestó y cerró los ojos para dormir. Oscuridad absoluta, el sueño lo era insoportable, pero sus ojos cerrados empezaban a llenar la oscuridad densa con puntos rojos que mantienen cada vez más grande, formando manchas de diferentes colores, y las manchas, después de flotar caprichosamente, se unió a ellos en conjunto, amalgamado, y de nuevo allí estaba Pimentó, que se le acercó lentamente, con la ferocidad cautelosa de alguna mala bestia que fascina a su víctima.

Batiste trató de liberarse de la pesadilla.

No dormía, oyó a su mujer roncando cerca de él, y sus hijos a superar el cansancio, pero todo el tiempo que estaba oyendo a más y más, como si una fuerza misteriosa llevaban la barraca lejos, muy lejos, a una distancia, y él no inerte, incapaz de moverse, no importa lo mucho que lo intentara, vio el rostro de Pimentó cerca de la suya, y sintió en su nariz aliento caliente de su enemigo.

Pero era él no ha muerto? ... Su cerebro embotado siguió haciendo esta pregunta, y después de muchos esfuerzos, se respondió a sí mismo que Pimentó había muerto. Ahora él no tenía la cabeza rota que antes: su cuerpo fue expuesto, desgarrado por dos

heridas, aunque Batiste no fue capaz de determinar dónde estaban, pero dos heridas que tenía, dos fuentes inagotables de sangre, lo que abrió los labios lívidos. Los dos disparos, él ya lo sabía: él no era uno de perder su objetivo.

Y el fantasma, que envuelve su rostro con su aliento ardiente, fijó una mirada sobre él, que le abrió los ojos, y descendió más y más hasta que se rasgó las entrañas.

"Perdón, Pimentó!" gimió el hombre herido, aterrorizado por la pesadilla, y temblando como un niño.

Sí, debía perdonarlo. Él lo había matado, era cierto, pero él debe considerar que él había sido el primero en atacarlo. ¡Ven! Los hombres que son los hombres debe ser razonable! Fue él quien tuvo la culpa!

Pero los muertos no escucha a la razón, y el espectro, comportándose como un bandido, sonrió con fiereza, y de un salto, aterrizó en la cama y se sentó sobre él, presionando sobre la herida del enfermo con todo su peso.

Batiste gimió dolorosamente, incapaz de moverse y deshacerse de la pesada masa. Trató de persuadirlo, llamándole Toni con ternura familiar, en vez de designar por su apodo.

"Toni, me estás haciendo daño!"

Eso fue justo lo que el fantasma deseaba, hacerle daño, y no satisfecho con esto, él arrancó de él con su mirada solo sus trapos y vendajes, y luego hundió sus uñas crueles en la herida profunda, y se separaron los bordes, haciéndole gritar de dolor.

"¡Ay, Ay! ... Pimentó, perdóname!"

Tal era su dolor que sus temblores, subiendo arriba del hombro a la cabeza, hizo su cerdas de pelo corto, y se yerguen, y entonces comenzaron a acurrucarse con la contracción del dolor hasta que se convirtió en una maraña horrible serpientes.

Entonces sucedió algo horrible. El fantasma, agarrándole por el pelo extraño, finalmente habló.

"Vamos ... vamos" dijo, tirando de él.

Se lo llevó, junto con la rapidez sobrehumana, lo llevó volando o nadando, no sabía que, a través de un espacio de luz y resbaladiza; vertiginosamente parecían flotar hacia una mancha roja que se destacó en el muy, muy lejos.

La mancha se hizo más grande, se veía en la forma como la puerta de su dormitorio, y después sirvió un humo denso y nauseabundo, un olor de la quema de la paja que le impedía respirar.

Debe ser la boca del infierno: Pimentó le lanzarlo en él, en el inmenso fuego cuyo resplandor iluminaba la puerta. El miedo venció su parálisis. Dio un grito terrible, finalmente movió sus brazos, y con un nuevo golpe de la mano, arrojó Pimentó y el pelo extraño lejos de él.

Ahora tenía los ojos bien abiertos, el fantasma había desaparecido. Había estado soñando: era, sin duda, una pesadilla febril: ahora se encontraba de nuevo en la cama con una mala Teresa, que, aún vestido, estaba roncando trabajosamente a su lado.

Pero no, continuó el delirio. Qué extraña luz se illumining su dormitorio? Aún veía la boca del infierno, que era como la puerta de su habitación, expulsando humo y

resplandor rojizo. ¿Estaba dormido? Se frotó los ojos, movió los brazos y se sentó en la cama.

No: él estaba despierto y bien despierto.

La puerta estaba creciendo más roja todo el tiempo, el humo era más denso, oyó crujidos ahogados como de cañas estallido, lamido por lenguas de fuego, e incluso vio la danza chispas y pegan como moscas de fuego a la cortina de cretona que cerró la habitación. Oyó un ladrido constante desesperada, como una campana con furia peaje sonar una alarma.

Cristo! ... La convicción de la realidad de repente saltó a su mente, y lo enloquecía.

"Teresa! Teresa! ... Up!"

Y con el primer empujón, le tiró de la cama. Luego corrió a la habitación de los niños, y con gritos y golpes se los puso en sus camisetitas, como una multitud asustada idiota que se ejecuta antes de la barra sin saber hacia dónde se dirige. El techo de su habitación ya estaba en llamas, lanzando una lluvia de chispas sobre la cama.

Para Batiste, cegado por el humo, los minutos parecían siglos hasta que llegó a la puerta abierta, ya través de él, enloquecido de terror, toda la familia salió corriendo en pijama y corrió hacia la carretera.

Aquí, un poco más sereno, tomaron cuenta.

Todos, todos estaban allí, incluso el pobre perro que aullaba tristemente, ya que vio la casa en llamas.

Teresa abrazó a su hija, que, olvidando su peligro, temblaba de vergüenza, al ver a sí misma en su camisa en medio de la huerta, y se sentó en un banco inclinado, la reducción con modestia, apoyando la barbilla sobre las rodillas, y el dibujo por su ropa blanca noche-traje para cubrir sus pies.

Los dos pequeños, asustados, se refugió en los brazos de su hermano mayor, y el padre se precipitó alrededor como un loco, rugiendo maldiciones.

¡Ladrones! ¿Qué tan bien lo hubieran sabido cómo hacerlo! Habían prendido fuego a la barraca por los cuatro costados, que había estallado en llamas, de arriba abajo, hasta el corral con su estabilidad y sus naves fue coronado de llamas.

Desde que llegó relinchos desesperados, etc cacklings de terror, feroces gruñidos, pero la casa de la granja, insensibles a los lamentos de los que se asaban en sus profundidades, continuaron levantando lenguas curvas de fuego a través de la puerta y las ventanas, y de su techo en llamas se alzaba una enorme espiral de humo blanco, que refleja el incendio adquirió una transparencia de color de rosa.

El tiempo había cambiado: la noche estaba en calma, el viento no sopló y el azul del cielo se oscureció sólo por las columnas de humo, entre cuyos mechones blancos los curiosos estrellas aparecieron.

Teresa estaba luchando con su marido, que, recuperado de su dolorosa sorpresa, y espoleado por sus intereses, lo que incitó a cometer locuras, quiso entrar en el infierno ardiente. Sólo un momento, nada más: sólo el tiempo necesario para llevar a la habitación del pequeño saco de dinero, la ganancia de la cosecha.

¡Ah! Buena Teresa! Incluso ahora que ya no era necesario restringir el marido, que sufrió su abrazo violento. A-casa de la granja pronto quemaduras, paja y cañas aman el fuego. El techo se vino abajo con un accidente, -ese techo erecta que los vecinos miraban como un insulto y de la enorme cama de vivir carbones se levantó una columna espantosa de chispas, en cuya incierta y vacilante luz de la huerta parecía moverse con fantásticas muecas.

Los lados del corral agitaron fuertemente como si dentro de ellos una legión de demonios se precipitaba sobre y golpeándolos. Engarlanded con la llama las aves saltaron hacia atrás, tratando de volar, aunque quemado vivo.

Un pedazo de la pared de barro y estacas cayó, y por la brecha negro no salió como un relámpago, un terrible monstruo, expulsando humo por los orificios nasales, sacudiendo su melena de chispas, batiendo desesperadamente su cola como una escoba de la llama, que dispersa un olor a pelo quemado.

Era el caballo. De un salto prodigioso, saltó sobre la familia, y corrió como un loco a través de los campos, buscando instintivamente al canal, en el que se quedó con el silbido candente de hierro al rojo vivo cuando golpea el agua.

Detrás de él, arrastrándose a lo largo como a emisores demonio borracho gruñidos aterradores, llegó otro fantasma del fuego, el cerdo, que cayó al suelo en el centro del campo, ardiendo como una antorcha de grasa.

Quedaba ahora sólo las paredes y las vides con sus corredores trenzados distorsionadas por el fuego, y los postes, que se levantaron como barras de tinta sobre el fondo rojo.

Batistet, en su anhelo de salvar algo, corría imprudentemente sobre los caminos, gritando, golpeando a las puertas de los vecinos barracas, que parecía un guiño en el reflejo del fuego.

"¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Fuego, fuego!"

Sus gritos se apagaron, levantando un eco fúnebre, como el oído medio de las ruinas y en los cementerios.

El padre sonrió cruelmente. Estaba llamando en vano. La huerta era sordo a ellos. Había ojos dentro de esas blancas barracas, que miraban con curiosidad a través de las grietas, tal vez había bocas que reían con alegría infernal, pero no una voz generosa de decir "¡Aquí estoy!"

¡Pan! En lo que es un costo que se gana! ¿Y cómo el mal que hace al hombre!

En una granja de la casa no ardía una luz pálida, amarillenta y triste. Teresa, confundido por su desgracia, quiso ir allí para implorar ayuda, con la esperanza de un poco de alivio, por algún milagro que anhelaba en su desgracia.

Su marido la detuvo con una expresión de terror. No: no hay. En cualquier lugar menos allí.

Y al igual que un hombre que ha caído bajo, tan bajo que ya no puede sentir ningún remordimiento, él desvió la mirada del fuego y se fijó en que la luz pálida, amarillenta y triste, a la luz de una vela que brilla sin lustre, alimentado por una atmósfera en la que casi podría ser percibido el aleteo de los muertos.

Adiós, Pimentó! Usted fue parte desde el mundo bien servido. La casa de la granja y de la fortuna del odiado intruso iluminaban su cadáver con un esplendor más alegre de las velas compradas por la Pepeta deudos, meras lágrimas amarillentas de luz.

Batistet volvió desesperada de su viaje inútil. Nadie había respondido.

La llanura, en silencio y con el ceño fruncido, había dicho adiós a ellos para siempre.

Eran más solo que si hubieran estado en medio de un desierto, la soledad del odio era mil veces peor que la de la naturaleza.

Deben huir de allí, tienen que empezar otra vida, con hambre nunca pisando los talones: deben dejar atrás las ruinas de su trabajo, y el pequeño cuerpo de uno de los suyos, el pobre tipo que se pudre en el tierra, una víctima inocente de la batalla loco.

Y todos ellos, con resignación Oriental, se sentaron a la orilla, y no esperaron el día, sus hombros por el frío, pero tostado en la parte delantera de la cama de brasas, que matizado sus rostros estupefactos con el reflejo de la sangre; siguiendo con la pasividad inmutable de fatalismo el curso del fuego que devoraba todos sus esfuerzos y su modificación en ascuas como frágil y tenue como sus antiguas ilusiones de trabajo y paz.

Freeeditorial 